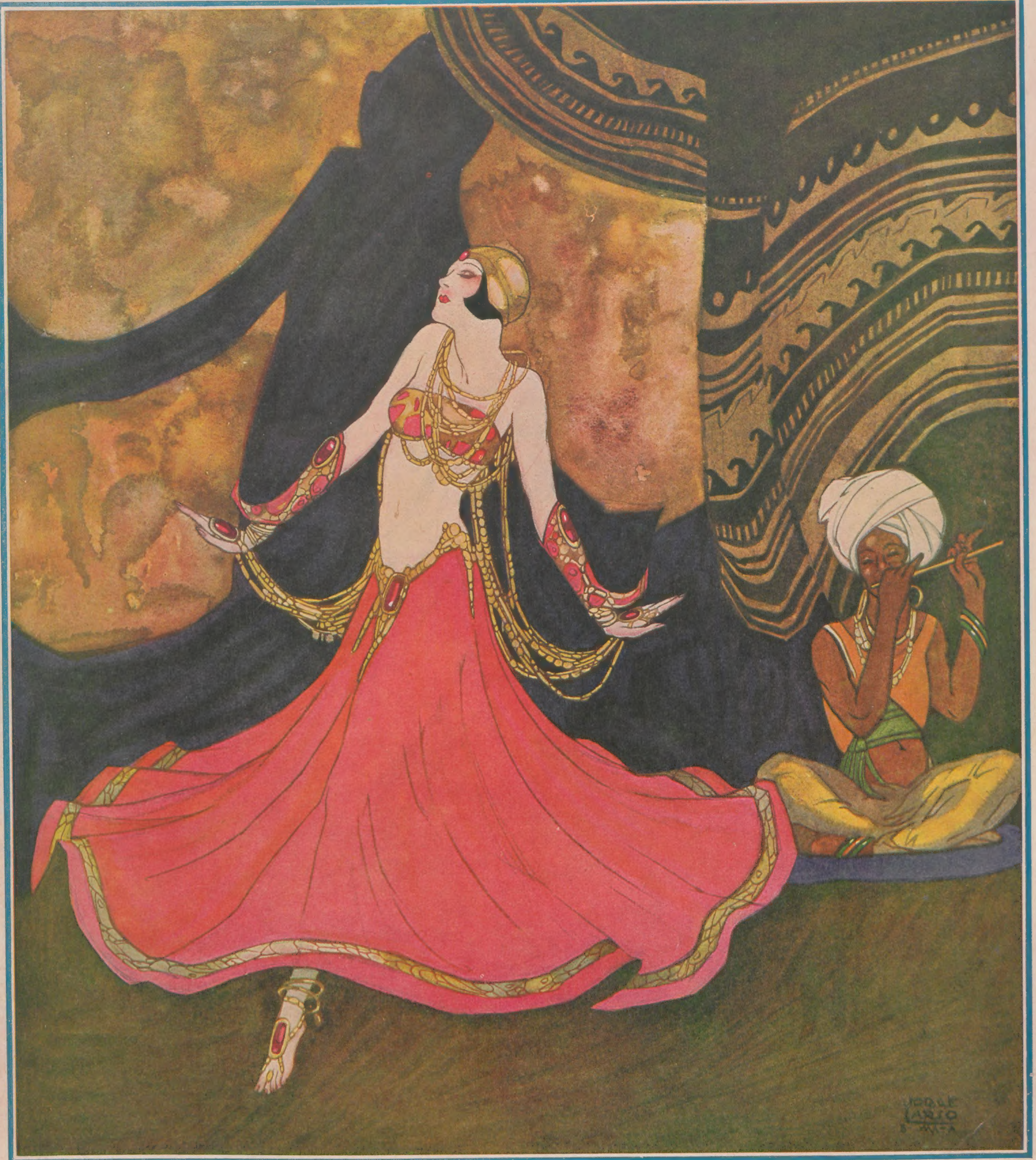
El Hogar



PINTADA PARA "EL HOGAR"

DANZA ORIENTAL

Por Jorge Larco

SUBSCRIPCIONES
EN LA CAPITAL
Año............ $ 9.— %
Semestre....... » 5.— »
Trimestre...... » 2.50 »
Núm. suelto.. » 0.20 »
» atrasado. » 0.40 »
EN EL INTERIOR
Año............ $ 13.60 %
Semestre....... » 7.— »
Trimestre...... » 4.— »
Núm. suelto.. » 0.30 »
» atrasado. » 0.60 »
EN EL EXTERIOR
Año.......... $ 10.— oro
Semestre..... » 6.— »
Trimestre.... » 4.— »

PARA EVITAR interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta Administración en giros postales, cheques o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA

APARECE TODOS LOS VIERNES



Dirección: Redacción y Administración RÍO DE JANEIRO, 262

FUNDADA EN 1904 POR ALBERTO M. HAYNES

U. T. 63, Almagro, 1119, 1120 y 1121 — Dirección Telegráfica: "Senyah"

OFICINA CENTRAL PARA AVISOS Y SUBSCRIPCIONES
A. DE MAYO 749, 5º piso. U. T. 37, Riv. 0962

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR
Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. — La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR
URUGUAY. — A. S. ADAMI
Plaza Independencia, 807, Montevideo
ESTADOS UNIDOS. — S. S. KOPPE Y CO. INC.
Times Building. New York
PARAGUAY. — SANTIAGO PUIGBONET
Palma, 78. Casilla Correo 581. Asunción

Año XXIII — *Buenos Aires, Abril 15 de 1927* — Núm. 913

Notas y Comentarios de Actualidad

Proyectos de Pena de Muerte

Se anuncia la próxima presentación de proyectos de restablecimiento de la pena de muerte, fundados en que su supresión habría desencadenado la criminalidad. Es decir, fundados en lo que estaría por indagar. Lo que hay de positivo no es que la supresión de la pena de muerte haya desencadenado la criminalidad, sino que la criminalidad es hoy más alarmante que ayer. Aquí termina el hecho; aquello es sólo una explicación improvisada. Lo que correspondería no sería plantear el restablecimiento de la pena de muerte, sino "indagar" las causas del aumento de la criminalidad. La supresión de la pena de muerte nunca podría ser agente activo de criminalidad. Esto sería mejor buscarlo en la propagación del juego y en las películas policiales. ¿Podría la supresión de la pena de muerte haber abierto margen a la criminalidad? Sería, en todo caso, con limitación a los delitos pasibles de esa pena. Pero los Estados Unidos, donde la pena de muerte existe y se aplica sin economía, están azotados por una oleada de criminalidad; se cometen los más insolentes asaltos y los más perversos asesinatos. La impunidad abre margen a la criminalidad, pero la supresión de la pena de muerte "no es la impunidad". En cambio, lo es a ciencia cierta la ineficacia policial.

El Coronel Ibáñez y la Aristocracia Chilena

El ataque a fondo del coronel Ibáñez a la Suprema Corte de Chile causó entre nosotros cierta impresión, y así lo han reflejado algunos comentarios de la prensa. Diremos a este respeto que, si se considera la condición social de los miembros de la magistratura chilena, sucede que ahí el coronel Ibáñez, calculadamente o no, ha vuelto a descargar un golpe sobre la aristocracia de su país. Y debe advertirse que aunque el coronel Ibáñez se abstuviera de esos golpes, de todos modos la instauración de un gobierno militar en Chile no podía llevarse a cabo sin merma del poder político de la aristocracia. En cuanto a ésta, es evidente que ya no podía mantenerse en el poder, pues los obstáculos que opuso al doctor Alessandri sólo sirvieron para conducir al gobierno del coronel Ibáñez. Las aristocracias son círculos privados, y ellas mismas defienden este criterio en la vida civil. No puede corresponderles una actuación pública de clase, ni es prudente que den el ejemplo de estas actuaciones. La resistencia que los grupos aristocráticos latinoamericanos ofrecen al progreso democrático sólo sirven para hacerlos caer en masa, siendo así que sus elementos tendrían todas las ventajas para surgir individualmente a la vida pública.

El "Santa María"

La destrucción del "Santa María" es para De Pinedo una desgracia con suerte. ¡Por fin podrá descansar y recrearse un poco! No hay patriotismo que tenga el derecho de exigirle a un hombre que exponga cien veces la vida en pocos meses, sin más objeto que la propaganda nacional, y que, obligándole a correr esos peligros sobre uno de los más interesantes y variados trayectos del mundo, le exige también que pase por allí como una bala, sin dejarle gozar las bellezas ni los halagos de un camino donde más adelante podrá tropezar con la muerte. Si el gobierno italiano hubiera tenido que contratar con un mercenario ese raid, a la vez ascético y utilitario, ascético para el aviador y utilitario para el país, seguramente que también hubiera tenido que pagarlo a muy buen precio. Debidamente computados los servicios de De Pinedo a la terminación del raid, ya tendría de sobra para acogerse a la jubilación con el grado inmediato superior. El raid de De Pinedo ha sido elogiado cien veces y en todos los tonos, pero nunca se habrá dicho demasiado sobre lo que representa como exposición personal, como suma de fatigas, como renunciamiento a mil satisfacciones de que hubiera estado sembrado el camino del turista.

El Sentimiento de la Propiedad

Los buenos conservadores repudian el marxismo, ante todo por lo que él condena la propiedad. ¿Venir a quitarnos nuestra propiedad? ¡Eso sí que sería un robo! Pero el marxismo no debe ser tan peligroso para los propietarios como ellos se figuran. Veamos estos versos de la poesía "Hogar", de Mario Bravo:

En este lotecito
con *mi* pico y *mi* pala,
mis ladrillos, *mi* barro,
mis andamios, *mis* chapas,
trabajando en domingos y otras fiestas
pude construir *mi* casa.

¡Cuán simpática aparece la propiedad en estos versos, y cómo se diría que han sido inspirados por un hondo sentimiento de la propiedad! Y, sin embargo, son versos del doctor Mario Bravo. El militante socialista tal vez arguyera que allí no se trata de la propiedad capitalista, sino de la pequeña propiedad privada, pero de todos modos los consideramos tranquilizadores para los propietarios. Y son lindos versos, ¿no es cierto?

La Capacidad Política del Pueblo Argentino

La capacidad política del pueblo argentino, la masa popular, siempre está en discusión. Cuando el resultado de las elecciones es desalentador para ellos, y sobre todo si ha sido favorable a sus competidores en el terreno obrerista, los socialistas proclaman la incapacidad política del pueblo argentino. Cuando es a expensas de los irigoyenistas, los lencinistas o los cantonistas, los conservadores se declaran de acuerdo con los socialistas, pero esto no quiere decir que consideren sus éxitos como síntoma seguro de capacidad política del pueblo. Ahora, como los conservadores pospusieron a un objetivo inmediato de política antipersonalista la organización de un gran partido nacional para la acción permanente, también se ha suscitado la cuestión de la capacidad política del pueblo argentino. Pero haríamos notar que en este caso ya no se trataría de la masa popular, sino de los dirigentes. Es muy posible que la masa popular conservadora hubiese aplaudido la inmediata organización y entrada en liza de ese partido. En materia de capacidad política del pueblo, sería interesante oír la palabra del pueblo mismo. Seguramente también él diría que es imposible conformar a todo el mundo.

La Revolución Occidental del Islam

La China se encuentra en plena revolución. Pero no solamente la China: todo el Oriente y toda el Asia. Donde la revolución no es violenta, es pacífica; donde no ha llegado al terreno de las instituciones, se propaga en el de las ideas. Tenemos a la vista un resumen de la revolución del Islam. Tiene por focos a Turquía y el Egipto. El califato, especie de papado musulmán, cayó en 1924, y todos los esfuerzos para restablecerlo han fracasado. Los revolucionarios, por ejemplo, los kemalistas, rechazan en bloque las tradiciones orientales, y quieren la aplicación inmediata de las instituciones occidentales. En Egipto, donde el partido liberal constitucional cuenta muchos miembros de esa tendencia, su influencia sobre la élite y la juventud intelectual es cada vez más grande. Muchos escritores egipcios reclaman la laicización completa del Estado, protestan contra el artículo de la Constitución que impone al Islam como religión oficial, y exigen la emancipación de la mujer. En Turquía, donde ocupan el poder, los revolucionarios, después de haber separado completamente la mezquita del Estado, y de suprimir las cofradías religiosas, emanciparon a la mujer y adoptaron el código civil suizo. También adoptaron el calendario gregoriano en lugar del mahometano, el domingo (en lugar del viernes) como día de descanso semanal, y el sombrero en lugar del fez. Revolución política, revolución civil, revolución religiosa, revolución de las costumbres, y hasta de las modas.

La Forma del Comercio Internacional

El comercio internacional era antes mucho más fácil de dibujar que ahora. Los grandes participantes eran pocos, y el intercambio no se entrecruzaba mucho. Podía representarse con líneas rectas: comercio angloargentino, comercio francoargentino, etc. Pero los negocios que antes se saldaban entre dos países, hoy se saldan entre tres o más, y el comercio internacional asume una forma triangular, y en general, poligonal. Sin embargo, la navegación no se ha adaptado aún a esta nueva forma, y en lugar de hacerse triangularmente, continúa haciéndose en línea recta. En el reciente banquete de la industria cinematográfica, celebrado en Nueva York, y al que asistieron Mr. Hoover, ministro de Comercio, y el embajador argentino doctor Pueyrredón, dijo el primero: "Si bien nosotros compramos a la Argentina una cantidad de productos menor de la que le vendemos, por otra parte adquirimos mercaderías europeas, lo que capacita a Europa para comprar más a la Argentina." A lo cual contestó el doctor Pueyrredón: "Es cierto que el comercio internacional es triangular, pero el tráfico marítimo no es triangular, y la ausencia de cargamento en el viaje de regreso determina el aumento de las tarifas de flete y perjudica al comercio." Además, pudo añadir, lo de que el comercio sea triangular no debe servir de pretexto para ponerle obstáculos.

Conflicto Periodístico-Policial

A raíz de una resolución de la policía negando informaciones a la prensa, se declaró un conflicto entre ella y esta última. Ignoramos si esa resolución tiene un sentido moralizador, pero no se nos oculta que tiene un carácter punitivo, pues ha sido motivada por recientes censuras de la prensa a la policía. La policía de Buenos Aires estaba poco acostumbrada a la censura de la prensa, y no se ha necesitado mucho para que reaccionara airadamente. Pero ¿cómo podía creer la policía que la censura de la prensa no se produjese? La creciente decadencia de la policía la estaba reclamando hace tiempo. Por poco simpáticos que nos sean los excesos de la crónica policial, no podemos llamarnos a engaño sobre la realidad de los hechos. El gesto airado de la policía no indica sino que ella no quiere reconocer el fundamento de las censuras de la prensa, y que no está dispuesta a mejorar sus servicios. Pero ¿es posible que la policía de Buenos Aires continúe como está? Entonces el conflicto que hoy es con la prensa mañana sería con el público. La policía tendrá que convencerse de que hay que mejorar los servicios.

Hay que acometer

El Consejo Nacional de Educación propone que en la incorporación de conscriptos se dé "preferencia" a los analfabetos. Así se combatiría el analfabetismo, no sólo porque el ciudadano analfabeto puede y debe salir instruído de las filas — y en efecto salen así en gran número, — sino también por lo que eso pudiera favorecer la asistencia escolar. Pero puede asegurarse que esa proposición no será acogida con entusiasmo en el ejército, porque los conscriptos analfabetos complican por diversos modos las tareas de la instrucción militar. Si en lugar de tener el servicio obligatorio tuviésemos la instrucción militar obligatoria, el problema del ciudadano analfabeto podría resolverse con toda amplitud, porque el programa podría comprender un mínimo de cultura elemental. Pero no queremos detenernos en estas consideraciones. La iniciativa del Consejo Nacional de Educación es una verdadera denuncia oficial del problema del analfabetismo, y el reconocimiento de que es necesario intentar un esfuerzo educacional. Si ese problema existe en sus actuales caracteres, también es por falta de acometividad en resolverlo. ¿Por qué no acomete el Consejo Nacional de Educación?

No es mal piloto

Hemos leído con atención los fragmentos publicados por la prensa, del discurso pronunciado por el decano de Derecho en la inauguración de los cursos. A veces es interesante leer con atención un discurso.

"Para volver a la normalidad contaba con la cooperación de los profesores y, lo que era de esperar (¿coma?) de los sentimientos generosos de la juventud."

Con la hipotética coma no dice categóricamente que contase con la cooperación de los sentimientos generosos de la juventud. Sin ella, sólo contaba con lo que era de esperar, que no se sabe cuánto era. En cualquier caso, sale una figura llamada reticencia.

"La esfera de acción de los estudiantes *se circunscribe* a la investigación y al estudio. Fuera de ese campo de acción vuestro tiempo es tiempo que se malogra y vuestra actividad una fuerza que se pierde." (Aplicación, obediencia y disciplina, jóvenes estudiantes; nada de reformas universitarias.)

Pero continúa: "que se pierde en momentos en que todos debemos coordinar nuestros esfuerzos, *cada uno en su puesto* (nada de querer mandar, jóvenes), para que no nos sorprendan *los graves problemas que han de reclamar su solución*". (No pretendáis que os diga, jóvenes, a qué problemas me refiero.)

"En esta época de vacilaciones y de incertidumbres todos esperan de la juventud que se incorporará luego a la vida de la nación." ¿Qué esperan de la juventud? Se limitan a esperar. Esperan que no haga un barbaridad.

"Mostraos dignos de esa confianza: sois una esperanza."

Pero aquí el sentido de la palabra esperanza se bifurca, y el decano recuerda que esos jóvenes deben circunscribirse a su esfera:

"Sois una *esperanza*. No pretendáis ser ya una *realidad*. Dejad la nave con todos sus riesgos a los que deben pilotearla."

El señor decano, como orador, no es mal piloto.

La monarquía y la república en Europa

Nos aseguran de Alemania que allá la república se consolida; los monárquicos se hacen republicanos, aun los militares y los antiguos empresarios de la reacción monárquica. A diferencia de lo que pasó antes en Francia, donde tanto duraron los partidos realistas y bonapartista, en Alemania los monárquicos estarían destinados a desaparecer pronto. Por lo que toca a los realistas franceses, sus relaciones con el Vaticano son cada vez peores, y el Papa ha vuelto a condenarlos en una reciente alocución. Para un partido que vivía menos de la tradición realista que de los conflictos entre la república y el Vaticano, eso debe querer decir que sus actuales dirigentes desaparecerán sin sucesión. Por añadidura, no todos los tronos y dinastías subsistentes se encuentran en tan sólida situación como Inglaterra. La sucesión rumana era un problema que no sabemos si se habrá resuelto, y la española otro.

Después de la caída de los Hohenzollern, de los Habsburgo, de los Romanoff, poco le ha quedado en Europa a la monarquía, y aun eso, no siempre tan bien cimentado como ella deseara.

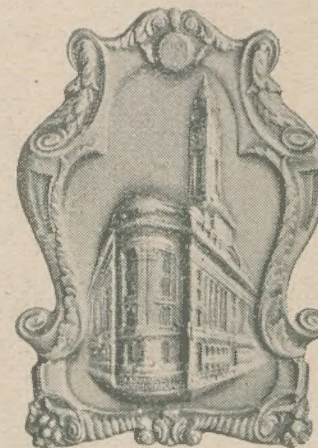
Ley orgánica del presupuesto

Existe un proyecto de comisión interparlamentaria para que a su vez proyecte una ley orgánica de tramitación y sanción del presupuesto. Pero una vez cumplido su cometido, la comisión debería subsistir para ampliar la ley orgánica a la estructura misma del presupuesto, e ir integrando esa ley por partes, hasta conseguir que la formación del presupuesto se sujete a normas racionales. Decimos integrarla por partes, porque el buen estudio de la cuestión y la detallada documentación que habría que reunir y consultar no permitiría otra cosa. Establecer las normas de la formación del presupuesto, y dentro de ellas dejar la más amplia libertad al Poder Ejecutivo, he ahí lo que indudablemente sería lo mejor y más expeditivo. El presupuesto no puede tener un volumen cualquiera, ni los distintos impuestos ni los distintos gastos guardar entre sí una relación cualquiera; el presupuesto debe guardar alguna relación con el país, y alguna armonía debe haber entre sus partes. Esa ley orgánica, bien hecha, serviría también de criterio para juzgar de los presupuestos provinciales y municipales.

Una plaqueta excepcional

Hemos recibido una plaqueta de gran tamaño, conmemorativa de la colocación de la piedra fundamental del nuevo edificio para el Concejo Deliberante Municipal.

No podemos menos que aplaudir el propósito didáctico que ha guiado su ejecución. El gran público ignora lo que es una medalla artística, y generalmente se limita a sopesarla, preguntando si es de oro o plata, y era necesaria una lección objetiva y compendiada.



— ¿Saben lo que es una plaqueta artística? — parecen haber preguntado los colaboradores y cómplices de ésta.

— ¿No? Pues bien: es todo lo contrario de ésta.

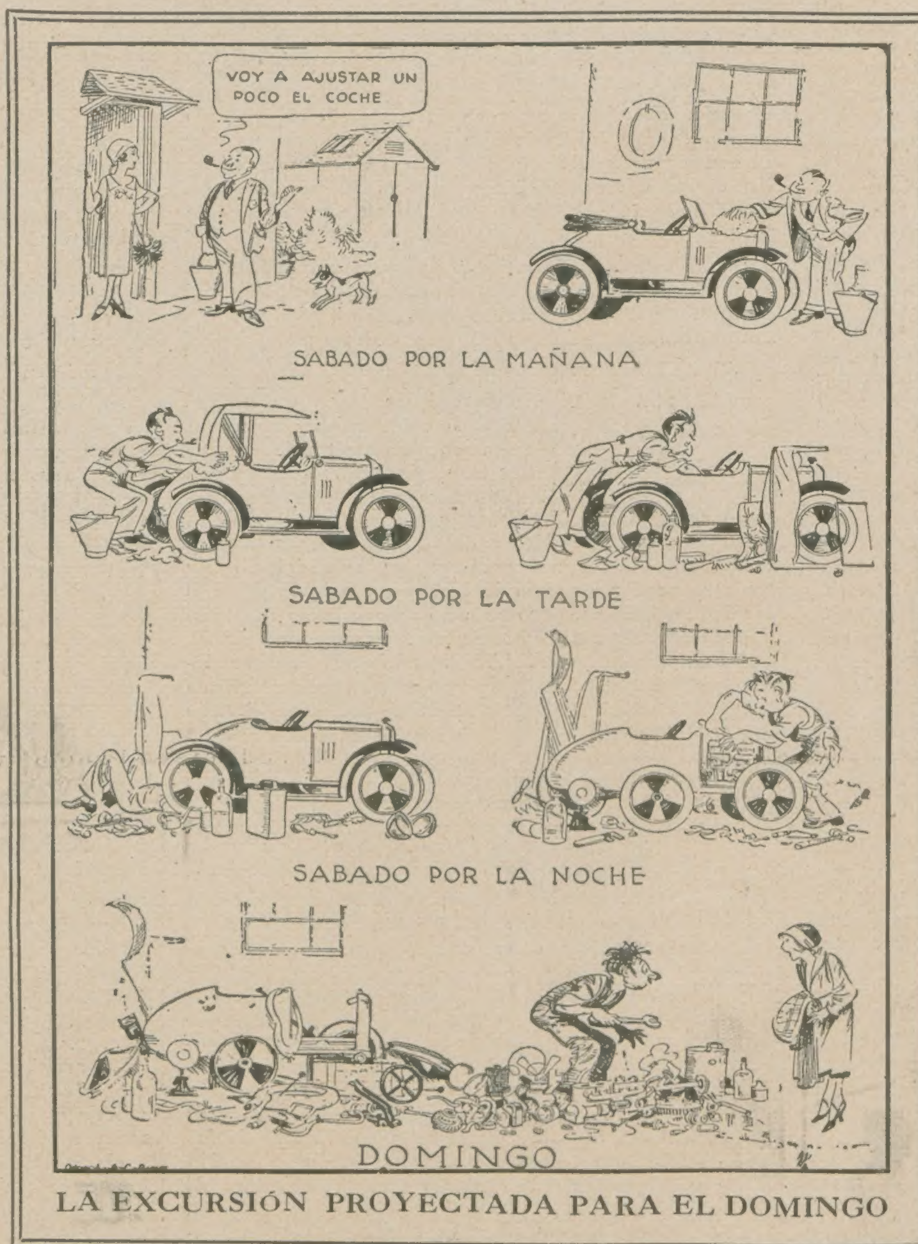
La obra no tiene desperdicio. Nada se ha olvidado para mostrar hasta dónde se puede llegar en la perfección, desde la forma carnavalesca de sus líneas exteriores, hasta el relieve voluntariamente exagerado, desde el marco decorativo, mezcla elegante de estilo Luis XV y arte nuevo, hasta la originalísima composición del anverso y sus leyendas bien colocadas.

El ejemplo será, sin duda, provechoso; lástima que cueste a la comuna varias decenas de miles de pesos, pero es dinero bien gastado. No hay que lamentar el que se emplea en la cultura artística del pueblo.

A no equivocarse. Dejamos constancia de que esta plaqueta ha sido ejecutada con el mismo propósito que los espartanos hacían emborrachar a los esclavos para mostrar a sus hijos la fealdad de la embriaguez.

Una gran industria argentina

Ante la magnitud y valor de muchas obras de edificación que se están construyendo en Buenos Aires por empresas del país, y ante el desenvolvimiento de las empresas de edificación y crédito, que comprometen capitales relativamente mayores, es necesario decirse que por sus cuantiosos capitales, por sus valiosos elementos materiales, por el considerable personal técnico, obrero y administrativo que ocupan, por el movimiento que con sus adquisiciones y con sus salarios imprimen al comercio mayorista y minorista, las firmas y empresas constructoras y edificadoras ocupan un lugar notablemente importante dentro de la industria argentina, y son uno de los grandes factores de la economía del país. La industria de la construcción y edificación, que por cierto no se reduce a las firmas y empresas porteñas, ni aun a las grandes firmas y empresas de todo el país, es una grande, una enorme industria nacional. ¿Qué es a su lado la industria azucarera y aun la industria vitivinícola, para limitar a esto la comparación? Y es una industria creadora de una riqueza duradera, y uno de los más poderosos factores del crecimiento de la fortuna colectiva argentina y de la valorización del suelo del país. Pues bien: he ahí una de las industrias no protegidas y que no pueden ser objeto de protección. El fomento industrial no se ocupa para nada de esas industrias, no tiene en cuenta que la construcción argentina debe llegar a ser la empresaria de las máximas obras públicas. Las más grandes y fecundas industrias argentinas no pueden ser protegidas. Por eso mismo no son admisibles los criterios unilateralistas de un fomento industrial que sólo consulta los intereses de las industrias protegidas, sin preguntarse cómo afectan a los de aquellas otras.



LA EXCURSIÓN PROYECTADA PARA EL DOMINGO

Las Aventuras de don Pancho Talero

Por LANTERI





















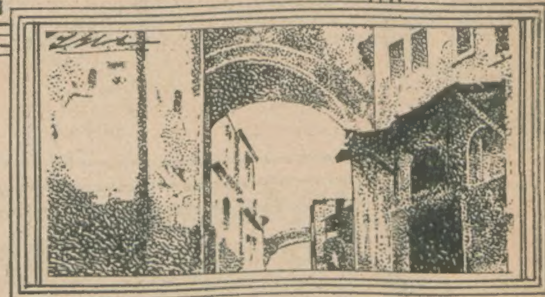








Jerusalén. El Monte de los Olivos visto desde el atrio del templo



La Jerusalén actual y la Jerusalén celeste

Por

DELFINA BUNGE DE GALVEZ



CUANTOS hay que van a Europa, cinco, seis veces, y no piensan jamás en ir a Jerusalén! Cristianos que no sueñan sino con Londres o con París. Son, sin duda, intensas las impresiones de arte que París o Londres pueden darnos. Pero, ¿es esto comparable con lo que en Palestina nos espera? Aun aparte de las impresiones religiosas, basta la sola evocación de nombres como éstos: ¡el Jordán, el Mar Muerto, los Montes de Moab, que forman la corona funeraria de Moisés, el Valle de Josafat, el Monte Carmelo, monumento del profeta Elías! Parece, al nombrarlos, oírse la voz de los profetas, la voz de Dios haciendo surgir estas cosas para destinos eternos.

En cuanto a la ciudad misma de Jerusalén, ella debiera ser el anhelo de todo cristiano, porque al traspasar sus murallas nos adentramos en el conocimiento de Cristo. Si no podemos, como Juan, reclinar la cabeza en el corazón sagrado, puédense, por lo menos, auscultar los Montes de la Ciudad Santa, que es como una imagen de Jesús. Como Cristo, fué ella prometida a los hombres, y anunciada fué su ignominia y su gloria. Como Cristo, padece, es vendida, muerta y sepultada. Desconocida, discutida, repartidas sus vestiduras: entre todas las naciones repartidos sus despojos. Y, como Cristo, continuamente sale de su sepultura. Así ha de resucitar como Él y tener su Ascensión en la Jerusalén Celeste.

AQUELLOS que "se desilusionan" de Jerusalén, ¿qué habían esperado encontrar? ¿Un Paraíso de la devoción y del amor fraterno? Esto no sería Jerusalén, tierra de contradicción. ¡Jerusalén, te muestras lo que eres: oprobio para los cristianos que no supimos conquistarte, merecerte; oprobio para los judíos, cuyo crimen, cuya milagrosa ceguera y cuya humillación publicas; oprobio para los musulmanes, aquí destructores, usurpadores: intrusos a quienes Jerusalén condena! Y, al mismo tiempo, gloria de los musulmanes, de los judíos; gloria de los cristianos. De los musulmanes, porque el haber sido destinados, como estaba escrito, para guardianes de la tumba del Señor; y la misteriosa atracción que sobre los hijos de Ismael ejercen los nombres de Jesús y de María, ¿no es quizá signo de elección y de esperanza? Gloria para los judíos, raza escogida: para ellos fué destinada Jerusalén, y "los dones de Dios son sin arrepentimiento". Entre ellos y de ellos había de venir Cristo; y a ellos les fué prometida la futura Jerusalén triunfante. Y gloria, ante todo, para los cristianos; para los católicos, que tenemos en cada piedra de Jerusalén un título de nobleza y de divina filiación. Venerada por los musulmanes, por los judíos y por los cristianos, Jerusalén se mantiene así en su carácter excepcional y único.

AQUEL acudir al Sepulcro de Cristo tantas naciones, tantas religiones y ritos; aquel disputarse en el sagrado recinto los centímetros, añade a la impresión de universalidad y grandeza. De un modo confuso respóndese así al amoroso llamado: "Venid a mí todos los que estáis cargados..." Y todos van a depositar su carga sobre la tumba de Jesús. Y es de esperar que todos encuentren allí misericordia. No desesperemos de ver algún día llegar a los discípulos de Confucio y de Buda, aunque sea agobiados bajo una carga de satánicos engaños. Nadie podrá acercarse a aquel Sepulcro en vano. El ver venir a las gentes, a cada uno con su indumentaria propia, no es sólo motivo de interés para el curioso, por lo pintoresco, sino que en la variedad de trajes, de lenguas y de ritos se evidencia cómo todos, clara o confusamente, tienen necesidad de Cristo.

POR otra parte, la dominación turca ha sido evidentemente providencial. ¡Ay de nosotros si aquello estuviera en poder de los griegos cismáticos, que son allí los peores enemigos de la latinidad católica! Nada nos hubieran dejado. Dolorosa es, por cierto, la destrucción perpetrada por los musulmanes de la antigua Jerusalén cristiana. Pero si Jerusalén hubiera estado siempre en poder de cristianos y de occidentales, ella habría probablemente perdido casi todo su carácter. Providencial ha sido allí aquel carácter de estancamiento musulmán, puesto como una valla al progreso que arrasara la Jerusalén que vemos. Sin los hijos de Mahoma, hubiéranse sin duda respetado los lugares y reliquias santas, pero no veríamos ya esta Jerusalén de calles estrechas y apretados muros, que de tal modo continúa la antigua y oriental Jerusalén. Pocos años hace que los ingleses tienen allí su mandato, y se ven ya, en las afueras de Jerusalén, lujosas casas modernas, levantadas por los judíos ricos venidos de Norte América. Y ¿no se proyecta un gran hotel y balneario a orillas del mar Muerto?... Un hotel lleno de confort frente al monte desolado de la Tentación, que vimos agujereado como un colmenar por las ermitas que allí se hicieron los antiguos penitentes. Allí, frente a frente, se bailará en el hotel inglés con el jazz-band...

En Jerusalén hay, pues, al mismo tiempo, pena y consuelo para el cristiano. Pena grandísima de que los santuarios más sagrados — en especial Belén — no sean nuestros; es decir, realmente de Cristo: de los que integralmente aceptan su doctrina legada por los Apóstoles. Y consuelo de ver cómo el mundo entero — con ignorancia o ciencia, con

(Continúa en la pág. 26)



"...se sentía atraído por la novedad que ofrecía la obra..."

El profesor

(Diálogo moderno)

Por JESUS GARCIA DE DIEGO



DON Pablo Cabanilla y Ríos, o don San Pablo, como se le apellidaba en la casa, se había refugiado a la sombra de uno de los paredones de la nueva construcción, y sacando su sempiterno libraco del bolsillo del guardapolvo, lo abrió por la página señalada.

Era un día de sol en febrero. Don San Pablo, que tenía su casita en la extremidad de aquel barrio de villa provinciana, se dirigía con frecuencia en sus paseos del atardecer hacia el lugar donde se estaba levantando la mole del nuevo edificio destinado al Colegio Nacional.

Era él uno de los profesores de la casa, desde su fundación, y sentíase atraído por la novedad que ofrecía la obra, acelerada con el designio de habilitarla para el inmediato período de clases. Cada semana el progreso de la construcción era visible, y el buen profesor lo seguía con el interés benévolo e inquieto del viejo marino que observa en el astillero el último barco en que ha de navegar.

Se disponía a sentarse en una pila de ladrillos, para continuar la lectura de un pasaje de Rabier sobre la definición, cuando oyó resonar el motor de un automóvil en dirección de la calle arbolada que él acababa de recorrer a pie. En un instante, el coche, una soberbia máquina, por cierto, desembocó en la esquina del ya imponente pabellón angular, y se detuvo a dos pasos de él.

Eran los profesores Casanova, Armendáriz y Meliendres, que llegaban, como su compañero don San Pablo, a apreciar la marcha de la obra.

El primero, dueño del coche, hacía aquella visita casi diariamente, por lo cual dejó que los otros dos, luego de cambiar el saludo de práctica, se internaran por las galerías del edificio, llenas del repiqueteo de las herramientas de cien operarios. Saltó también a tierra y se aproximó, secándose el sudor de la frente, a don San Pablo, que contemplaba la magnífica y reluciente carrocería.

— Esto dice con aquello — apuntó el viejo profesor mostrando su sonrisa inalterable.— Un palacio como el que se nos va a dar, necesita el automóvil a sus puertas.

— No en balde — respondió Casanova — se ha preparado esa rampa al pie de la puerta principal. El progreso es una cadena lógica y feroz.

— Feroz sobre todo, joven camarada; de una ferocidad seca y brutal. El progreso que se manifiesta en ese edificio coloso con el contenido suntuario que espera, me obligará a abstenerme de mis excursiones veraniegas a la laguna de Carhué. Yo, como usted, pero con la quinta parte de su haber en dinero, tendré que venir a mis clases decorosamente apoltronado en un automóvil que, por lo menos, se parezca de lejos al suyo. Mi casa está algo distante, hay fango en el trayecto; los alumnos, hijos de gente rica casi todos, no se presentarán si no es con el calzado brillante. Es fatal que yo le imite a usted, a quien el Estado paga mil quinientos pesos mensuales, con trescientos pesos de salario.

— Nada tengo que oponer a esa verdad, señor Cabanilla y Ríos. El progreso arrastra; yo soy el autor de la afirmación; y como no siempre se puede seguir su marcha, por la altura o la velocidad, de ahí que se produzcan esos sacrificios que son los desprendimientos de la rémora, o esos otros acaso peores, que son la rémora obligada a cambiar de mecanismo. Bien sabe usted qué sentido tiene este vocablo, rémora, tratándose de un catedrático de su valer y notoriedad.



— Está bien aplicado, señor Casanova, en el sentido único que usted y yo podemos concebir. La rémora es la pobreza, es decir: la impotencia para sumar emolumentos. El progreso de esa construcción monumental exige catedráticos bien rentados, para no incurrir en un lamentable desentono; lógicamente, pues, usted ha dicho también que el progreso es lógico. A ese edificio corresponden catedráticos superiores, a menos que la superioridad, la renta y el progreso sean cosas inconexas que el azar puede repartir sin desmedro de esa preciosa armonía que es la equidad.

—Deben corresponderse, señor Cabanilla y Ríos. ¡Quién lo duda! El profesorado, que ejerce su función en aulas suntuosas y opera en gabinetes dotados con un instrumental fabulosamente caro, debe cobrar sueldos de ministro. Todo armonía, todo equidad; nada de rémora, a ser posible.

— Un momento, señor Casanova. Pongamos la cuestión en sus términos, los factores en su orden; así habrá claridad. No sería justo exigir al Estado que prodigue la renta pública para poner el lustre de nuestras carrozas a tono con el estuco de sus edificios. La equidad de mi teorema es otra. Aulas suntuosas e instrumental fabulosamente caro, reclaman profesores armoniosamente aptos, no con sueldos de ministros, sino con los sueldos que convienen, en primer término, a su calidad, y en segundo, a su cantidad de trabajo. El Estado será lógico cuando ponga a tono esas tres cosas: la pompa, la aptitud y el salario.

— Convendrá conmigo, insigne compañero, en que eso es imposible. Supone nada menos que el escalafón intelectual, un absurdo, y el sacrificio de los que han sido más aptos.

— ¿En qué, joven camarada?

— En adquirir posiciones.

— ¡Ah, sí! Olvidaba ese absurdo; quiero decir, ese factor. Pues bien: el progreso de la enseñanza exige como todos los progresos, el sacrificio de esa otra rémora: el acaparador de cátedras. No lo digo por usted, señor Casanova, que sabe lo que enseña en todo lo que le han encargado de enseñar; lo digo por otros que usted y yo conocemos, ricamente dotados por el presupuesto, y que, salvo la aptitud admirablemente desarrollada para captar posiciones, carecen de otra alguna. Convendrá conmigo en que esos ricos señores, si entonan con los alcázares del progreso en cuanto a alcázares, no entonan en cuanto a progreso.

— Lo admito y enmiendo: esos ricos señores ocupan el lugar que deja vacío la inercia de los verdaderamente aptos para enseñar. El movimiento se demuestra andando; el mérito se manifiesta haciéndose valer.

— ¿En las antesalas o en las salas?

— En todas partes. Abrirse paso al éxito requiere carácter, eso sin lo cual, y usted, que es un maestro en criteriología lo sabe muy bien, es infecundo todo conocimiento.

— Es infecundo, sí, convengo en ello; pero según a lo que usted llame carácter.

— El carácter, salvo su mejor opinión, es la preciosa aptitud volitiva al servicio del complejo de aptitudes que forman la personalidad.

— He aquí, señor Casanova, cómo yo sería una excepción en la regla por la cual la aleación mérito carácter es igual a éxito. Mis emolumentos están en proporción inversa al mérito que usted me asigna, a causa de que poseo un formidable carácter. Debido a esa facultad volitiva, exacerbada en mí, he llevado hasta el rigor extremo mi resolución de enseñar sólo lo que sé y de negarme a enseñar, por tanto, lo que no sé.

— Esa energía negativa, y no se ofenda usted, es un aspecto de la inercia a que me refiero. Lo que usted no quiere enseñar, lo enseñan otros que, dotados de la otra energía, enseñan además lo que usted sabe.

— Sin saber ellos ni lo suyo ni lo mío... ¿Quedamos en que eso es el carácter? Y yendo al fondo de la cuestión, ¿quedamos en que el fraude al Estado puede ser un medio legítimo de llegar a esa cosa plausible que es el acuerdo entre el indumento del catedrático y la suntuosidad de la cátedra?

— Atropella usted, insigne colega, con proposiciones cerradas que merecen un prudente análisis. Habla usted de ineptitud, de sordidez, de fraude... Hay que probarlo.

— Si usted no atropella con su automóvil más que yo con mis proposiciones, le concedo un escrúpulo raro entre los que manejan el volante. ¡Habla usted de pruebas! Me conoce bien y sabe con qué extremada cautela uso el apriorismo cuando es necesario. Ahora, no es necesario...

— Le invito a dar una vuelta por las galerías. ¿Le gusta a usted el nuevo Colegio?

— ¿El nuevo edificio? Sí; me gusta. Es bonito; será seductor. Aun así, en esqueleto, da ya la sensación de que dentro de él será más amable y ligera la enseñanza. Habla todo de porvenir luminoso y pródigo en adelantos para la riqueza y el bienestar, de ideas prácticas y de utilidad tangible, de resonantes ensayos y fecundas experiencias. Esa linda morada de la ciencia nueva y elegante, hasta sugiere la exclusión de cuanto hable al pasado, y

(Continúa en la pág. 22)



Esquema de una mina en el siglo XVI. Arriba, el rabdomante con la varita indica los depósitos del mineral

La varita adivinatoria



UN hombre, sin rasgos especiales que le distingan del resto, aparece paseándose por los campos llevando en la mano una simple ramita de avellano en forma de horqueta. Va y viene de un lado a otro con paso mesurado, mientras sostiene la varita horizontalmente delante de él. Repentinamente, ésta se dobla, cruje y se rompe con golpe seco, sin intervención alguna de su portador. ¿Qué misterio encarna tal fenómeno?

El hombre asegura entonces con gravedad que en ese sitio hay agua a tal o cual profundidad. Hecha la excavación en el lugar indicado, descúbrese una corriente cristalina que fluye a borbotones.

Nada más natural entonces que aproximarse al adivino para examinarlo de cerca, lo mismo que a la mágica varita.

Poco adelantará el curioso observador. Hasta el presente, nadie puede explicar satisfactoriamente la razón del experimento narrado, pero el hecho incontestable es este: hay gente sin preparación ni estudio especial que, ignorando la conformacin geológica de un terreno, revela la existencia de fuentes de agua o vetas de minerales, con ayuda de una varita. Su habilidad consiste en llevarla lentamente ante sí y estar atento a sus desviaciones. En el instante de percibir el menor movimiento se detienen, en la certeza de haber dado con un manantial subterráneo. Este género de adivinación se conoce con el nombre de rabdomancia, y quien lo practica es rabdomante o zahorí.

La varita mágica del rabdomante recuerda a los antiguos mitos y leyendas, con sus dioses provistos de bastones con virtudes maravillosas.

Así, Mercurio, mensajero de los dioses, hijo de Júpiter y de Maya, una de las siete Pléyades, abría con su caduceo las puertas del Infierno a la sombra de los difuntos.

Golpeando las rocas con su bastón, hizo Moisés surgir agua clara, y entre los egipcios y babilonios predecíase el porvenir mediante ramitas ahorquilladas.

El *barú* o adivino babilonio levantaba un palo de cedro, como vara adivinatoria, en sus predicciones. Los oráculos daban su respuesta entre los árabes nómades, por medio de varas o de flechas, y los augures romanos se servían de "litunos", especie de cayado o báculo encorvado por arriba, con el cual trazaban líneas ideales con que definían y determinaban las diversas regiones del cielo para predecir el futuro.

Durante la Edad Media acudióse en abundancia a las varitas rabdománticas para descubrir las riquezas minerales ocultas en la profundidad de la tierra, y hasta se llegó a pedir su colaboración cuando se perseguía a criminales prófugos.

Si damos crédito a ciertas relaciones, la búsqueda de filones por este medio alcanzó un éxito sorprendente. Cuéntase el caso del barón de Beausoleil, por ejemplo, antiguo director de minas del Sacro Imperio, llegado a Francia en 1622, y que descubrió más de ciento cincuenta minas.

Operaba con siete varillas distintas, cada una de las cuales era particularmente sensible a un determinado metal.

Otros relatos hablan del hallazgo de yacimientos de sal mediante las célebres varitas. ¿Cuál es en definitiva su misterioso poder?

Por mucho tiempo pareció inexplicable y sobrenatural; la gente supersticiosa dió en suponerle atributos del diablo, y evitaba la presencia del rabdomante, por creerle en relaciones con el averno.

La pueril invención no satisfizo a los espíritus libres, quienes se preguntaban, angustiados, si el secreto estaría en el hombre o en la varita.

Comprobaron, en primera instancia, que la ramita de avellano no era elocuente en todas las manos. Solamente servía con eficacia cuando determinadas personas la utilizaban. Entonces convinieron en hacer objeto de minuciosa observación al rabdomante en funciones.

Sus estudios contribuyeron a sembrar mayor confusión en el nebuloso asunto. Unos afirmaron llanamente que la rabdomancia era supercheria pura, otros hablaron de transmisión del pensamiento, de autosugestión, de hipnotismo y hasta de simple casualidad. Quedaba el problema tan obscuro como en los comienzos, mientras se multiplicaban los casos auténticos de hallazgos realizados con la varita del rabdomante. La prolongada sequía experimentada en los años 1892, 1893, 1901, y luego en 1911 reanimó el interés por esta vieja cuestión.

Sabios independientes, despojados de todo prejuicio abordaron el tema con entusiasmo, para llegar a esta conclusión: hay personas capaces de hallar manantiales y vetas minerales con la varita descripta, cosa que nada tiene de común con el charlatanismo de adivinos y de magos.

Por otra parte, ciertos rabdomantes hicieron la observación de que el rayo cae únicamente en lugares ricos en agua subterránea, y muchos árboles destruídos por el rayo tienen su raíz justamente sobre un manantial o un yacimiento de mineral.

Tales circunstancias vendrían a corroborar una opinión generalizada: que el agua de la entraña terrestre emite radiaciones eléctricas, las cuales pueden ser percibidas por personas nerviosas y extremadamente sensibles.

La varita desempeñaría entonces el papel de antena para conducir las radiaciones al cuerpo humano, donde provocan especial excitación inconsciente siempre para el individuo, pero que se traduce en los movimientos de la varilla.

Casi todos los cuerpos que nos rodean, tanto orgánicos como inorgánicos, emiten radiaciones invisibles, sólo perceptibles para algunos órganos delicados.

Esta radioactividad es cosa muy conocida en nuestra época.

Pero el sentido del oído, de la vista y del olfato están mucho más desarrollados en los pueblos salvajes y entre los animales que en el hombre civilizado. Los caballos de las estepas olfatean el agua a muchos kilómetros de distancia, y los indios, aún hoy, presienten el agua desde lejos con prodigiosa exactitud. Aun entre la gente civilizada existe diferencia en la agudeza de sentidos. Personas hay cuyos órganos son finísimos, mientras otros son menos impresionables.

Esto vendría a explicar la teoría de rabdomantes, atribuyéndoles una disposición natural de su organismo, extremadamente sensible a vibraciones inadvertidas para el resto de los hombres.

En resumen, algo comparable a la telegrafía sin hilos. Cuando la estación emisora envía un radiograma con una onda de quinientos metros, el aparato receptor no puede recibirla si no está en condiciones para esa longitud.

Existe dependencia recíproca entre el hombre y los cuerpos circundantes, razón por la cual reacciona el organismo al ponerse en contacto con las emanaciones subterráneas. No se ve otra explicación a la facultad de descubrir manantiales y depósitos metalíferos sin más auxilio que una varita. Las relaciones productoras del fenómeno serán determinadas en estudios futuros, pues la ciencia no descuida el interesante y moderno asunto de la radioactividad. Mientras llega la explicación razonable, la varita de avellano sigue prestando servicios a la humanidad. Ya no es el rabdomante aquel ser enigmático y extraño, mirado con tanto temor como recelo. En la pasada guerra, vióseles buscar agua salvadora de los ejércitos sin pronunciar fórmulas fantásticas ni hacer gestos de desvarío que personificaban a los de otrora.

La agricultura, la industria y la explotación de minas pide su concurso al rabdomante, así como los sindicatos agrícolas que necesitan abrir pozos o irrigar terrenos, y también las sociedades ferrocarrileras, para aprovisionar de agua a sus locomotoras en regiones áridas y desiertas.



(GRABADO DEL SIGLO XVII)

Buscando minerales con la varita



Minero y rabdomantes en 1617

El tallista de imágenes



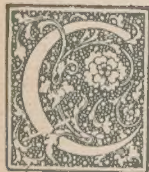
Cuento piadoso

Por

JULIO LEMAITRE

Ilustración de
León Bouché





UENTAN las crónicas que en otro tiempo existió un hermoso convento edificado sobre una alta meseta, en un declive de una montaña cubierta de abetos, sobre cuyo fondo sombrío se destacaban los techos puntiagudos y las torrecillas de la santa casa. Debajo veíase un ancho valle, viñas, campos de trigo, praderas rodeadas de álamos, y a lo lejos un pueblo asentado a lo largo de un apacible río.

Los monjes de este convento eran a la vez buenos servidores de Dios, grandes sabios y excelentes labradores. Durante el día veíanse sus blancos hábitos diseminados por el campo, y a los que los llevaban, inclinados hacia la tierra para ocuparse en sus faenas, y por la tarde, cruzando de pilar en pilar por el largo claustro, entregados a sus pláticas u oraciones.

Había entre ellos un joven religioso llamado Norberto, que era un buen constructor de imágenes. Tallando la madera, trabajando la piedra o amasando la arcilla, que teñía de vivos colores, conseguía labrar tan bellas efigies de Jesús, de María y de los santos, que atraían a sacerdotes y personas piadosas, que desde muy lejos venían a verlas y las compraban a buen precio con objeto de adornar sus iglesias u oratorios.

Norberto era muy piadoso, y sobre todo tenía una devoción extraordinaria por la Santa Virgen. Con mucha frecuencia permanecía horas enteras prosternado ante el altar de la Inmaculada, inmóvil, cubierto con su capuchón y dejando caer sobre las gradas los pliegues de su hábito. Además, Norberto era soñador; especialmente cuando por la tarde contemplaba el sol que se extinguía en el horizonte, poníase triste e inquieto, y hubiera querido irse lejos y ver otros sitios del mundo distintos del en que vivía.

Entonces el prior solía decirle:

—¿Qué podríais ver en otra parte que no veáis aquí? Ved el cielo, la tierra, los elementos origen de todas las cosas; aun cuando vieseis todas estas reunidas, sólo sería una vana visión (1).

Los buenos de los monjes eran muy caritativos, y como eran ricos, llegó el día en que no hubo ni un solo pobre en los alrededores. Entonces determinaron edificar a sus expensas una magnífica iglesia cerca del convento.

Hicieron venir con este objeto muchos centenares de trabajadores. Abriéronse canteras profundas que se asemejaban a llagas de deslumbrante blancura incrustadas a los flancos de la montaña, y sacáronse de ellas innumerables trozos de piedra, que fueron artísticamente tallados, de suerte que todo el exterior del convento veíase envuelto en un polvo blanco como harina. Derribáronse las más hermosas encinas y los más frondosos abetos que había en las cortadas pendientes que dominaban el monasterio para construir andamios; se les destrozó y se les elevó para formar los caballetes, de suerte que el convento parecía envuelto en un polvo amarillo como el oro.

Y allí, en medio de aquella inmensa soledad, cada trabajador, tallando sus piedras entre un ruido de colmena humana, ignoraba en qué sitio de la futura catedral serían colocadas aquellas piedras, así como también si serían o no vistas por los fieles; pero sabían muy bien que serían vistas por Dios, y todos a la par se alegraban de colaborar, cada uno por su parte, a la santa obra.

Y así, muy pronto, piedra sobre piedra, aunque con alguna lentitud, la iglesia elevóse hacia el cielo.

UNO de los antiguos monjes del convento, muerto en olor de santidad, había escrito las siguientes palabras en un librito de meditaciones piadosas que tituló "Imitación de Jesucristo":

"No cuestionéis sobre los méritos de los santos, porque estas pesquisas suscitan frecuentemente contestaciones inútiles, alimentando el orgullo y la vanagloria, de donde dimanan la envidia y las discusiones: de suerte que éste prefiere a tal santo y aquél otro. La controversia de semejantes cuestiones, lejos de ser fructífera, desagrada a los santos." (2)

Los buenos de los monjes faltaron a este precepto una tarde que conversaban en el terrado del convento, después del ángelus; y no sólo disputaban respecto al mérito de muchos santos, sino también a propósito de las tres personas de la Divina Trinidad.

Tratábase de dar advocación a la futura iglesia, y cada uno expresaba su idea, sosteniéndola con calor.

Probablemente, si no hubieran sido tan piadosos, habrían hallado mejor el disfrutar en silencio de la apacibilidad de la tarde. A corta distancia surgían las paredes en construcción del futuro santuario, agrandadas y como sumergidas en el crepúsculo, de modo que su armazón nueva ofrecía el bello y majestuoso aspecto de las ruinas. Abajo serpenteaba el río esmaltado en plata; el oro del poniente del sol, por la tarde de Oriente, daba tintas violáceas a los árboles de la llanura, y sólo a intervalos algún ladrido aislado o algún chirriar de carretas turbaban el silencio.

El prior, hombre de experiencia y de tradición, fué el primero que dió su parecer.

—Conviene—dijo—que

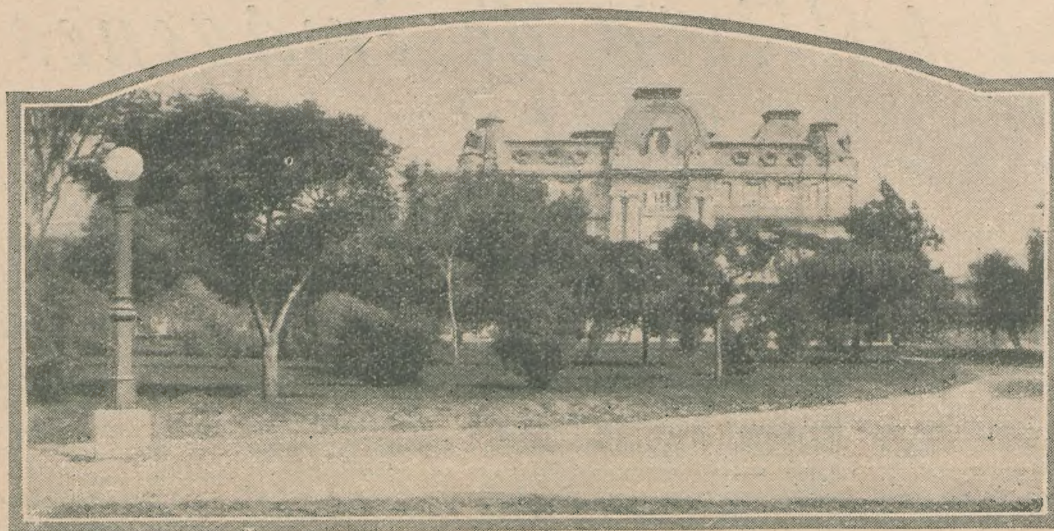


"...Allí, cara a cara con el Cristo..."

(1) Imitación de Jesucristo, I, 21.

(2) Imitación de Jesucristo, III, 58.

(Continúa en la pág. 68)


La plaza Rivadavia, en Bahía Blanca. Al fondo el edificio del Banco de la Nación

Calcomanías modernas

Crecimiento de una ciudad atlántica

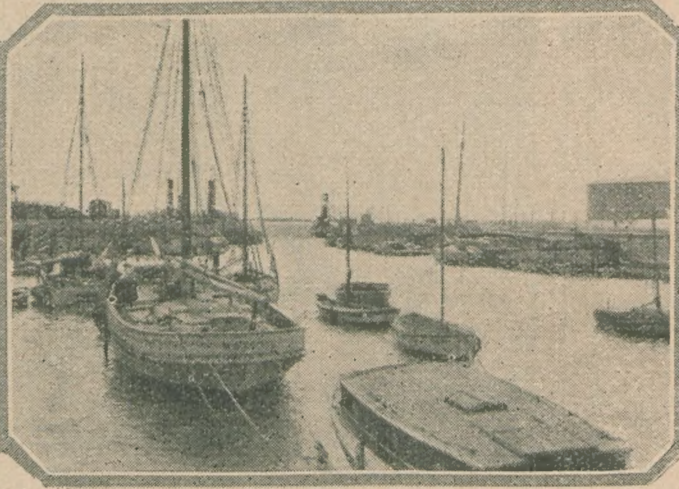
Por ANTONIO PEREZ VALIENTE DE MOCTEZUMA

CUARTO DE HOTEL


ESTAMOS en un hotel de Bahía Blanca. El edificio es grande como cuartel, sonoro como cripta, amplio y desnudo como casa deshabitada. Sus pasillos interminables tienen puertas simétricas que corresponden a los aposentos y dormitorios, especie de celdas conventuales, donde el viajero debe sentir invariablemente una sensación de cautividad voluntaria.

Nuestro cuarto, como todos los otros cuartos del hotel, es frío, desmesurado. Tiene las paredes desnudas, sin cuadros ni adornos familiares. Los pocos muebles que contiene, cama, mesa de luz, ropero, poltrona, están desprovistos de ese carácter íntimo, de esa comodidad genuina que caracteriza el dormitorio particular, donde cada objeto, cada detalle, tienen el sello peculiar de las cosas que sirven para algo, o que son destinadas a servir con un carácter permanente.


Lago del parque


Embocadura del puerto

El cuarto de hotel nos da la impresión poco grata de que somos intrusos, aves de paso, seres en movilidad, en tránsito forzoso. Por eso no gustamos de recluirnos en su recinto. Nos sentimos prisioneros en la desnudez de sus cuatro ángulos blanqueados. El pensamiento detiénese temeroso bajo el frío cielo del aposento, con sus estrellas de yeso, caprichosas, y su araña de vidrio, que esparce por todo el interior una enfermiza claridad lunaria. La vista no tiene lugar sosegado donde posarse: alfombra descolorida y raída, muebles de coloración opaca, muros grises, puertas silenciosas y mal pintadas de amarillo.

El vagón de ferrocarril también nos produce semejante sensación de tedio. Pero el ruido metálico de los ejes, el sordo alarido de la máquina, las ráfagas de humo que dibujan movibles encajes en la atmósfera, nos ayudan a distraer el cautiverio de la travesía. Por lo demás, puede recrearse el espíritu con los paisajes renovados: las estaciones, los pequeños pueblos, las quintas de frondosa arboleda, los campos desvanecidos por la bruma del otoño inclemente.

Al paso vertiginoso del convoy, se suceden en continua visión los valles y los caseríos, la llanura en barbecho, los arroyos que serpentean entre colinas florecidas. Pero aquí, hundidos en este cuarto sin confort, sólo deseamos libertarnos de su silencio, de su adusta frialdad que nos entumece los huesos y el espíritu. ¿Qué capricho confuso nos ha hecho viajar hasta este pueblo, donde todo parece ventilado por un aire de sanatorio? Y, sin embargo, estamos aquí, solos con nuestra sombra, perdidos en este recinto del hotel, viendo nuestra propia imagen en el espejo como la de un ser extraño que pugnara por hacernos más incómoda todavía la soledad y el aislamiento.

OBSERVACIONES

SALIMOS a transitar por las vías céntricas. Los mismos tranvías escandalosos y antiestéticos, los mismos automóviles desteñidos en fuga incomprensible, la misma multitud anónima que cruza y anda en todas direcciones. Y también las mismas vidrieras deslumbradoras, los mismos comercios, idénticos perramus desafiando la menuda lluvia persistente. Todo con apariencia semejante a los aspectos externos de cualquier ciudad sin arte y sin belleza.

Cruzando las calles de Bahía Blanca, presentimos la causa que agudiza nuestra desazón. Realmente sentimos un cansancio espiritual que nos sujeta con sus ligaduras invisibles. Y es justo que así sea. ¿Acaso resulta prudente aventurarse por estos derroteros del mundo, buscando nuevas perspectivas a la emoción artística? Habíamos olvidado que Bahía Blanca es, en definitiva, una ciudad exclusivamente comercial. Sus edificios públicos triunfan por el cemento que los cubre. Aquí tenemos el presuntuoso "hotel de Ville", con su torre solarium, sus rampas y sus grises vigilantes decorativos.

A algunas cuadras de distancia nos sorprende la mole del teatro municipal, columnas y ventanas simétricas, chapiteles y cornisas de gusto indefinido, que soportan heroicamente el más grande caparazón de cinc esmerilado que hayamos visto en nuestra vida. Pensamos en los ruidos que debe producir la lluvia tamborileando sobre estas chapas acanaladas. Los acordes de la orquesta, las voces timbradas de tenores, tiples y sopranos, sentirán la humillación de su impotencia bajo el sordo clamor de esa enorme caja sonora de la bóveda.

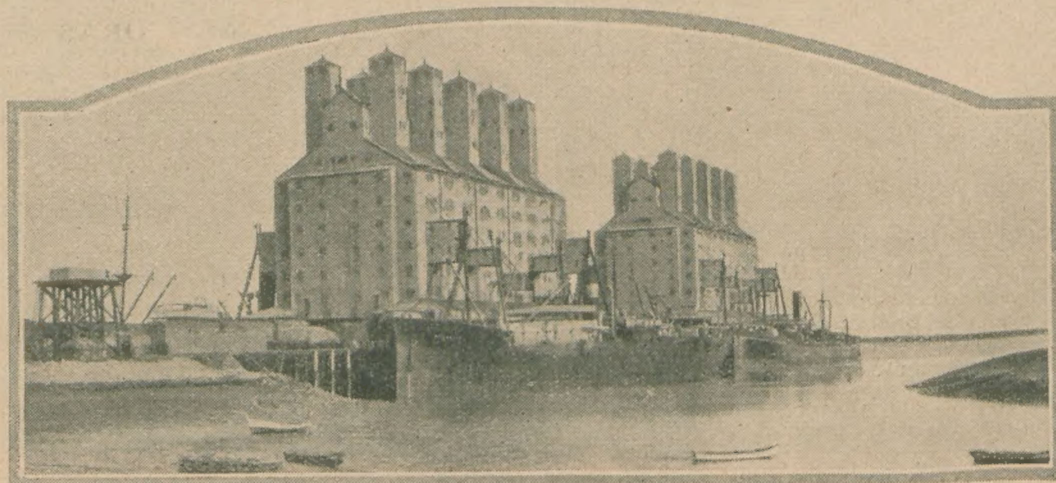
Pero no seamos mezquinos con la realidad. Procuremos sacudir el tedio que nos satura los sentidos. Tratemos de buscar perspectivas de acuerdo con la ideología de este pueblo joven y activo, moderna Cartago que surge como una afirmación del tiempo presente en las cercanías del Atlántico. ¿No da, acaso, una fuerte sensación de vida el tráfico de sus calles alineadas, la actividad de sus gentes, la próspera ostentación de su comercio y de su industria?

Una población que no sobrepasa de fijo los cincuenta mil habitantes, es bastante para abastecer la voracidad de once instituciones bancarias, algunos de cuyos grandes edificios se ofrecen al estupor del transeúnte por sus proporciones y riqueza de construcción.

Estos organismos desmesurados sobresalen entre los ropajes de la ciudad adolescente, tal como si fueran extremidades vigorosas en un cuerpo chico y enjuto.

Pero bien es verdad que ese cuerpo está en este caso alimentado por una savia simplemente vital, donde tiene arraigo lo moderno, lo reciente, lo que revela energía colectiva, movimiento y crecimiento de una población laboriosa.

(Continúa en la pág. 72)


Elevadores de granos en el puerto de la progresista ciudad del sur



Agua de Samaria

Por

FEDERICO QUEVEDO HIJOSA

Ilustración de Octavio Fioravanti





EL Señor dejó a Judea y se fué otra vez a Galilea. No era menester que pasase por Samaria. Llegó a una ciudad que se llamaba Sicart, junto a la heredad que Josué dió a Josué, su hijo... Jesús, cansado del camino, se sentó en el brocal de un pozo... De pronto presentóse una mujer con un ánfora, a sacar agua, y el dulce rabí le dijo:

—Dadme de beber, que tengo sed.

Es éste, sin duda, uno de los episodios más bellos del Evangelio de San Juan. Su poesía fácilmente sentida por todos, sin necesidad de esfuerzo mental, ha inspirado el lirismo de un Rostand, como exaltara el alma mística de la Virgen de Ávila, despertando en Teresa de Cepeda la evocación sublime que la ha inmortalizado.

¿Quién era la Samaritana? Los versículos trazan con rasgos firmes su semblanza. Había tenido cinco maridos, y el que ahora tenía (palabras textuales del Maestro), no era su marido. Debía ser una mujer joven y hermosa, porque la miraban pasar con ojos codiciosos los aldeanos que araban la tierra a la fresca sombra de los olivares, y los mercaderes, ávidos de usura.

Las gentes de Sicken — los ancianos, reposados, inmovilizados, a la vera del camino, y sumidos en la contemplación sedentaria — murmuraban, viéndola marchar airosa con su cántaro, rumbo a la fuente:

— Ya no es la Totina ella misma; porque siempre escuchó los deseos de los hombres con una sonrisa de promesa, y se le alzaba el pecho glorioso de amor; y ahora sonríe como adoleciéndose de nosotros, y parece que dijera las palabras de Rut: "¡No me llaméis hermosa, sino amarga!"

En "La figlia di Jorio", la impresionante tragedia d'annunziana, hay algo así como una reminiscencia del ir y venir de la Samaritana por entre las violentas pasiones de esos aldeanos de imaginación ardiente, que soñaban más que vivían, y que se postraban de hinojos ante los ídolos bárbaros del monte Garizim, suplicando paz para sus almas eternamente atormentadas.

Jesús, que había cruzado con sus discípulos — sucios, rotosos, famélicos — los campos de Samaria, comprendió rápidamente cuál era la entraña enferma de aquel pueblo tan castigado, dos veces destruído, como si sobrellevase una maldición. Consintió a sus discípulos recorrer la comarca pidiendo alimentos, en tanto Él estábase en la fontana ocupado en idear alguna parábola destinada a que no los olvidasen los hombres a través de los siglos.



La sed que experimentaba el Nazareno, al cabo de su caminata por los senderos polvorosos, bajo un sol que calcinaba las piedras, se aplacó al instante, no así la sed que devoraba a la mujer de Samaria, según ella hubo de confesarlo al viajero con cierta ingenuidad, a pesar, no obstante, de su mucha experiencia. El agua del pozo satisfacíala momentáneamente, para reaparecer en seguida más intensa y obsesiva. Era sed inextinguible, que le hacía estar ansiosa continuamente y delirar de placer y de dolor mezclados en indecible voluptuosidad, que le parecía vecina de la muerte. De igual modo vivían — si eso era vivir — los ricos de la ciudad, que disfrutaban del festín, y los harapientos atados a la gleba, uncidos al arado, flagelados por las iniquidades sociales del judaísmo. Era una sed que les hacía ser, a las veces, buenos y malos...

El predicador, que como experto médico de almas pusiera en descubierto la llaga, aplicó el bálsamo. Estos eran los milagros que habían hecho su fama en Palestina. Brindó a la Samaritana el "agua viva", diciéndole, con acento profético:

— El agua que yo doy se vuelve en el pecho una fuente que salta hasta la vida eterna.

Ante las pupilas absortas de la mujer de Samaria, el Maestro entró entonces a explicar su doctrina:

— Dios es espíritu...

Cuando más tarde, ya lejos de Samaria, pero no olvidado de la escena de la fontana, rodeado de la admiración fervorosa de gentiles y plebeyos que había cautivado su verbo tocando los corazones, le ofrecieron sus discípulos un plato de comida, Él, satisfecho, respondió:

— Mi comida es cumplir la voluntad de quien me ha enviado, y acabar su obra.

Los rudos labriegos y los astutos traficantes preguntaban con sorna al Profeta:

— ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Cuál es nuestro destino?

El buen Jesús pudo en tal oportunidad ensayar el sermón que, andando los días, habría de pronunciar en la Montaña. ¡Bienaventurados!...

La Samaritana, refiere la Escritura, fué la primera en postrarse humildosa, con las trenzas deshechas y las lágrimas en los ojos, implorando:

— Dame, Señor, de esa agua viva, que yo no quiero tener más sed.

La leyenda ha puesto el punto final en el episodio.

Ignoramos si, en efecto, el agua viva ha calmado la sed de los samaritanos. Motivos notorios nos autorizan a pensar que la sed, por el contrario, se mantiene inextinguible a lo largo de los tiempos. ¿Qué nos dice la Historia? Creemos con el autor del "Glosario Místico", que el celeste Mensajero tenía razón.

"Pero halló a su acento sordo el corazón del mundo y la vista ciega a su Pasión." Era, evidentemente, una chispita de luz de lo "Eterno", mas los hombres han continuado — dilatando así los términos de la profecía — con las mismas ansiedades y las mismas inquietudes, aunque teniendo delante "los claros caminos"...

En el Museo Oceanográfico de Mar del Plata

Conversando con Monseñor Gustavo Franceschi

La humanidad, los moluscos y las mujeres

Por
AUGUSTO DEL CASTAÑAR



V*E usted aquel hombre que se agacha entre las toscas buscando caracoles? Ese es monseñor Franceschi...*

¡Tipo raro de cura! Mientras otros pasan la vida con los ojos fijos en el cielo, este curita consagra su existencia a estudiar los secretos del fondo del mar. Hombre de ciencia sólida, hace honor a Dios reconociendo que la obra divina es una obra científica que nada tiene que ver con los milagros. Hace cien años, Franceschi, por someter a Dios al microscopio, hubiera ido al infierno. Hoy, en cambio, es, para orgullo del país y de su sotana, un hombre de ciencia. En Mar del Plata dirige el Museo Oceanográfico, creado por una comisión especial presidida por el doctor Adolfo Dugo Holmberg. El objeto de este museo y el de los estudios que el doctor Franceschi realiza con sus colaboradores, es formar un "acuarium" donde puedan exhibirse vivos todos los seres que habitan en el fondo del mar argentino.

— Hay en el puerto de Mar del Plata, sin ir muy lejos — nos dice el doctor Franceschi, — una fauna tan rica, tan variada, tan asombrosa, que diariamente me da una sorpresa.

Se ha especializado con los moluscos, cuya variedad es infinita. En unas casillas de madera, ubicada detrás de la aparatosa carpa cebruna del presidente de la República, el doctor Franceschi nos enseña su pintoresca colección clasificada científicamente. Es interesante oírlo hablar de sus bichos. Habla de ellos con una saludable alegría de niño. Es decir, de sabio... Conoce la vida y milagros de todos esos monstruos pequeñitos, de caras y nombres feroces, divididos en tres familias dinásticas que imperan en el fondo del mar: lamelibranquios, gasterópodos, cefalópodos. Pero, luego viene la clasificación de las especies. (Los lamelibranquios solamente constan de cinco mil especies actuales y nueve mil fósiles...) El doctor Franceschi, como buen confesor, conoce los secretos de esos horribles animalitos del Señor. Conoce sus costumbres y con un caracol en la mano las va explicando con cariño, sin pedantería, sin darle importancia a los estudios difíciles que ha necesitado hacer en todos los idiomas para llegar a aquella explicación tan fácil. Al hablarnos de los hábitos de ciertos moluscos, creemos que nos habla de personas conocidas.

— ¡Parecen hombres! — exclama nuestro compañero Josué Quesada.

— En efecto — responde Franceschi. — Son las suyas, costumbres muy parecidas a las nuestras. Sobre todo cuando los moluscos tienen malas costumbres.

La ciencia del doctor Franceschi hace que sus ironías sean peligrosas. Pero urge reconocer que las aplica con eficacia terapéutica como hacía Onelli en la corrección de los hábitos sociales. Durante sus conferencias para la aristocracia, dadas en los salones de la "Stella Maris", en Mar del Plata, encantó a sus auditorios con su gracia. (A veces gracia fina. Otras veces, gracia de psicólogo habituado a vivir entre moluscos...)

— Una dama de la vieja moral — dice Franceschi, — de la moral auténtica, de la buena, pidióme que hablara en mis conferencias de los vestidos femeninos, criticando las modas exiguas... ¿Yo, hablar del vestido que la mujer moderna usa en los salones y en las playas? En todo caso, hablaría no del *vestido* sino del *traje*. Pero, ¿cómo iba a hablar del traje de las niñas? *A mí no me gusta hablar mal de los ausentes.*



FOTO BAY BAUDOIN

Monseñor Gustavo Franceschi, cuyos estudios en las ciencias naturales le consagran una autoridad en la materia



FOTO BAY BAUDOIN

Monseñor Franceschi es amigo de los aficionados a la pesca. Helo aquí con los doctores Hernán Ayerza, Alberto Castaño y otros caballeros en el muelle de pescadores

Otra dama le insinuó la conveniencia de combatir la moda de las melenas:

— Critique usted todas esas modas que las mujeres adoptan de los figurines.

— En realidad, señora, las modas son caprichos deleznables. Ahora, tenemos en auge la melena a la "garçonne". Pronto ha de pasar. Y no muy tarde tendremos la moda de las pelucas medioevales. En cuestión de modas, nadie debe asombrarse... Lo asombroso es otra cosa. Vivimos en una época en que las mujeres reclaman a gritos la reivindicación de sus derechos femeninos y masculinos. En todos los países las mujeres quieren ser libres:

— ¡Viva la libertad! — vociferan. — Cada mujer debe hacer lo que se le antoje, sin trabas, sin someterse a dogmas de ninguna especie.

Y bien: quieren ser libres, autónomas, y, cada vez que sale una moda, todas ellas como corderitos corren siguiendo la moda, sometiéndose a su capricho, cortándose las faldas, la melena, la moral, y usando los mismos colores, las mismas telas, los mismos sombreros con la misma uniformidad de los corderitos de Panurgo.

La conversación se desvía. Volvemos a los moluscos. Y el doctor Franceschi frente a un frasco con mentol, dentro del cual duerme el sueño eterno un bicho feo, sonríe y habla del talento original del gran naturalista sueco Carlos de Linneo:

— ¡Tipo gracioso el de este sabio maravilloso! Linneo era, sencillamente, estupendo. Debió de ser misogino. Odiaba tal vez a las mujeres.

— ¿Cómo?

— ¿Ve usted este molusco? ¿Qué le parece el animalito?

— Una porquería, doctor.

— Pues bien: este animalito, de aspecto horrible, fué bautizado por Linneo con el nombre de Afrodita. ¡Nada menos que con el nombre griego de la diosa Venus, la diosa clásica de la belleza femenina! Linneo era estupendo...

El doctor Franceschi es un apasionado del estudio. Su libro voluminoso sobre el espiritualismo en la literatura francesa, es una obra de notable mérito literario e histórico. Trabaja sin descanso. Es un lírico que se ha entregado ahora al estudio de la fauna marina con un entusiasmo sin límites. Veinte días de cada mes, durante todo el año, se pasa en la orilla del mar o viajando con los marineros de Mar del Plata en busca de nuevos ejemplares. Su erudición es también admirable.

Como es lógico, no todos los espíritus son capaces de comprender la belleza científica de sus investigaciones. Su quijotismo...

El doctor Franceschi, frente a un grupo de caballeros, hacía una erudita disertación sobre los teredos *(teredo navalis L.)*, que tanto daño causan en los muelles. El ilustrado sacerdote reconstruía también la existencia extraña de los *unios* y de los *anodontas*.

De pronto, uno de los oyentes, un rico hombre de negocios, uno de los llamados "hombres prácticos", se sonrió irónicamente de la sabiduría del doctor Franceschi. Aquella consagración al estudio de los moluscos le parecía un trabajo inútil; tiempo perdido; sin ninguna importancia comercial, *ya que no servía para ganar dinero*.

Se animó a exteriorizar su pensamiento:

— Dígame, monseñor, y perdone que me entrometa en su bichología: ¿qué gana usted con estudiar el organismo y la vida de esos caracoles? ¿Qué gana, vamos a ver?

El doctor Franceschi volvióse violentamente y le contestó con rabia:

— *¡El 30 %, señor!*

El comerciante quedó anonadado.

El ingenio del doctor Franceschi es popular en todos los círculos donde en cumplimiento de su ministerio está obligado

(Continúa en la pág. 24)

Temas de la frivolidad social

El comercio ha comenzado a interesar a las damas de nuestro gran mundo

Por JOSUE QUESADA



ASTA hace pocos años, los hogares porteños se regían por costumbres patriarcales que tenían su origen en la tradición colonial, perpetuada a través de los años, casi sin modificaciones. Tantos eran los prejuicios subsistentes, que la mujer era algo así como una esclava en su propio medio; por la fuerza de lo establecido, le era imposible salir sola a la calle, y ya se tratara de una señora o de una niña, la sirvienta que habría de acompañarla era de rigor. No es que en aquellos tiempos abundaran más que ahora los cultores del "piropo", ni los peligros fueran mayores; era, sencillamente, porque "no estaba bien mirado" que una dama se arriesgara por esas calles de Dios. ¡Qué diría la gente, qué pensaría viendo sola a la señora de X! ¿Qué andaría haciendo? ¡Nada bueno, sin duda, desde que andaba sola! Para el concepto aldeano de entonces constituía un delito gravísimo el afrontar los hábitos añejos, y como nadie quería malquistarse con la sociedad, no aparecían las rebeldes. Si una niña demostraba su afición a la lectura, y si empeoraba su situación recitando versos, caía sobre ella el anatema inevitable; nada se diga si por acaso resultaba poetisa y cometía el pecado mortal de escribir sus estrofas. Intervenía en tal trance el confesor, por consejo de la familia, y, como premio, la "indigna" iba a marchitar su juventud entre las paredes de un colegio de Hermanas. No había perdón para quien de este modo revelaba personalidad o simple deseo de ilustrarse; el mejor título que una niña podía presentar al aspirante de su linda mano inútil era su ignorancia y su candor. De ahí, sin duda, que nuestras bisabuelas fueran tan buenas madres, ya que su único empeño consistió — desde luego que sin saberlo — en cumplir con aquel párrafo de la Constitución que habría de venir más tarde: "poblar los desiertos"...



Si los reveses de la fortuna sacudían los cimientos del hogar, la solidaridad de la familia era una cosa efectiva; no se analizaba, como ahora, si la causa del derrumbe la determinó el marido con sus errores o especulaciones. Se salvaba el prestigio y hasta el decoro con la ayuda eficaz y permanente que tendía a mantener la situación de los caídos dentro del mismo plano en que había actuado siempre. Era de esta suerte Buenos Aires antiguo como una gran hermandad, donde el afecto tenía hondas raíces. Nada se diga si por una de aquellas desgracias que tenían proporciones de catástrofe, la nota del escándalo clavaba sus garras en cualquier hogar. Frente al deshonor producido, los amigos rodeaban la familia como si se tratara de un caso de muerte. La solidaridad se manifestaba en tales raras ocasiones con una simpatía tan honda que era en verdad un consuelo en medio de tanto dolor.



ESTO fué ayer; en cortos años el cambio ha sido brusco y fundamental en los hábitos mundanos. Los viajes a Europa de nuestras abuelas primero y de nuestros padres después, fueron poco a poco trayendo, junto con los nuevos vestidos, nuevas costumbres...

— Si Fulanita, que acaba de llegar, lo usa — decían — es porque debe ser "chic".

Y al amparo de este razonamiento se aceptaron modificaciones fundamentales que dieron por tierra con todas las costumbres del hogar porteño.

Una de las primeras manifestaciones de la rebeldía femenina consistió en salir sola a la calle; pero se reducía esta libertad cuando era necesario concurrir a misa. Se diría que el libro y el rosario constituían para el caso el mejor escudo.

Solamente el primer paso es el que cuesta, y cuando éste fué dado, no sin que provocara resistencias y comentarios, los demás se fueron dando casi naturalmente. Los tiempos iban dando normas distintas, porque las ideas experimentaban transformaciones fundamentales, en mérito a que se difundían por el mundo nuevas ideas de cultura; fué en primer término el culto del deporte el que tuvo a su cargo la modificación de los hábitos. Inglaterra incorporó a la mujer en la práctica de los juegos al aire libre, y apareció, dentro de la gracia y la feminidad, la "tennis-woman", más tarde la nadadora, y hasta la esgrimista. Todo ello fué el punto de arranque en la evolución; nosotros, país joven y fácil para asimilar todo lo que llega del otro lado del mar, incorporamos inmediatamente aquel nuevo caudal de energías; la niña argentina, cuya actividad consistía en acicalarse para salir al balcón, donde estaba horas y horas, fué una insuperable partidaria de los ejercicios en los campos de juego. Se transformó de amazona en jinete, con más derecho que las propias inglesas, y, como ellas, o mejor que ellas, se lució en las pruebas de destreza en los concursos hípicos y en las cacerías de zorro. Y cuando llegó la melena y cuando se hizo factible la conducción del automóvil, ya entonces se llegó a lo que constituye la cima de la independencia. No hablemos del cigarrillo y del *copetín*, que son pequeños atributos de relativa importancia frente a las otras grandes conquistas de la feminidad.

COMO resultado de todo este cambio, la psicología es también distinta, y lo que en otro tiempo pudo inspirar solidaridad afectiva, hoy provoca la indiferencia.

— ¿Que Fulanita enviudó y se quedó sin medios para vivir?

— Pues, que se busque quien la ayude...; para eso es joven y bonita.

— ¿Que, tarde ya, la familia X se encuentra en situación apremiante?

— Que emplee a sus hijas en cualquier oficina de Correos.

La lógica es distinta: la moral también. Hoy el deshonor de una familia se epiloga con una frase:

— ¡Era de esperarse!

La que ha pecado se provee de alas y se lanza a Europa; allí es dueña de su automóvil y de su albedrío. En París no rige la sanción porteña, y puede la rebelde alternar con todos; aquí no es posible, por "el qué dirán"...

Es natural, pues, que la mujer argentina, que vivió hasta hace poco del calor del hogar y sometida a prejuicios, haya decidido su destino con simpática decisión.

Ya está ella en el comercio. La vemos así estableciendo en la metrópoli un elegante "magazine" destinado a la venta de cigarrillos. ¿No existen, acaso, bombonerías cuyos dueños realizaron una fortuna? Los cigarrillos de tabaco aromático han reemplazado a los bombones. El negocio prosperó, y tras él la misma dama de ilustre abolengo decidió la elaboración de aguas de Colonia, capaces de competir con las mejores del extranjero. Y hoy su iniciativa, que en otros años pudo ser considerada como una utopía, se ha convertido en una sociedad anónima que lleva su nombre.



¿Que una niña vinculadísima necesita allegar recursos para ella y su familia? Una casa de modas soluciona inmediatamente el obstáculo. Cuando triunfó en los salones por su elegancia y su buen gusto, no pensó por cierto que, años más tarde, su cetro le serviría para utilizarlo en el comercio.

¿Que una señora a quien

(Continúa en la pág. 24)

Croquis de Roma

Mingazzini-Ottolenghi

Por ANIBAL PONCE





A lo largo del "viale" Juana María Lancisi, en un barrio moderno y muy activo, el Real Policlínico de Roma levanta la serie imponente de sus pabellones. Un poco más lejos, y en los fondos, sobre una calle sin adoquinar, casi perdidos entre escombros y basuras, los institutos gemelos de Medicina Legal y Psiquiatría parecen dos pabellones del Policlínico que hubieran saltado las paredes... La tarde está, en efecto, como para saltar y para correr: allá abajo, la línea sinuosa de la montaña cerrando el horizonte y, en lo alto, la serenidad de un cielo magnífico con la luz de las primeras estrellas.

La clínica de enfermedades mentales ha sido inaugurada hace muy poco; muy limpia, muy lustrosa, con olor todavía a cera y a pintura. El aula, no muy grande, es, sin embargo, hermosa. Paredes impecables, mosaicos deslumbrantes, bancos en los cuales el cortaplumas estudiantil no ha grabado todavía ni nombres ni leyendas. A la izquierda, un pizarrón con esquemas elocuentes. A la derecha, los sillones de los ayudantes, una mesa escritorio, varios mapas anatómicos. Al frente, y dominándolo todo, algo profundamente chocante a nuestra educación liberal y democrática: los brazos abiertos del Cristo sobre los retratos del Rey y Mussolini. Un auditorio rumoreante desborda el anfiteatro, se aprieta en los pasillos, se apiña en el balcón. En un extremo, recostado sobre la primera fila de bancos, un hombre alto y viejo conversa familiarmente con los estudiantes; tal vez algún antiguo empleado de la clínica, tolerante y cariñoso.

La clase está anunciada para las seis, y ha transcurrido ya un cuarto de hora. En el aula, sin embargo, no se nota impaciencia; ni gritos, ni silbidos, ni ninguno de esos procedimientos con los cuales se exige, en otras partes, la presencia del maestro. De pronto, el viejo empleado solicita atención; temo que anuncie que la clase se suspende. No es así, sin embargo; con la mayor naturalidad empieza a disertar sobre los ganglios cerebrales. Lo observo con asombro, incrédulo, durante unos minutos: es Mingazzini. Un rostro ancho y rasurado de viejo clown bondadoso. Sobre la frente estrecha, un pentagrama de arrugas. Los ojos expresivos escóndense, a menudo, tras de los párpados inmensos. La nariz, carnosa y sin estilo; la boca, grande y vulgar, pero que sabe sonreír sin amargura; y desde las mejillas flácidas hasta los labios sensuales, el paréntesis de dos surcos profundos. El cuello, ancho y corto, desborda un poco sobre la corbata blanca anudada en moño. Encima del jaquet de amplio vuelo, un delantal muy pulcro, y atravesándole el chaleco, una gruesa cadena de reloj.

Con interrupciones amistosas, con solicitud de camarada, con ademanes expresivos, Mingazzini dicta una clase magistral sobre el substráctum anatómico de la corea. Se mueve por entre el laberinto de los ganglios de la base con un dominio absoluto. Los analiza en su estructura; los desmenuza en sus relaciones; los explica en su patología. En cada palabra y en cada opinión se ve patente la seguridad del hombre que ha pasado la vida en el laboratorio. Su magnífico tratado de "Anatomía clínica de los centros nerviosos" — del cual ha dicho Brugia que es un libro áureo — constituye uno de los más altos monumentos de la ciencia italiana. Empresa formidable de paciencia inteligente, el tratado muestra bien todo lo que hay de inconmovible en los sillares de su cultura clínica. "Los colorantes y los reactivos — ha dicho alguna vez — no pueden, por supuesto, iluminar toda la psiquiatría; pero dan al estudioso que los maneja, el amor y la prudencia de la observación precisa", amor y prudencia que constituyen, de por sí, la mitad de la ciencia. La anatomía patológica debería ser, por eso, la primera escuela de los psiquiatras, y puede afirmarse, sin temor a la injusticia, que es sospechoso el alienista o el psicólogo que no haya pasado por su fuerte disciplina.



Fachada del Policlínico de Roma

Su célebre libro de medicina legal, reimpreso varias veces, ha dado al profesor Ottolenghi, una vasta difusión. Por explicable afinidad, su obra ha circulado, especialmente, por los países latinos, y es difícil encontrar a alguien medianamente culto en quien su nombre no provoque, por lo menos, una vaga impresión de cosa conocida.

Entré, por eso, al aula en que dicta sus lecciones, con curiosidad y con respeto. Casi tan pulcro y tan moderno como el anfiteatro de Mingazzini, los bancos de este otro aparecen, sin embargo, repletos de inscripciones. Varias generaciones de estudiantes han pasado sobre ellos, dejando cada cual, en conformidad al viejo rito, una huella profunda en la madera. Cuando Ottolenghi entra, los alumnos se levantan y saludan a la manera romana. Es un hombre bajo, de bigote y barba blanca, arrebujado en un amplio sobretodo de pieles. Deja sobre el escritorio su sombrero, su bastón y el Código. Aunque la tarde es de un sol radiante, se ve que los años le han vuelto friolento. Antes de sentarse se precave, con cuidado, de posibles corrientes: hace cerrar esta puerta, abrir aquella otra. Una cabeza de frente, con cabellos blancos que escasean. Sobre la nariz aguileña, grandes anteojos de oro, tras de los cuales se mueven, con cierta timidez, ojos hermosos de un azul profundo.

Empieza a hablar con una voz muy baja y temblorosa que atribuyo al frío. No levanta los ojos, ni mira a la clase, como si el resplandor que entra por las ventanas molestara su vista. Pasan así varios minutos, y las consideraciones generales continúan con la misma monotonía del principio. El aburrimiento, como un telón, empieza a caer lentamente sobre el aula; a través de él, Ottolenghi parece lejano, nebuloso, inexistente. De improviso, como si volviera a la vida, se levanta bruscamente y se despoja del gabán, que un ayudante, solícito, recoge. Su frío ha terminado; el aburrimiento ¿habrá terminado también? Con un movimiento ágil se vuelve a la pizarra, en dirección al cajoncillo de la tiza. No hay tiza, por supuesto. Se impacienta. En la inmensidad del aula suena el primer bostezo. La tiza llega al fin, y Ottolenghi comienza la más inverosímil disertación sobre lesiones. "Las lesiones — dice — pueden ser rectilíneas" — y traza una raya en la pizarra; — "curvilíneas" — traza un arco; — "combinadas" — arco y raya. "Las hay, además, poligonales, estreciadas, ovaladas." Y mientras enumera con una gesticulación copiosa, va trazando, con una lentitud desesperante, palotes y palotes.

Al primer bostezo se han agregado ya otros muchos más desfachatados y agresivos. Ottolenghi no los oye o ha dejado de oírlos. Saco el reloj con inquietud: sólo ha transcurrido un cuarto de hora. ¿Qué irá a pasar más adelante? Mientras me esfuerzo en atender, sus alumnos, más prácticos que yo, buscan distracciones. Tiran, unos, pelotas de papel; juegan, otros, a las cartas; dibujan aquí figuras grotescas; resuelven allá "palabras cruzadas". Entre Ottolenghi y su público — no me atrevo a decir su "auditorio" — debe haber, sin duda, algún malentendido: cuando Ottolenghi se calla, los alumnos escuchan; cuando Ottolenghi conversa, los alumnos se distraen... Pero las pelotas de papel, y las "palabras cruzadas", y los juegos de naipes, llegan, también, a fatigar, y, en busca de nuevas distracciones, los alumnos resuelven aplaudir a su maestro, al final de cada párrafo, entre risas apenas sofocadas. "El estudio de las lesiones requiere una observación atenta; el perito puede encontrar en una sola la explicación del enigma." Aplausos. "Las lesiones del suicidio presentan para quien sabe leerlas, caracteres bien distintos de las del homicidio." Más aplausos. Y se alternan así durante un largo rato, los párrafos y los aplausos.

Cuando sonaron los primeros, Ottolenghi se inclinó ceremoniosamente. Cuando sonaron los segundos miró con desconfianza; ante los últimos, insinúa una protesta. "No quiero aplausos en mi clase", dice. Unos momentos embarazosos siguen a la reconvención timorata. Pero su público sabe que las cosas no pueden quedar de esa manera, y cuando Ottolenghi concluye, suena una ovación heterogénea en la cual los aplausos se entremezclan a las carcajadas y al pateo...

Al salir del aula, y mientras, caminando por el "viale" del Policlínico, trataba de poner en orden mis recuerdos, comprendía que había asistido al naufragio de una reputación.

Roma, febrero de 1927.



Vista general de los pabellones del Policlínico



"—Nada más. Tienes algunos defectos incorregibles."

La mentira

Por

LUIS ANTON DEL OLMET

Ilustración de J. La Gatta



AYER me propuse no mentir jamás.

Desperté muy temprano, con prisa para ir a mis negocios. En la calle me tropecé con un amigo:

—¿Te molesto?

—Bastante.

—Eres muy fino.

—Soy muy sincero.

Y el amigo se alejó refunfuñando.

A los pocos instantes se me acercó un mendigo:

—Una limosna, por caridad.

Y yo le respondí claramente:

—No quiero. Podría decirle que no llevo suelto, sencillamente que soy tan pobre como usted. Pero sería mentir. Llevo dinero. Lo que ocurre es que no me da la gana de regalárselo.

El pordiosero se quedó estupefacto. Después le vi alzar su garrote. Y para no andar a palos con un perillán, tuve que huir.

Y al fin cátame dentro de mi oficina. Y cátame después ante un conflicto enorme.

—He resuelto en sentido favorable aquel informe de que hablamos. ¿Qué le parece a usted?

La pregunta no puéde ser más terminante. ¿Y es mi jefe quien exige respuesta? Y la verdad, yo tengo un pobre concepto inconfesado de mi jefe. Y como he decidido no mentir, exclamo:

—Me parece muy mal. Conozco el asunto. Yo hubiera resuelto en contra.

El jefe se quita las gafas, consternado.

—Pero, ¿qué dice usted? ¿Se ha vuelto loco? ¡Atreverse a decirme!... Es usted un insolente, por no calificarlo peor.

Me retiro. En el despacho sostengo con mis colegas varios altercados y me capto bruscas antipatías.

Hay en mi oficina una especie de zote popular que dice chistes. Y, naturalmente, ha perpetrado uno, y como es lógico me abstuve de reír. Alguien, asombrado, inquirió:

—Te has quedado serio... No te hizo reír la frasecita.

—Exagerando mi sinceridad, lloraría. El cretinismo tiene la virtud de hacerme indiferente.

Hay en mi oficina un petimetre. Y el currutaco ha venido esta mañana estrenando corbata y chaleco. Se le dirigen loas. Yo estoy silencioso. Y alguien se aventura a solicitar mi opinión:

—Parece una mica disfrazada.

Hay en mi oficina un seductor. Está contando una gran hazaña que huele, como todas las suyas, a embeleco. Los demás, por no contrariarlo, fingen credulidad. Y yo, fríamente, en uso de mi perfecto derecho, movido por un sabio y ejemplar estímulo de justicia, exclamo interrumpiéndole:

—Todo eso que cuenta usted es un sainete ridículo. Usted no ha conquistado ni a su portera.

Y no será preciso demostrar cómo aquella oficina, donde tan buenos amigos tuve, se trocó en cueva de adversarios.



Salgo, vuelvo a mi casa y almuerzo. La patrona, mujer amable y comunicativa, se me acerca sonriendo, y me pregunta como siempre:

—¿Le ha gustado a usted la comida?

—Me ha parecido detestable. Nunca me atreví a decírselo, pero es la verdad. Sencillamente detestable. Nunca me atreví a decírselo, pero es la verdad. Sencillamente detestable.

—Pues largo de mi casa cuando quiera. ¡Habráse visto grosero igual!

Por no reñir con patronas, criadas y demás furias, salgo a la calle.

En el tranvía me pisa un ciudadano. Antes, cuando era un redomado embustero, contestaría a su "perdone usted" con un "de nada". Pero como soy un hombre franco, replico:

—Podía usted mirar donde pisa. No tiene usted ojos en la cara:

Y entonces el ciudadano se encoleriza y me dice una docena de barbaridades.

Entro en una librería. Un autor amigo mío se me acerca y me hace una pregunta insolente:

—¿Qué le ha parecido a usted mi última novela?

—Qué sé yo... Es una imbecilidad inofensiva. Cosas peores se hacen. Por ejemplo, las de su señor padre...

Y el autor se ha puesto muy serio y ha exclamado con indignación sincera:

—Tenga usted por anunciados mis padrinos. El duelo a muerte. ¡A pistola!

Voy a un café y me dispongo a escribir dos cartas para sendos amigos que habrán de apadrinarme. El camarero me pregunta, solícito:

—¿Café?

—Dirá usted achicoria...

Me traen veneno y recado de escribir. Pero al ir a trazar mi primera carta, me detengo perplejo. ¿Consentirá mi sinceridad una carta de fórmula, embustera como todas, llenas de hipocresía? Y escribo: "Señor ajeno de alguna consideración y respeto: Entiende usted poca cosa de estas cuestiones, pero como no tengo a nadie mejor de quien echar mano, le ruego se dé la satisfacción de figurar como padrino mío en un lance que..." Y sigo de tal guisa. Por fin acabo así: "Agradézcame usted este nombramiento, porque así verá su nombre en los periódicos. Roza su mano su conocido, que no le besa nada..."

Llego a casa de mi novia:

—¿Me quieres?

—Un poco.

—¿Un poco nada más?

—Nada más. Tienes algunos defectos incorregibles.

Mi acento es llano. confidencial. Pero mi novia, que tiene de la sinceridad un concepto arbitrario, échase a llorar convulsiva. Su madre acude rencorosa y trágica:

—¿Qué ocurre?

—Que su hija de usted es una histérica.

—¿Una histérica? Y usted un mamarracho.

—Y usted un adefesio, señora. Sépalo de una vez.

Voy al teatro. Como la obra me parece muy mala, pateo. Acabo en la comisaría.

Y por la noche, cuando al fin me dan suelta y puedo llegar a mi casa, me recojo a meditar, y exclamo convencido:

—Es preciso mentir. Acaso la existencia no sea otra cosa sino una humilde y piadosa mentira.

La insaciable curiosidad de Rudyard Kipling

Un cuarto de hora de charla con el gran poeta del Imperio

Por BENJAMIN DE GARAY

(Para "El Hogar")



EL gran acontecimiento intelectual de la época en el Brasil, lo constituye la visita de Rudyard Kipling. Una nota del momento y en este sentido, tiene necesariamente que fijar, como el más significativo y palpitante de los asuntos, la figura legendaria del gran bardo del Imperio.

Asimismo, porque toda la curiosidad mental de Río converge hoy hacia el huésped ilustre. Kipling encontró aquí un ambiente de cultura que, tal vez, no se sospechase: una *élite*, a quien su pensamiento, su vida, su obra eran ya familiares. ¡Quién sabe si este imprevisto no decepcionó, en cierto modo, al poeta imperialista, al épico de una civilización reconquistada, y que, acaso, prefiriera encontrar aquí, tan solamente, una vasta sucesión de selvas primitivas y misteriosas!...

En efecto, Rudyard Kipling, en los versos de una canción célebre, ambicionaba venir a Río antes de envejecer, para ver... un tatú.

Fué con el estribillo de esa canción que la *verbe* carioca, ágil, chacotona e irreverente, recibió al viejo poeta. Una réplica irónica, tal vez... Los cariocas, le enseñaron, no cuevas de tatú, que no las hay por aquí, dicho sea de paso, y sí una grande y bella ciudad moderna...

La literatura británica no ha sido asimilada tan fácilmente por los países latinos, cuya civilización, antípoda de la cultura inglesa, no la comprenden, esto es: no la sienten. Kipling es una excepción curiosa. A pesar del carácter profundamente nacionalista y más aún, imperialista, de su arte, Francia absorbióla al través de las traducciones de Fabutel y de la exégesis de Chevrillon.

En idioma portugués, raras son las traducciones de sus libros. No es cierto, sin embargo, como se ha dicho, que los pueblos de lengua lusitana la desconocen. A las *élites* de cultura de esos pueblos no son extrañas las obras de Rudyard Kipling. Ellas tuvieron una divulgación considerable y, puede decirse, que no sólo la fama del narrador de la "Jungle" es universal, sino que hasta universalmente es conocido su arte.

Y esto es tanto más notable cuanto que son estrechamente nacionales sus obras, el espíritu que las anima, los propósitos a que obedecen, el ambiente, los materiales, los procesos de que Kipling se sirviera.

Su obra es una época. Refleja el gran período de las conquistas victorianas. Rugen en ella las ondas de los "Seven Seas", de todos los cinco océanos que las escuadras de S. M. Británica cruzaron imperiosamente. Rumorean en ella las frondas de todas las selvas indias, fluctúan en ella todas las plantas de los ríos y de los lagos ecuatorianos. Cruzan por sus páginas todas las razas de hombres y de animales del globo. Kipling sintetiza, así, el genio de aventura le expansión económica de la Isla Soberana.

Pero...

Debo a estas alturas considerar que escribo para un público de *élite*, familiar de la figura y de la obra de Kipling. No debo discurrir sobre una personalidad tan notoria, sino, por el contrario, para decir algo, referir una impresión personal de mi contacto con él.

Fué Ronald de Carvalho, ese fino y luminoso espíritu de la moderna generación intelectual del Brasil, quien me aproximó a Kipling. El introductor diplomático no podía ser más prestigioso. Ronald de Carvalho es una de las inteligencias más armoniosas, plásticas y amables del Brasil de hoy.

Kipling es el tipo del británico puro. Mediano de estatura, recio, la mandíbula cuadrada, la frente prominente, los labios breves y bien dibujados. Todo su cuerpo revela la musculatura de un hombre educado al aire libre, habituado al calor y al frío de todos los climas, del hombre que vivió bajo la estrella polar y el crucero del sur.

No encontré, propiamente, en Kipling, la reserva medio ríspida, que espantó a los periodistas cariocas. Acaso porque supe disimular la perversa intención de arrancarle una entrevista... Kipling es uno de los hombres más curiosos de la especie humana. Frente a la indiscreción del repórter, se siente, por tanto, como delante de un rival... A su curiosidad característica, une una severa honestidad mental. No quiere responder sobre cosas que no conoce aún perfectamente. Su locuacidad, nada británica por cierto, es exclusivamente inquisitiva. Diríase que interroga constantemente, para evitar que le pregunten... Quiere conocerlo todo, investigarlo todo, para más tarde poder hablar sobre lo que hubiere aprendido...

Pero la rispidez exterior, la rispidez que le procede del rostro ceñudo, de las cejas espesas y duras, de los ojos metálicos, de los labios secos e incisivos, oculta, a quien de lejos le observa, la amabilidad envolvente de su trato.

Fué en un francés correctísimo, que envidiaría el amigo Lugones, que nos habló con su rostro firme y serio, que frecuentemente se abre en el resplandor fugitivo de una sonrisa. La mayor y más frecuente impresión de vida de su fisonomía, es la de su *cachimbo* de buen inglés, que arde incesantemente.

De nuestra charla, poco, nada casi, pude recoger en impresiones del Brasil. Kipling en estos pocos días de permanencia en Río, ha sido el prisionero del protocolo de la cortesía. Solicitado de todas partes por los institutos, por las academias, por los admiradores, poco tiempo, como es natural, ha tenido para estudiar lo que le rodea.

El paisaje maravilloso que le interesa íntimamente, que le "matará a saudade" de las selvas hindostánicas, está aquí dominado por el hombre, que horada las montañas, que puebla las florestas y que ensombrece de humareda de usina la dulzura paradisíaca de los valles...

Habló con cierta displicencia — ¿advertencia? — de las preguntas con le vienen asaeteando. Aludió, luego, con su mejor galantería, al ambiente intelectual del Brasil, a la capacidad de entusiasmo de este pueblo joven, y al dinamismo constructor que se advierte aquí.

Estábamos en la terraza del Gloria Hotel.

Bajo la transparencia de un cielo de turquesa que se comba sobre la majestuosa serenidad de la bahía de Guanabara, con un susurro de reptil fantástico, evoluciona el hidroavión del comandante De Pinedo.

Kipling alza la cabeza, aprieta los ojos y sigue con la vista el vuelo maravilloso. Luego, volviéndose a nosotros, dice:

— *Santos Dumont descovered a showing a new way to humanity...*

El elogio de Kipling, tanto más honroso cuanto que brota de los labios de un hombre avaro en homenajes, es una bella advertencia a los compatriotas del gran aviador y principalmente a los países que más aprovecharon del saber y la experiencia de Santos Dumont y de su sueño grandioso que él mismo tornara en realidad.

Pero no fué más allá.

La conversación se desvió hacia otros asuntos, episodios de viajes, impresiones intelectuales.

Desvirtuando su sequedad aparente, Rudyard Kipling es un conversador agradable. Salpica sus narraciones con una que otra oportuna ironía ágil y brillante, y algunas veces esa ironía llega a la mordacidad.

En el curso de su charla se descubre fácilmente en él al autor de los cuentos de la "Jungle", con la curiosidad insaciable de conocer, de ver, de oír todo...

El crepúsculo caía lentamente pintando el horizonte por detrás de los morros de Nictheroy, con franjas doradas y violetas. Los ojos (Continúa en la pág. 24)





For El Hogar

Rudyard Kipling



L doctor Marco M. Avellaneda está ciego...

La terrible noticia me alejó, a menudo, de su puerta. ¡Ciego! ¡Ciego el hombre luminoso y bueno, cuyo talento exquisito fué el asombro de España!

—*¿Cómo?* — se preguntaba don Miguel de Unamuno. —*¿Existen en América madres que den a luz varones de este jaez? Avellaneda, embajador argentino en España, es una esperanza de que España — la vieja España de los caballeros — no haya muerto todavía en América.*

No mentía el formidable maestrito de escuela. El joven doctor Avellaneda descubrió para los españoles un prototipo racial insospechado. Era el tipo del criollo medular. El criollo que conservando el alma gaucha, sabe ser aristócrata. El argentino que nació señor como Jesús, hasta en el rancho. El hombre de las pampas que pensando en difícil sabe hablar en fácil para que lo entiendan hasta los pajaritos. Avellaneda llegó a las tierras del Cid cuando, como me dijo una noche Darío, España no ignoraba la existencia de San Martín, ni de Bolívar. Pero... (Del primero, España creía que era un santo. Del segundo, un sombrero...)

ESTÁ ciego...

A las once de la mañana voy a visitarlo en su departamento del Bristol Hotel, en Mar del Plata.

— Dice el doctor Avellaneda — me expone el secretario, — que aun no se ha levantado. Pero, que si quiere molestarse pase a su dormitorio.

Paso.

Ahí está. En la cama. Con las dos manos tendidas hacia el vacío. Tantea en la sombra. Busca las manos del Hombre que Tiembla... Sus grandes y bellos ojos — claros y serenos, — van y vienen con vida. Pero, vagan sin expresión. A mí me da rabia. ¡Juro contra Dios!... ¡Aquellos hábiles ojos que sabían adentrarse en la belleza de las obras de arte con una sabiduría de esteta refinado, son ahora dos simples gotas de cristal! ¡Dos perlas sin oriente! Ahí están, con la misma vida de siempre. Vivos. Pero muertos... Hombre joven, sano, robusto, todo el organismo de Avellaneda vibra de salud. Solamente los ojos han dejado de vivir en la raíz... Siento ganas de ladrar allí mismo:

—*¡Dios no es justo, señor!*

Me contienen las palabras afectuosas del noble caballero. Y, sobre todo, me conturba su alegría feliz. ¿Ciego? Este hombre no puede estar ciego. No hay en él la mueca triste que relampaguea en la paz de los ciegos. No hay ni siquiera la alegría melancólica de los que ya no ven... Es que en Avellaneda el espíritu está habituado a vivir de abstracciones. La lámpara de adentro compensa la falta de la luz exterior. Oyéndolo hablar, el Hombre que Tiembla, ya no puede temblar... ¿De qué pueden servirle los ojos a un intelectual, a un artista, a un sensitivo, a un refinado, a un soñador, que lleva en su psiquis ojos más perspicaces que los materiales para saborear las gracias de la vida? Y he aquí que el milagro se opera... El ilustre ciego hace olvidar por el prodigio de su espiritualidad, su propia ceguera. Habla y ve...

El Payo Roqué, su gran amigo, dice:

—*Yo no quiero visitar a Marquito. Tengo miedo de ponerme a llorar como un perro...*

Al contrario. El espíritu de Avellaneda, olvidado de las asperezas que la luz inquisidora descubre en la superficie de las cosas y de los seres, se ha sutilizado de manera tan griega, que oírlo equivale a pasear con elegancia por entre las flores de un jardín. Se le escucha sin reloj, saboreando su charla encantadora. Habla, a veces, diplomáticamente, metido en un libro de Anatolio France... Vive al día en todas las cuestiones. Desde las crónicas más chirliparlantes de los periódicos hasta el libro más sabio que "vient de paraitre", todo lo que se publica lo conoce por las lecturas que le hacen sus amigos y sus secretarios... Desde la sombra de sus pupilas, ve a los hombres y a las mujeres en dibujos abstractos. Sin aristas. Sin grietas... La Naturaleza adquiere para él un aspecto distante de paisaje soñado. Una frase puede pintar la felicidad de que disfruta:

—*Hay compensaciones, mi buen amigo. Es una felicidad no ver cómo envejecen los seres amados...*



FOTO CASADA

El doctor Marco M. Avellaneda, hace años, en la Rambla de Mar del Plata

Una visita al doctor Marco M. Avellaneda en su residencia de Mar del Plata

Su vida y sus anécdotas

Por

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY



Para mí todas las mujeres que he conocido jóvenes, siguen siendo tan bellas como entonces.

POCAS veces habla de su ceguera. En nuestra larga charla al borde de su lecho, sólo otra vez recordó la falta de la vista:

—*Yo no paseo casi nunca* — me dijo. — *No voy a la Rambla ni frecuento los centros sociales. De tardecita, salgo en automóvil a tomar el fresco, a la orilla del mar, con algunos amigos muy íntimos. Estando en la intimidad, en contacto con los que de continuo me rodean, no echo de menos la falta del órgano visual. En cambio, cuando estoy con otras personas a quienes apenas conozco, sufro la ausencia de mi vista... Es lo mismo que puede pasarle a usted. En su propia habitación, podrá entrar de noche, a obscuras, sin tropezar con nada, porque ya conoce la topografía de su cuarto. En una pieza ajena, notará que le falta la luz.*

ES raro — le digo — que usted permanezca soltero.

— Así es, mi amigo. Y no porque me faltaran ocasiones de apasionamiento. ¡Yo he tenido, como todos los viejos, veinte años!... La culpa ha sido de mi negligencia. Siempre consideré que el matrimonio era un paso inevitable, que debía darlo al día siguiente. No era cosa que me urgía. Siempre dije: *Mañana... Mañana... Mañana...* A medida que fuí abandonando mi "divino tesoro", resignábame a elegir una compañera que estuviera al nivel de mi edad. Primero, preferí las de quince años. Más adelante, me conformé con las de veinte. Después, con las de treinta. Y luego, me resignaría con una de... ¡Mañana!... Recuerdo que al llegar a España, Miguel de Unamuno me preguntó si era soltero.

—*¡Solterón!* — le repuse.

—*Pues trate de enmendarse, aunque sea en España* — me contestó Unamuno. — *En mi tierra decimos que los solterones son como los gallos viejos. O caen en poder de la zorra, que siempre merodea en torno del cortijo, o cae en poder de alguna cocinera...*

MARQUITO es un conversador inimitable. Tiene música no se sabe dónde, pero musicaliza lo que piensa. Habla en anécdotas, con una espontaneidad que da la sensación de que somos nosotros los que estamos hablando... Evoca con cariño la serenata que hace poco le dieran en la ventana de su dormitorio varios bohemios de la Boca y algunos escritores: el "Pescatore di Perle" — en quien admira la justa medida de sus ironías, — Quinquela Martín, Josué Quesada, el escultor Riganelli, el músico Juan de Dios Filiberto, etc.

—*Cuando Filiberto hizo vibrar su cajita mágica en un tango dormilón y aguerrido, me sentí deshacer en lágrimas por dentro.*

Después, Filiberto le dijo:

—*En la Boca, doctor, todo lo muchachos lo queremos mucho, lo queremos. ¿Se acuerda? Usted salió de diputado por lo muchachos de la Boca... Yo era un pibe. ¡Cómo sería de pibe, que tenía que ponerme en puntita de pie para junarlo!*

A propósito de bohemios, alguien recuerda a Antonino Lamberti.

—*Era alma de poeta, superior a sus versos...*

Sale a relucir el Payo Roqué, a quien Lamberti dejó, al morir, un legado de veinte mil pesos.

— Y el Payo, ¿cobró esa herencia?

— ¡Curioso el sainete de esos veinte mil pesos! Fueron para el noble Payo una odisea. Cuando los diarios anunciaron que Lamberti dejaba en efectivo esos veinte mil pesos al Payo, el Banco de la Nación Argentina se presentó a los tribunales embargando la suma. ¿Por qué? Porque el banco poseía un viejo autógrafo del Payo, extendido sobre un pagaré por cuarenta mil pesos. El pagaré protestado dormía en el archivo con un ojo abierto... "¡Adiós mi plata!, dijo el Payo con su angelical filosofía. Pero — buen cordobés, — no perdió la esperanza. Hizo por escrito renuncia absoluta del legado de Lamberti, donándolo a la propia familia del poeta. Así se libraron los veinte mil pesos de las garras del banco. Y la familia del poeta entregó al Payo, particularmente, los veinte mil pesos.

HABLA con entusiasmo de Mary Rega Molina, que una tarde fué a llevarle la fiesta de sus versos sutiles y hondos. Habla también de Riganelli, y elogia su talento. Recuerda a Fioravanti:

— Durante mi actuación diplomática en España — dice, — yo presté todo el apoyo que pude a los artistas. Quinquela Martín, cuyo espíritu se refina cada día más, Riganelli y Fioravanti, todos hicieron honor a mi país... Supe, hace poco, que el Museo de Luxemburgo adquirió el magnífico busto que Fioravanti hizo de Ernesto de la Cárcova. ¡Brillante oportunidad que permite a un artista tan distinguido como de la Cárcova su entrada en el Luxemburgo!

LLEGA la noticia de que ha muerto doña Victoria Aguirre.

— ¡He aquí una mujer — exclama el doctor Avellaneda — que no merece los elogios que los cronistas fúnebres dedican a los muertos! ¡Para esta mujer de virtudes extraordinarias había que inventar los adjetivos capaces de abarcar el enorme tamaño de su corazón! Era una mujer original. Fué la primera mujer de mi país a la cual vi, hace ya muchos años, firmar cheques. En aquellos tiempos, las mujeres vivían supeditadas a la firma del hombre... ¡Y qué manera honesta y humilde y cristiana de hacer la caridad! Se incomodaba cuando alguno pretendía sacarle una limosna por el hecho de que ella era rica. "Yo hago la caridad — decía — cuando se me antoja. No doy limosna, como otras personas, en desagravio de mi propia fortuna. Hago la caridad a escondidas, porque así no avergüenzo a quienes la reciben." Y se enojó con monseñor De Andrea cuando

(Continúa en la pág. 64)

La religión del asesinato

Por JEAN FINOT



UNO de los bibliotecarios del Museo Británico de Londres, me mostró, hace ya algunos años, uno de los documentos más curiosos que haya preparado la cartografía para uso de los humanos.

Era la famosa carta del capitán Patón que, allá por el año 1890, había concebido la idea de ofrecer a su gobierno una designación pintoresca de los lugares donde los thugs habían estrangulado y sepultado a sus víctimas. Esa carta, levantada según las informaciones precisas suministradas por una veintena de jefes religiosos de la secta, contenía la indicación de todas las tumbas de la provincia de Uda, donde el thugismo registraba el más considerable número de fieles de la diosa Kali. Las leyendas que acompañaban a esta descripción tenían un interés muy particular. Aplicando al caso el método de Scoiff que enumeraba los beneficios que los irlandeses hambrientos podrían sacar de sus hijos haciéndolos sangrar como carneros y comiéndolos a guisa de jigotes, el capitán se ha esforzado por exhibir los títulos de gloria de los más valientes entre los thugs. Hay detalles en su trabajo que habrían hecho las delicias de un Quincey o de un Edgard Poe. Cerca de 5.200 eran los asesinatos cometidos por unas cuarenta personas, todas muy estimadas en su país y objeto allí de la consideración general. A la cabeza de ellos marchaba el venerable Buhram que reclamaba, por su parte, 931 asesinatos de que se había hecho culpable durante los cuarenta años de su actividad religiosa en la provincia de Uda. El segundo en méritos era un tal Ramson, que había estrangulado, por su cuenta, 608 personas. Es cierto que Fussy Khan no había llegado a asesinar más que a 508 personas, pero hay que tener presente que pudo alcanzar esta cifra en sólo 30 años de práctica thugista. Y él era el que retenía el "record" relativo de 25 asesinatos por año. Varios otros, como Imambux el Negro, tenían en su activo hasta 340 estrangulaciones, Alayar 377, Muckdumi 264. Al recorrer esta lista macabra iba bajándose así, de estas alturas, hasta cantidades cada vez más modestas, de 20, 10 y hasta de 5 insignificantes asesinatos por año, ejecutados en honor de la diosa Kali... El apogeo de la doctrina, la florescencia suprema de la religión de Kali, fué, sin duda, no sólo lo que ha enseñado a sus fieles el arte de la estrangulación, sino también lo que llevó la ternura de la diosa hasta el punto de poner a sus servidores a cubierto de las miradas nefastas de los no creyentes.

He aquí uno de los mil y un hechos que prueban que los fieles de la diosa Kali, como en el caso con los adeptos de otras religiones, apelaban a todo género de ardides para alcanzar su fin sagrado:

Un oficial mongol, de bella presencia y apostura noble, que se trasladaba al reino de Uda, se detuvo cerca del Ganges. Lo acompañaban sus dos criados, valientes y fieles. Un pequeño grupo de hombres muy respetables que allí había se dirigió con la cortesía habitual al guerrero, pidiéndole permiso para continuar el viaje bajo su protección. El oficial mongol se negó a ello brutalmente, e intimó a los desconocidos que lo dejaran seguir solo su camino. Los desconocidos quisieron convencerlo de que sus sospechas eran injustas. Y entonces se le inflaron al guerrero las narices, sus ojos lanzaron chispas, y los importunos, al ver su cólera, se retiraron.

Al día siguiente el oficial encontró otro grupo de desconocidos. Estos, vestidos de musulmanes, le hablaron del peligro de viajar sin compañía y le suplicaron que los aceptara a ellos por escolta. Se le inflaron de nuevo al guerrero las narices, sus ojos volvieron a lanzar chispas, sacó la espada y la agitó sobre la cabeza de los desconocidos, aterrorizados. Y así, el noble guerrero pudo seguir solo su camino.

Varias veces seguidas el valiente caballero mongol, siempre en guardia, logró desbaratar las maquinaciones de sus perseguidores. El cuarto día llegó a una llanura desierta. A pocos pasos del camino, séis musulmanes lloraban alrededor de un pobre diablo que había sucumbido a las fatigas del viaje. Habían cavado ya la fosa donde iban a depositar el cadáver, cuando advirtieron que ninguno de ellos sabía leer el Alcorán. De rodillas pidieron al oficial mongol que hiciera este servicio a su querido compañero muerto.

El guerrero no se resistió a tanta desgracia y al deber que le imponía su religión. Bajó del caballo, se quitó el carcaj, tiró lejos la espada y las pistolas, y procedió a hacer las abluciones necesarias. Y cuando, desarmado como estaba, se acercó al borde de la fosa para recitar la plegaria de los muertos, los musulmanes cayeron sobre él y sobre sus dos criados, los estrangularon y los echaron a los tres en la fosa preparada para el fingido cadáver.



Kali, diosa de la venganza, del dolor y de la guerra

¿Por qué tantos rodeos para mandar un cadáver más al reino de los muertos? Porque a los thugs les está prohibido derramar sangre humana. El sacrificio no está consumado sino cuando se obtiene la muerte por estrangulación. Sería indudablemente muy fácil para ellos, numerosos como son, echarse sobre los viajeros aislados; pero, ¡ay del thug que provoca la efusión de sangre! Tienen que recurrir, por consiguiente, a los medios más ingeniosos para desviar las sospechas y poder adormecer la valentía y el espíritu receloso de sus víctimas. ¡Cuántas precauciones hay que tomar para despachar gente al otro mundo según los ritos propicios a la diosa Kali! La división del trabajo se aplica rigurosamente entre los thugs: siempre trabajan en compañía. Ante todo están los "soothas", que hacen caer a la víctima en el lazo; luego los "boothotes", cuya función consiste en estrangularla; la tercera categoría de iniciados cava las tumbas y debe tener un talento especial para buscar y encontrar fosas que resulten invisibles.

El asesinato se ejecuta siempre con una especie de fanatismo frío que no admite ni perdón ni piedad. El thug, convencido ya de que el asesinato le será tenido en cuenta en la otra vida como una virtud especial, está seguro también de que su víctima va a encontrarse en el otro mundo mejor que en éste.

— ¿No te horroriza el matar a tu semejante? — preguntaron un día, en Feringeea, a uno de los más célebres estranguladores de la India, investido al mismo tiempo de un alto cargo comunal.

— No; porque uno no debe horrorizarse de cumplir la voluntad divina. Sólo siguiendo los preceptos de ella es como se llega a ser feliz. Todo el que haya comprendido y practicado la religión de los thugs no dejará de estar conforme con ella hasta el último día de su vida. Mi padre me inició en ella cuando era muy joven todavía, y aunque tuviera que vivir mil años, no dejaría nunca de seguir las huellas de mi padre.

Dirigidos por su "jemadar", especie de jefe de distrito, los thugs siguen ciegamente las órdenes de éste y obran de conformidad con el plan que les indica. La discreción más absoluta reina entre ellos. Se comprende cuán difícil ha de ser luchar con su fanatismo que no retrocede ante nada, pues la muerte misma, que los sorprende a veces mientras celebran sus ritos, no hace más que aproximarlos a la divina Kali.

¿Y qué origen tiene esta religión?

Hay viajeros europeos que pretenden haberla encontrado en las Indias en el siglo XVII, pero verdadero origen se pierde en realidad, en las tinieblas del pasado. Es más que probable que, en tiempos de la invasión mahometana, se cometieran toda clase de crímenes y que se tratara de cubrirlos con el manto de la religión. Con el tiempo la secta fué creciendo. Ora fascinados y atraídos por las proezas de sus jefes, ora fanatizados por el ardor religioso que éstos mostraban, los indostanos más pacíficos se unían a ellos en calidad de encubridores, de espías o de adherentes que entregaban sumas de dinero para la caja común.

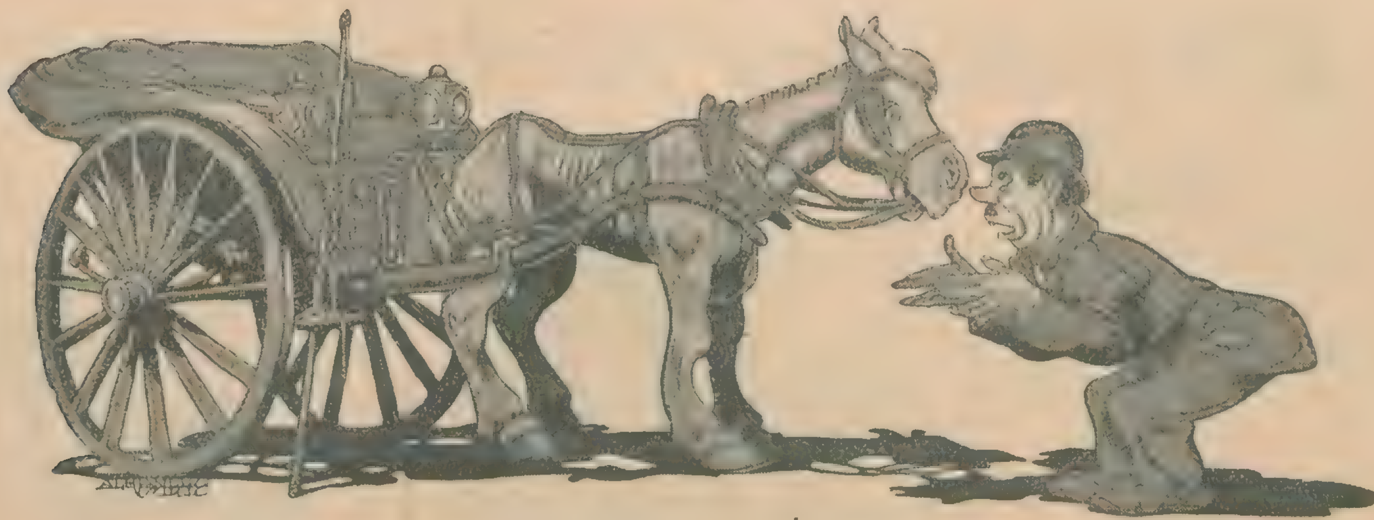
La práctica corriente de los thugs, inspirada por la máxima de que los muertos no hablan y que los incita a matar por lo tanto a todos los compañeros de la víctima elegida, hace muy difícil la persecución del criminal, y la maestría con que saben desembarazarse de los cadáveres, acaba de desconcertar a las autoridades inglesas. Más grave todavía es el hecho de que las familias de las víctimas se abstienen por lo general de presentar su queja. Y así es cómo los thugs pueden continuar celebrando sus ritos sangrientos bajo las miradas aterrorizadas de las poblaciones.

Señalemos, entretanto, un hecho curioso: los thugs no matan a las mujeres. Esta regla tiene una excepción: el caso de que la mujer acompañe a la víctima. Entonces, por temor de que ella denuncie el asesinato y a sus autores, está permitido incluirla en el número de las personas sacrificadas a la diosa Kali.

Es curioso también el hecho de que los thugs admitan que no siempre es un acto de virtud el asesinato, y que hay asesinatos dignos de castigo, asesinatos que deben ser considerados como reprensibles y criminales. Cuando se mata a un thug, a uno de los adeptos de la estrangulación, o cuando se mata a cualquier individuo fuera de los ritos establecidos, o cuando el que mata no es individuo de la secta, se comete un crimen que debería ser severamente castigado.

Los thugs sienten una especie de voluptuosidad particular al proceder a la estrangulación de sus víctimas. Este placer extraño parece acentuarse, además, por la creencia que tienen de que al proceder así se hacen agradables a su divinidad. Hasta los más empedernidos entre estos asesinos por convicción muestran una cortesía caballeresca para con las mujeres. Las más rigurosas investigaciones hechas con motivo de los millares de crímenes que se atribuyen a los thugs no han revelado nunca el menor atentado al pudor femenino. A su regreso de alguna de sus santas expediciones, el thug se muestra bueno y tierno esposo, padre afectuoso y vecino servicial. Con una conducta enteramente irreprochable, fuera de unos cuantos asesinatos de que se gloría su conciencia, el thug deja estupefactos a los magistrados encargados de juzgarlos. Los informes que se recogen sobre los thugs son, en la mayor parte de los casos, excelentes y hasta ejemplares, y la justicia, estupefacta ante tanta ingenuidad, no se atreve a castigar allí donde habría que obrar más bien por medio de la persuasión o de la reclusión. El destierro sería, seguramente, el medio más eficaz, por cuanto, excitado por la gente que lo rodea, el thug no reconoce nunca que el culto que profesa es criminal y degradante.

Por otra parte, como todo evoluciona con el andar del tiempo, el rito secular de la estrangulación se ha desviado él también. En el gran tronco de los thugs han brotado varios retoños de aspecto nuevo e inesperado. En vez de estrangular, algunos prefieren envenenar a las víctimas. El efecto es el mismo, pero el procedimiento resulta más expeditivo, y sobre todo, más fácil. Así es cómo ha venido al mundo la secta de los Whatoorea, los grandes envenenadores ante el Señor. Su rito, más difícil de fiscalizar, no es por esto menos proficuo para la devoradora de hombres, la divina Kali; pero los Whatoorea, aun cuando celebran más gloriosamente las virtudes de su diosa, hacen hablar menos de ella..., sin embargo.



Un caballo caprichoso

Por

KNUT HAMSUN

Ilustración de Alejandro Sirio





ME acomodé bien en el cochecillo de dos ruedas, y tomando las riendas en las manos, me dispuse a esperar al cochero. En el balcón del segundo piso había una muchacha, rubia clara, que me miraba: esto excitaba mucho mi amor propio. Me quedé firme y derecho en mi asiento, como si fuera nada menos que un vicecónsul. Quise causar la impresión de un jovencito y, despreocupadamente, saqué los anteojos de la nariz. Me arrepentía hondamente no haber anotado, en el libro del hotel, que yo era "junker".

En esto apareció el dueño del hotel y me anunció que el cochero hacía rato que se había ido, llevando un coche repleto de ingleses. Me suplicó que fuera yo solo hasta la posta siguiente, sin cochero. No había por qué temer. El caballo era inteligente, conocía el camino y yo podía tenerle absoluta confianza.

— No hay duda que se tiene más parada cuando se va sentado con cochero detrás — pensé yo; — pero ¿qué le hemos de hacer si él se ha ido ya? Tendré que ir solo.

Eché una mirada elocuente hacia la ventana del segundo piso, y salí del patio.

Hacía calor. Me desabroché la marinera y di completa libertad al caballo, cuyo nombre era Jens. El movimiento del coche me dió sueño. Bajé la cabeza para no quemarme la nariz, y dormitando di en soñar con la muchacha rubia del balcón.

— ¡Dios mío! — pensé. — ¿No habrá consultado ya el libro de anotaciones del hotel? ¡Qué tonto fuí al no anteponer a mi nombre algún título! Podría haber puesto que era comerciante en lanas. ¡Ah, qué tonto soy! He sido castigado por mi modestia.

Cuando hubimos caminado unos cuantos kilómetros de la estación, Jens se detuvo en seco. Se quedó parado, como petrificado, como si hubiese olvidado algo. No le quise molestar. ¡Que resuelva solo lo que debe hacer! Tenemos tiempo suficiente y no hay por qué apurarse.

Estuvimos así cerca de media hora. Ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio. Yo fumaba tranquilamente la pipa, miraba el reloj, me afilaba las uñas, todo, en fin, para hacer pasar el tiempo. Escondí el látigo entre mis rodillas. Después de unos momentos Jens levantó una pata y empezó a caminar de nuevo. Me pareció que se sentía culpable. Apretaba el calor. El sueño volvió a dominarme. Até las riendas al asiento y pensé nuevamente en la chica rubia. Tenía grandes manos blancas y unos ojos extrañamente alegres, que daban a su rostro una intensa expresión de vida. Me sentí profundamente interesado. ¿Para qué estaría en el balcón, mirándome? ¡Yo había despertado su curiosidad! Era muy posible que en aquel momento estuviese ella hojeando el libro del hotel. No. Debió haberlo hecho en seguida para cerciorarse acerca de mi persona. ¡Pero yo no había escrito nada! Podía haberme lucido con algún título u otro honor o cargo. ¡No había escrito nada! Sólo mi nombre, a secas. Mi modestia me jugó un lindo papel. ¿No tenía yo derecho de titularme director de Banco o arquitecto?... Cada vez me sentía más enojado conmigo mismo. Finalmente llegué a la conclusión de que bien podía haberme anotado como sabio viajero o como boticario de alguna calle central de Cristianía... Ningún riesgo había en ello; estaba convencido.

Me había olvidado de Jens. Y él caminaba paso a paso, levantando apenas las patas, con lo que la tierra se removía, cegándome los ojos. Cuando debió darse vuelta, bajó bruscamente la cabeza, mordió el freno y se detuvo de nuevo. No había duda, el animal se había parado otra vez, como si nada hubiera sucedido.

Yo estaba tan distraído, pensando en la joven del balcón, que no había notado la falta de movimiento de Jens. Me estremecí.

— Agradece a Dios que estoy aquí tranquilamente sentado, pensando en mis cosas.

Así exclamé, dirigiéndome a Jens. Aquello me exasperó y no pude ocultar más mis sentimientos. El caballo estaba sin moverse, cabizbajo, como un hombre pensativo cuando se coloca un dedo sobre la nariz. Me levanté para observar el camino. ¿No habría delante de Jens algún chico, una roca o un árbol caído? Miré con atención. ¡Nada! Entonces levanté el látigo y lo dejé caer, suavemente, sobre las ancas de Jens. Este no se movió y solamente alzó la cabeza, como diciendo:

— ¡Cuidado!

Esto me exasperó más:

— ¡Cuídate tú! — bramé, descargándole un fuerte latigazo.

Entonces golpeó el suelo con una pata; parecía como si hablara ante una gran multitud. Después emitió un sonido raro. Hasta aquel momento no había dicho nada. Resolví no contestarle. Consideré como una humillación ponerme a conversar con un caballo. Furioso, volví a sentarme y a esperar los sucesos. Cuando salí de casa no llevaba intención de reñir con nadie.

Pasó una hora. Así permanecíamos sin movernos. Yo hacía esfuerzos extraordinarios para no enfurecerme más. Por dos veces ocurrióseme salir del coche, pero volví a sentarme. En silencio soporté momentos terribles, callando heroicamente. No negaré que Jens se condujo con prudencia; no emitía más ruido, ni movía un órgano, y sólo respiraba tranquilamente. Por fin levantó una pata y la colocó de nuevo en el suelo. Seguramente se fastidió de estar inmóvil. Levantó la otra pata y volvió a colocarla en su lugar. No estoy muy seguro, pero creo que hizo lo mismo con la tercera pata. De repente, sin darme tiempo para nada, sentí que el coche se movía; en efecto, ya no estábamos parados.



Yo no confiaba en mis propios ojos. Me hallaba asombrado y no podía ni hablar. El coche corría cada vez más; Jens se deslizaba enérgicamente. ¡Corría! Quise convencerme de que estábamos en el mismo lugar... ¡Claro! ¡Si estábamos parados! ¡Al diablo, no nos movemos! Cerré los ojos para no ver cómo corríamos.

Pasó mucho tiempo. El sol ya se acercaba al ocaso, el calor disminuyó. Jens ya se arrastraba de nuevo, a pasos lentos. Me hacía muy mala sangre pensando en el tiempo precioso que me hizo perder, acabando con mi buen humor. Faltaba hasta la estación próxima, una buena media hora de viaje. Debía apurarme si quería alcanzar al cochero. Al subir una colina resolví ganar el tiempo perdido. Di un grito y levanté en alto el látigo para que lo viera Jens. Realmente, alzó la cabeza y me miró, como si no comprendiera lo que yo pretendía de él.

— Toma, si no comprendes.

Así le dije, descargándole un tremendo latigazo. Se detuvo en seco.

Sí, no me equivocaba; ¡Jens estaba parado, bien parado, inmóvil, por tercera vez!

Me levanté con la resolución de hacer funcionar el látigo; quise resolver la cuestión por medio de una lucha abierta, fuera lo que fuere. Pero en el último instante me resistí a hacerlo. No era que yo tuviese miedo, no; si fuera necesario yo lucharía hasta con un león; sólo que lo pensé bien y arrojé el látigo. Sin decir nada, salí del coche. Pero sabía muy bien por qué lo hacía. Sin duda que algo debía haber en el camino que no permitía pasar a Jens. Apreté los puños, preparándome a todo y me acerqué a Jens. No vi nada. Esto me admiró. Me incliné hasta el suelo, para mirar bien. ¡Nada! Volví a subir al coche. ¿No sería la cerilla que le impedía caminar?

Con todas mis fuerzas lancé un grito. Levanté bien el látigo y lo hice caer con todas las ganas. Pero Jens permaneció imperturbable, sin moverse. Bueno; había que mirar de nuevo. Volví a bajar y me acerqué a Jens. Le miré la boca. Él fingió no verme siquiera. Me hinqué de rodillas y observé en la dirección que miraba Jens. ¿Qué era lo que escudriñaba el caballo con tanta atención? ¿Miraría, en realidad, aquel pedazo de cerilla en el suelo? Me quedé avergonzado por él. ¿Valía la pena de excitarse por aquel pedazo de cerilla? Di unas cuantas vueltas alrededor del coche, meditando acerca de lo que podía hacer. ¿Cómo se le ocurrió procurarme aquellas molestias? ¿Acaso, habíamos convenido detenernos ante una cerilla? ¿Pensaría él que obraba bien? ¿Era, acaso, Jens un caballo que no tenía vergüenza ni conciencia?

Mientras tanto Jens no movía ni un párpado. Empecé a burlarme de él. Le reproché su conducta.

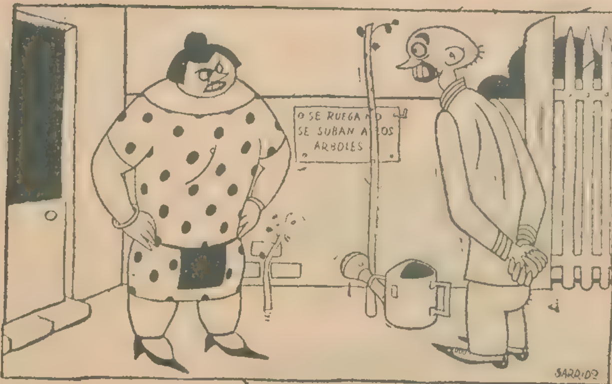
— ¡Una cerilla! — exclamé con desprecio. — ¡Gran cosa, una cerilla! ¡Yo las gastos por cajas!

¿Lo sabía? Había días en que todos mis bolsillos estaban llenos, aunque yo no era fumador. ¡Que haga la prueba, que arroje una cerilla al suelo y me pida que la levante, y ya verá si lo haré!

Pero Jens parecía no escucharme, permaneciendo cabizbajo y mirando a lo lejos.

Yo, muy turbado. Creí que no (Continúa en la pág. 24)

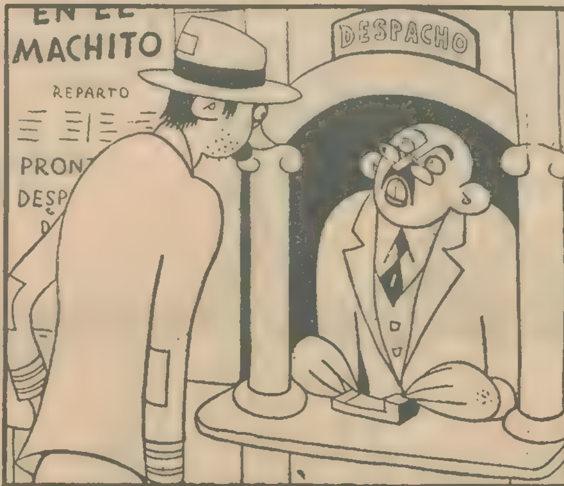
La caricatura en el extranjero



ANIVERSARIO

Ella. — *Mañana hace quince años que nos casamos. ¿Te parece que matemos el gallo?*
Él. — *¿Y qué culpa tiene el pobre animalito?*

(DE "BUEN HUMOR", MADRID)



EN EL TEATRO

— *Déme usted dos entradas como las del domingo pasado.*
— *¿Estuvo usted en el paraíso?*
— *¡Quia, hombre! Estuve con mi mujer.*

(DE "BUEN HUMOR" MADRID)



TODO ES GANANCIA

— *¡Oh queridito! Ayer jugué a las carreras y he ganado; hoy he vuelto a jugar, y... has perdido tú.*

(DE "LE RIRE", PARÍS)



DESDE LA PLATEA

Una espectadora. — *Yo no alcanzo a oír nada de lo que se dice en escena. Y usted, ¿oye algo?*
La otra. — *Yo tampoco oigo nada. Pero no me importa; ¡estoy tan acostumbrada a los cinematógrafos!*

(DE "PUNCH", LONDRES)



EN LA CONSULTA

El médico. — *No tiene usted nada grave. Lo que le conviene es hacer mucho ejercicio. Caminar, caminar bastante después de terminado su trabajo, ¿sabe?*
El enfermo. — *¡Diablos! ¿No sabe usted que yo soy cartero?*

(DE "THE PASSING SHOW", LONDRES)



ENTRE BEATOS

El cura. — *Estábamos discutiendo sobre el tiempo que debe durar un sermón. ¿Y a usted qué le parece?*
La anciana devota. — *Que no debe pasar de un cuarto de hora. A mí no me sienta bien una siesta más larga.*

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



CARLITOS CHAPLIN Y SU PÚBLICO

— *Esto con lo que ustedes me ven, no es para hacer ninguna película, sino lo único con que me ha dejado mi esposa.*

(DE "LUSTIGE BLAETTER", BERLÍN)



CAMINO DEL BAILE DE MÁSCARAS

Él (que acaba de hacerse un chichón enorme en la cabeza). — *Yo no puedo ir de esta manera.*
Ella. — *¡Bah!... Dices que te has disfrazado de Guillermo Tell.*

(DE "LONDON OPINION", LONDRES)



CONSUELO PRÁCTICO

El pastor. — *¿Y su único consuelo, en estos momentos de desgracia, es esa botella de whisky?*
El viudo. — *¡Oh, no, padre! Ahí en el aparador tengo dos botellas más...*

(DE "JUDGE", NUEVA YORK)



ENTRE AMIGAS

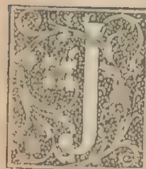
— *Cada vez que miro este espejo me pongo contenta.*
— *Será algún recuerdo...*

(DE "MEGGENDORFER BLAETTER", BERLÍN)

Tríptico cristiano

Por JUAN I. CENDOYA

EL ADVENIMIENTO



OSÉ y María habían andado tardes y noches desamparados en su éxodo, como dos huérfanos, excomulgados por el escepticismo y la indiferencia de las gentes de Belén. Y, sin embargo, al par de la inquietud torturante del hombre, marchaba la mujer, fuerte y heroica en el sufrimiento, iluminada por la próxima santificación de su vientre. Los escoltaba el cansancio, pero la fe ponía latidos singulares en sus vísceras.

Llamaron en los hogares de Belén, pero aquéllos permanecieron cerrados a sus ruegos, herméticos y fríos como labios sin vida. No se abrió a la dulce voz de la mujer pálida una sola puerta, no se le tendieron manos fraternales en el desconsuelo de su desamparo. Las mujeres de Belén habían olvidado que en la maternidad todas las mujeres del mundo son hermanas.

Siguieron los perseguidos en la noche, y en una gruta, albergue de pastores, esperaron la voz sagrada de la Naturaleza.

Y fué al alba cuando nació el niño; uno más entre los muchos que surgieron a la vida en todos los hogares del mundo, en el amanecer gris: un manojo de carne rosada y tibia para las caricias de los padres, un número en la población hostil, una verdad permanente y luminosa en la noche dolorosa de la humanidad. ¡Jesús!



EL APÓSTOL

Y un día la figura morena y ascética de Jesús de Nazareth peregrinó por los campos de Betania y el valle de Cafarnaún. El niño de la gruta de Belén, llegado a la vida como un paria, retornaba, trayéndoles a los hombres, una doctrina de verdad, de igualdad y de amor, deslumbrante de sinceridad, apostrofante, reivindicadora de los humildes, frente a la decadencia bizantina de los sátrapas romanos. Era triste, porque conocía la trayectoria de su destino; pero en el azul de sus pupilas, la redención del hombre esclavo ponía una intensa luz de alma. Envolvía su cuerpo, macerado y doliente, en burdo sayal; iba descalzo, con los pies heridos por las piedras del camino, así como herido sería su espíritu al descender de su cumbre ideológica. Le seguían los humildes y vencidos; surgieron a su lado discípulos, continuadores del nuevo evangelio de amor y de justicia; le acompañaban las mujeres, las madres con sus hijos en brazos; toda una gleba obscura y miserable, pendiente de su palabra armoniosa y redentora, de su gesto misericordioso, que era caricia en su mano ardiente, humedad de lágrimas en sus pupilas, fervor de rezo en su labio trémulo, dulce y tibio para la frente del niño, pero anatematizador y rojo para el déspota y el impío.

Y le seguían, porque nunca sobre toda aquella pulpa torturada y sufriente había descendido una piedad tan dulcificadora en la desventura como la suya; porque lo exaltó el milagro, como luego lo impondría el heroísmo del martirio. Traicionado, ofreció su mejilla al beso impuro, que la llagaba como con un ascua; y si hubo en Él la amargura de la desesperanza que asaltó siempre a todos los animadores humanos, en aquel crepúsculo del Monte de los Olivos sólo su corazón y los astros que se encendían lo supieron...

EL MARTIRIO

TAL como lo realizara en "El Expolio" — sinfonía en rojo y en negro — el genio atormentado del Greco, debió ser el martirio. El dulce y piadoso poeta judaico marchaba bajo el agobio de la cruz, símbolo de la incomprensión de los hombres. Sangraba su frente pálida y triste, y su torso débil, macerado por el látigo de los turiferarios del sátrapa, ebrios de sangre y de escarnio. Cayó postrado muchas veces, y a la mirada implorante de sus ojos contestóle la carcajada bestial, el improperio soez y el castigo. ¡Calle inmisericorde de la amargura, que no tuvo para el calvario del Apóstol ni siquiera la piedad de un árbol, una fuente o un pájaro!

La madre lo seguía, atarazada de angustia; María, la de Magdala, le ofrecía la purificación de su vida; la Verónica, la suavidad de sus manos en el rostro herido. ¡Nobles mujeres de Betania, enamoradas del sacrificado!

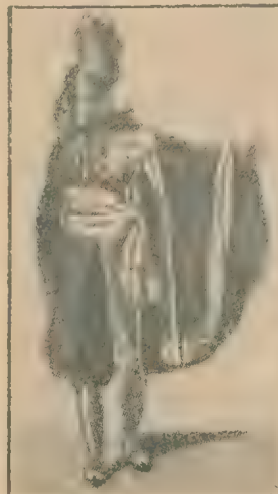
Frente a las tres cruces, Él sintió la total serenidad de su heroísmo. Su palabra se tornó armoniosa como la Vida, profunda como la Muerte. Sobre el dolor de sus rojas heridas perdonó a los fratricidas. Y, crucificado entre los ladrones, con que escarnecieron su grandeza, sus pupilas bucearon más allá de la vida: y acaso vió que su martirio sería el comienzo de la redención del mundo, por el amor entre los hombres. La más pura y armoniosa palabra de amor había sido dicha y el más injusto martirio consumado. Agonizó y murió en la noche. Se hizo una luz en la pelambre trágica del Gólgota, que ha sido eterna en la rotación de los siglos.

Hacia esa luz, la humanidad en marcha, si no en los albos de su felicidad, en las sombras de sus dolores, vuelve sus miradas, postra su espíritu, en espera acaso de que de nuevo sea dicha la más armoniosa palabra de amor...

Antiguo uniforme de los ministros

De Francia proceden desde hace dos siglos los figurines más acreditados, y es por esta razón curioso exhumar algunos datos acerca de los uniformes de sus antiguos ministros.

En 1804, época en que subió al trono imperial Napoleón I, los ministros llevaban, como traje ordinario, casaca abotonada y casi cerrada por delante, de seda, terciopelo o paño, manto del color del traje y de su misma longitud, con forro y cuello de paño de plata; sombrero levantado por delante, adornado de plumas blancas flotantes y corbata de encaje; cabellos redondos o largos, y en este último caso, rizados en los extremos y atados en medio con una cinta negra.



Gran oficial de la casa de rey, ministro

El traje de etiqueta era más lujoso.

El gran elector (José Napoleón) llevaba manto de terciopelo escarlata en vez de blanco, y con vueltas de armiño; el archicanciller del Imperio (Cambacérès), manto violado; el archicanciller de Estado (Eugenio de Beauharnais), manto azul celeste; el condestable (Luis Bonaparte), azul obscuro; el architesorero (Lebrin), negro; el gran almirante (Murat), verde. El calzón era blanco y bordado de oro; las medias y zapatos blancos, y la corbata de encajes.



Casaca de ministro de Talleyrand. (Restauración)

La Restauración siguió esta mascarada, con algunas modificaciones; se conservan dos casacas bordadas de oro, que pertenecieron a Talleyrand, pastelero político de primer orden, que era ministro de todos los gobiernos posibles.

En tiempo de Luis Felipe los ministros llevaban un traje de etiqueta muy bordado, y otro más sencillo, destinado este último para lucirse en las solemnidades de menor cuantía.

La revolución de 1848 privó a los ministros de su pintoresco uniforme; tuvieron que conformarse con la medalla y la faja de diputados.

Con el segundo Imperio volvieron los trajes de opereta del siglo XVIII, tan caros a la vanidad francesa y al bolsillo.

Luego se renunció al calzón corto, que resultaba ya demasiado teatral y ridículo, y se usó pantalón de casimir blanco, galoneado de oro, casaca azul con nueve botones dorados de águila, botines de charol y sombrero negro con plumas blancas. La espada era de puño de nácar, con la inevitable águila imperial. Se varió mucho de trajes, pero todos resultaban grotescos.

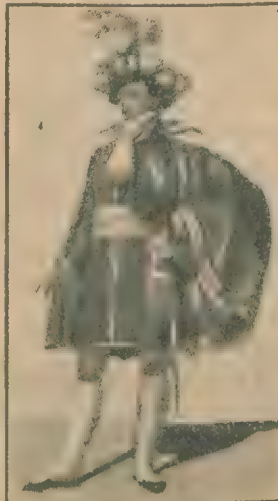


Casaca de ministro. (Restauración)

En los consejos de ministros se presentaban éstos con traje negro, pero llevaban sus cruces y cordones sobre la levita.

Bajo la tercera República los ministros no usan uniforme de ninguna clase.

En cambio, en otras naciones monárquicas, se ha persistido en la idea de que los representantes del poder deben lucir uniformes que causen cierta impresión en la multitud e impongan la idea de respeto o de superioridad.



Ministro

El profesor

— (Continuación de la pág. 7) —

se diría que hace imposible esa pesadez que es la historia y esa tonta clucubración que es la filosofía con su lógica y su ética, sobre todo con su ética.

El profesor Casanova iba, merced a su agilidad juvenil, algunos pasos adelante. Don San Pablo no se daba cuenta de que hablaba solo.

Todavía agregó, como si le oyeran:

— El progreso, la cultura, la civilización, nada tienen que ver con esto, pero no se puede negar que con un poco de armonía interior podría influir esa armoniosa arquitectura...

Tropezó en un montículo de escombros y se desclavó la suela, ya floja, de uno de sus viejos zapatos.

Entonces renunció a seguir, desanduvo el breve camino y, dando un rodeo en torno del soberbio automóvil de su joven camarada, fué a sentarse en la pila de ladrillos.

Allí abrió su libro por el capítulo de las definiciones, leyó un instante y lo volvió a cerrar, para echar una mirada sobre la extensión de los frescos muros.

— Progreso — definió, marcando su sonrisa apacible de buen maestro. — Cadena lógica y feroz que obliga a la rémora, es decir, a la conciencia, a cambiar constantemente de mecanismo.



"Dejad venir a mí los niños", cuadro de Julio Schmid

Motivos de Semana Santa

Por

JULIO FRANZOSO

EL POETA DE JERUSALÉN

JESÚS fué el Poeta de Jerusalén. Lo demuestran categórica y definitivamente sus divinas palabras aquellas inolvidables "palabras que no pasarán" de que nos habla San Marcos en su evangelio.

El Maestro, el Poeta, recorrió las calles de la ciudad absurda que lo crucificó en la doble cruz de la ignorancia y del dolor, dejando caer a su paso, en parábolas llenas de luz, las enseñanzas, los consejos, todo el caudal inagotable de su infinito amor hacia las humanas criaturas.

Nada dejó escrito. Sólo dos veces inclinóse sobre la arena y trazó unas palabras que los ojos pecadores que le rodeaban no tuvieron el valor de leer.

Pero, en cambio, Jesús escribió sobre las almas, sobre los corazones, y Él mismo vivió su angustioso poema.

Por eso "no pasarán" las palabras del Poeta de Jerusalén, porque fueron escritas con su propia sangre, la sangre que purificó al mundo lavando, borrando sus pecados.

El mismo gesto con que recibió la muerte en la cruz es un símbolo: sus brazos abiertos significan algo así como el deseo de abarcar todas las culpas de la frágil humanidad y hacerlas suyas muriendo por ellas.

Ese fué el poema que vivió Jesús, aquel divino poeta que vieron las calles de Jerusalén...

II

PERDONEMOS

EL lo dijo: perdonemos. Y ¿por qué no? Todo es posible cuando la fe de Dios está en nuestros corazones... ¿Acaso no perdonó Jesús a los que lo negaban matándolo en vida? Entonces... ¿Por qué no perdonaremos nosotros a los que nos engañan, a los que nos roban, a los que nos fingieron amor o amistad en un apretón de manos o de almas?...

Perdonemos, sí, a todos, para que todos, a su vez, puedan llegar a perdonarnos a nosotros el mucho mal que, a veces, ignorándolo, puede cometerse.

Y no solamente debemos perdonar a los que nos hicieron daño, sino debemos amarlos también para conseguir así que ellos — los pobres de corazón — sean con los demás menos malos de lo que fueron con nosotros.

Esto, que es sencillo, humano; esto, que nos enseñaron ayer, cuando niños, lo hemos olvidado hoy, de hombres. Y ese olvido no nos agranda: nos empequeñece; peor aún: nos hace menos hombres...

Él nos enseña la doctrina del perdón en aquella maravillosa respuesta que le diera a Pedro cuando el Apóstol le preguntó:

— Señor: ¿cuántas veces debo perdonar a mi hermano el haberme ofendido? ¿Acaso siete veces?

Y Jesús, entonces, le respondió:

— No siete veces, sino setenta veces siete veces.

Y los discípulos callaron...

Por eso hoy, frente al recuerdo del drama de Jesús, vuelven a nuestra memoria, como pájaros alejados del nido, los consejos de ayer...

III

LOS NIÑOS

JESÚS amó a los niños porque en ellos estaba, sobre todo, la verdadera inocencia, la inocencia del cuerpo y del alma, la inocencia absoluta de los que todavía no se asomaron a contemplar el cruel espectáculo del mundo. Por eso quizo que fueran hacia él los niños, porque estaba seguro que no lo mancharían con sus pensamientos como le mancharon los pensamientos turbios de los hombres. "Aquel que acogiere a un niño en mi nombre, a mí mismo me acoge." Eso dijo a los mayores el Maestro de almas, porque Él entre los niños sentíase niño también.

Sabía que de ellos sería el reino de los cielos, porque no habían pecado, porque eran puros. Y sobre ellos extendió sus manos...

IV

EL PAN EN LA MESA DE LOS POBRES

EL pan en la mesa de los pobres tiene también su significado: es la bendición de Dios, que alcanza a todos aquellos que se reúnen junto a la mesa sin odio en los corazones y sin mentira en los labios.

¡Deben ser tristes y frías las mesas donde falta el pan!

Deben ser mesas sobre las cuales alguna vez se apoyaron los brazos de alguien que perdió la fe en "Aquél que ha de volver"; deben ser mesas donde se ofendió la memoria de Jesús... Por eso, tal vez, falte ahora en ellas el pan...

V

EL LADRÓN

EL último hombre a quien Jesús perdonó sobre la tierra fué a un ladrón: Dimas.

Aun desde la cruz, en medio de los crueles padecimientos, los ojos lumino-

(Continúa en la pág. 58)

Conversando con Monseñor Gustavo Franceschi

(Continuación de la pág. 12)

a actuar. Hombre que va a los conventillos y a los salones con la misma sonrisa de muchachote bueno, se le quiere en todas partes. Su talento le da inmunidades. Se envuelve en la blancura de su recia honestidad de corso, como los gasterópodos adheridos a la *columela* de su caracol. Su buena salud le permite tener el alma pura y justa.

Su teoría sobre el sacerdocio cristiano es de que el hábito no debe excluir al sacerdote de las alegrías honestas de la vida. Ya lo dijo en una de sus conferencias en "Stella Maris":

—¿Acaso Nuestro Señor Jesucristo era un hombre triste? Los mejores santos no fueron nunca tristes. Un santo triste es un pobre gato de santo...

Oyendo criticar a los sacerdotes que acuden a fiestas sociales, dijo:

—¿Y por qué va a prohibírseles un momento de esparcimiento moral e intelectual? ¿Acaso Nuestro Señor Jesucristo no iba también a las fiestas de bodas? Jesús iba a los casamientos, donde la gente se divertía con honestidad. Léase el capítulo II del Evangelio de San Juan, donde el apóstol relata las bodas de Caná de Galilea, y a las cuales asistió Jesús acompañando a la Virgen María. Y Jesús no se concretó a tomar parte en la fiesta, sino que contribuyó a alegrarla, haciendo en ella lo contrario de lo que suelen hacer algunos bodegueros: Jesús transformó en vino auténtico seis tinajas de agua.

El comercio ha comenzado a interesar a las damas de nuestro gran mundo

(Continuación de la pág. 13)

la sociedad consideró fuera de su seno porque le fué mal en el matrimonio se encuentra en la calle? La solución la encuentra en la instalación de una casa de antigüedades, donde se expenden objetos y muebles de inestimable valor.

Y estos ejemplos han sucedido otros con increíble celeridad; ya son varias las niñas de grandes apellidos que se han dedicado a realizar compras de modelos por cuenta de las modistas establecidas en el país; otras son colaboradoras y hasta socias de casas dedicadas a la venta de sombreros. Las que viajan constantemente a Europa, y, conociendo los gustos de la sociedad, llegan a nuestro puerto con un cargamento de baratijas y medias que liquidan a precios siempre inferiores que los que rigen en los comercios del ramo.

Tanto se ha desarrollado el espíritu femenino en este aspecto, que se habla de utilizar las vinculaciones en la explotación de nuevos comercios. Una casa de te, recientemente instalada en pleno centro, responde a una firma comercial integrada por tres niñas, que hallaron un capitalista inteligente, que no ignora la posibilidad de triunfar con el aporte de aquéllas.

¿Está bien que esto ocurra? Desde luego, la respuesta no puede ser sino afirmativa. La solidaridad social, que antes consistía en crear las "pobres vergonzantes" o en esperarlo todo del gobierno, se manifiesta ahora en otra forma dejando que cada cual campee por sus cabales.

Y esto es ya un síntoma de progreso en la silenciosa tolerancia de los que "por mangas o por faldas" supieron conservar más o menos intactas las fortunas que el Destino les colocó delante de su vida.

La insaciable curiosidad de Rudyard Kipling

(Continuación de la pág. 16)

del poeta se llenaban de maravilla, y mientras los dedos de su mano izquierda tamborileaban nerviosamente sobre la mesita de cristal, frases breves, en inglés, brotaban de sus labios.

—¿Irá usted a la Argentina, míster Kipling?

— He tenido que modificar mi itinerario. Debo regresar a Londres dentro de unos días. Mi visita a su país de usted, posiblemente la haré a principios del año próximo, por el Pacífico y el estrecho de Magallanes. Tierra del Fuego es una región que mucho deseo conocer...

Y desató sobre mí un chaparrón de preguntas acerca de aquel extremo sur de la Argentina, poniendo en serios aprietos mis parcos conocimientos sobre el *habitat* de los pingüinos, que tantas cosquillas hacen al espíritu de este hombre todo acción.

Le anuncian la llegada de algunos visitantes.

Nos pusimos de pie. Le dimos un *shak-hands*, profetizándole el aparecimiento de su próximo libro, *After I rolled down to Río*.

Kipling rió, rió de verdad, alejándose de nosotros.

Y mientras bajábamos la amplia escalinata que da acceso al Gloria Hotel, para subir al auto, el brillante autor de *Toda América*, finamente irónico me dice:

—El tatú en mi país y el pingüino en el suyo.

Como usted ve, comenzamos a despertar el interés de los grandes hombres de Europa.

Río de Janeiro, marzo de 1927.

Un caballo caprichoso

(Continuación de la pág. 19)

quería oír mis palabras. ¿Qué podía hacer? Frenético, daba vueltas de un lado a otro, sacudiendo los hombros. Luego volví a dirigirme a él, y con voz blanda y temblorosa quise convencerlo. ¿No sería una cerilla excepcional? ¿Tal vez mereció realmente mi atención? Cada vez gritaba más fuerte y, por fin, llegando a la desesperación, golpeé una mano contra la otra.

Por fin, Jens alzó la cabeza. ¡Comprendió que yo no bromeaba! Resolví aprovechar la ocasión, agarré las riendas y me senté en el coche. ¡Nos movemos, marchamos! Todo está en el arranque..., ¡después ya marcha solo! Levantará la primera, luego la segunda... iremos... ¡vamos! Pero Jens no se movía. Volvió a bajar la cabeza, mirando hacia un punto. Entonces me rendí; no tenía más valor para luchar. No me interesaba ya cómo terminaría aquello. ¡No soy más responsable! Arreglé el interior del coche como para dormir, sin preocuparme de Jens.

—¿Quién sabe cuánto tiempo piensa estar así? — pensé. — ¿Quién puede asegurarme si tenía siquiera intención de seguir adelante? ¿Quién diablos puede adivinar cuándo piensa arrancar de nuevo? Yo hice todo lo posible. No soy más responsable. ¡Yo me lavo las manos!

De repente alcancé a ver otro coche que se nos acercaba. Hasta Jens paró las orejas y relinchó alegremente. ¡Era mi cochero! Ya volvía a casa. Se admiró al vernos y detuvo su caballo. Salté del coche y le conté todo. Entonces el mozo dió vuelta y me propuso que él iría adelante, para que Jens siguiera.

— Porque Jens gustaba del honor de ser acompañado — dijo, — Jens quiere que otro caballo lo guíe.

Subí de nuevo. La idea de viajar con otro coche delante me gustó sobremanera: Aquella forma de viajar era propia para una persona de alto vuelo, como yo. Me puse contento y perdoné todo a Jens.

Árboles, rocas, casas, todo se movía ante mí. Llegué al hotel con un par de caballos.

La radiotelefonía en el mundo animal


UIEN haya leído atentamente los libros maravillosos del gran entomólogo Fabre, habrá podido comprobar que la mayoría de los inventos humanos fueron inspirados por la observación directa del mundo animal.

Sin referirnos sino al más reciente descubrimiento, la aviación, cuyo nombre expresivo y gráfico recuerda el origen zoológico del prodigioso hallazgo, es ahora, en el momento presente, cuando la telefonía sin hilos constituye la monomanía universal, ocasión y motivo de confirmar nuevamente el referido aserto científico. A ello se ha consagrado con todo amor y perseverancia un sabio norteamericano, míster Horle, famoso entomólogo, cuyas colecciones de mariposas son las más completas que existen. Observando este ilustre compatriota de Edison que algunos lepidópteros poseían la facultad de llamarse a distancias considerables, hubo de preguntarse si esas lindas florecillas vivientes podrían utilizar en su servicio las ondas hertzianas.


El vulgar grillo campestre, a la entrada de su escondrijo, agita sus antenas como un radiogoniómetro

Creen, en efecto, los naturalistas que las antenas de los insectos les sirven no sólo para el tacto, sino para la audición y el olfato.

Algunas especies de mariposas perciben el olor de sus compañeras a varios kilómetros de distancia. Por el contrario, hay ciertos ortópteros, como el vulgar grillo campestre, cuyas antenas constituyen el aparato auditivo del animal. De igual modo, entre las libélulas, los referidos órganos están formados por una sola fibrilla rígida, que, a juzgar por su estructura, parece transmitir las vibraciones sonoras al cerebro del insecto.


Curioso empleo de la rana para registrar las señales radiotelegráficas

Ha de admitirse, pues, una comunicación acústica entre las pequeñas bestezuelas, pues si la Naturaleza nada crea que no tenga objeto, ¿por qué había de dotar a las cigarras y a otras *primas donnas* de los campos de admirables instrumentos con los que entonan durante días enteros sus cantos epitalámicos, si ninguno de sus congéneres pudiera oírlas?

Como quiera que sea, es lo cierto que cuando una mariposa de las llamadas pavones empieza a hacer la corte a la hembra, comienza por mover su antena a derecha e izquierda, de igual modo que el radiogoniómetro destinado a dar la dirección de un puesto emisor, y luego, sin vacilar un punto, se lanza en línea recta hacia la rama o flor lejana donde está su amada.

Buscando la explicación de estos hechos el entomólogo Horle hubo de suponer que esos lepidópteros emiten ondas radiotelegráficas. Y admitida la hipótesis, intentó comprobarla por dos procedimientos distintos. Consistió el primero en transformar en calor, valiéndose de una pantalla absorbente, las supuestas ondas emitidas por el insecto, procurando descubrirlas con ayuda de una pequeña pila termoeléctrica ultrasensible.


Gracias a sus antenas, ciertas mariposas perciben las ondas hertzianas

Pero como el experimento diese resultados negativos, míster Horle procedió de un modo aun más ingenioso, colocando algunas mariposas en la proximidad de un oscilador especial cuya frecuencia hacía variar a capricho. Seguidamente, y por los procedimientos habituales, amplificaba las pequeñísimas oscilaciones resultantes, llevándolas a dos generadores radiotelegráficos. El misterio continuó, sin embargo, impenetrable. El receptor telefónico vibraba a maravilla; pero ello era debido quizá a la influencia de los ruidos parásitos, a perturbaciones eléctricas locales. En resumen: si los insectos se comunican por la "T. S. H.", aun no se ha llogrado descubrir las ondas electromagnéticas, en extremo pequeñas, percibidas por sus delicadas antenas.

Y ¿no podrían ser también otros bichitos radiotelegrafistas a su modo? Digamos a este propósito que hace ya más de medio siglo un francés, monsieur Jules Alix, recurrió a los vulgares caracoles de tierra para transmitir instantáneamente el pensamiento humano. Según el testimonio de dos de sus amigos, ciertos moluscos poseen la propiedad de mantenerse bajo la recíproca influencia simpática, sea cualquiera la distancia que los separe. Pocas cosas más cómicas que el experimento llevado al cabo por estos dos amigos de M. Alix para dar con el por ellos llamado "flúido caracolístico". Hombres pacienzudos ambos, empezaron por construir una rueda de madera, movible sobre su eje y en torno de la cual iban suspendidos veinticinco casilleros correspondientes a las diversas letras del alfabeto. En cada una de esas casillas depositaron luego un caracol vivo, que empezaba a agitarse no bien se le acercaba uno de sus viscosos compañeros. Inútil nos parece añadir que el "telégrafo caracolístico" excitó la inventiva de los caricaturistas y humoristas de la época.

Más recientemente, otro francés, el doctor Lefeuvre, profesor de la Escuela de Medicina de Rennes, efectuó ensayos de más alto valor científico. Valiéndose de una rana logró recibir mensajes radiotelegráficos. Para ello unía los músculos del batracio a la palanca de un miógrafo, y de este modo llegaba a inscribir sobre un tambor embadurnado de negro de humo las indicaciones horarias transmitidas desde la torre de Eiffel.

Como ha podido advertirse por lo que antecede, nuestros "hermanos inferiores" toman parte en los progresos de la civilización humana, aunque es claro que del mismo modo que hablaba en prosa el famoso M. Jourdain, o sea sin saberlo.

En todo caso, los insectos "telesinhilistas", emisores de radiaciones invisibles, tienen, sin duda, su puesto señalado por la naturaleza entre el gimnoto, productor de electricidad, y el gusanillo de luz.

La Jerusalén actual y la Jerusalén celeste

— (Continuación de la pág. 6) —

error o con fe — corre hacia Él como los insectos atraídos por la luz.

OTROS se desilusionan en Jerusalén por un empeño de erudición y de análisis. Las dudas o disputas sobre la autenticidad de una u otra piedra los desconciertan. Pero, ¿qué importan las discusiones, si todo Jerusalén es auténtico? ¡Si este es el lugar, si esta es la tierra, si estos son los montes! Aparte de que tantos son los sitios y piedras indiscutibles...

Nos dicen que, por un particular fenómeno de aquel suelo, allí todo se hunde: que el mismo Santo Sepulcro se halla, en parte, hundido. Todo se hunde, pero todo reaparece. Tantas veces destruída y tantas reconstruída, Jerusalén guarda en su seno una como mina espiritual de testimonios y recuerdos... Los mismos hundimientos solieron ser providenciales para la conservación de los tesoros enterrados. Y aun cuando este entierro fué artificial y dictado por pérfidos designios, como en el caso del Calvario sepultado por Adriano, él ha contribuído a que con mayor brillo reapareciesen luego los vestigios de la Pasión.

Dicen que Palestina, perdida en absoluto su antigua extraordinaria fertilidad, cúbrese ahora, en primavera, de flores rojas como sangre. Nosotros, turistas de invierno, la hemos visto cubierta tan sólo de piedras de un color dorado de hoja seca; de piedras, flores desoladas de la historia. Continuamente se excava en Jerusalén y continuamente resurgen de su suelo la Jerusalén de Constantino, la de los Cruzados y la misma Jerusalén del Evangelio. Así pudimos comprobarlo en la Piscina Probática en que el paralítico fué milagrosamente curado por Jesús; allí, no sólo reaparecen los depósitos del agua, sino que se extraen, intactas, las altísimas columnas que rodeaban la piscina. Y lo vimos en el importante y reciente descubrimiento de los padres asuncionistas (resultado de pacientes excavaciones practicadas durante veinte años): la prisión donde Jesús pasó la noche del jueves al viernes de la Crucifixión, en los subterráneos de la casa de Caifás. Forman esta prisión unas grutas conservadas íntegras, con detalles de impresionante realidad. Las cruces características de los cruzados, grabadas en las paredes, prueban que el lugar fué por ellos venerado.

Esa especie de grutas abundan en Palestina — verdadera Tierra de Promisión que ofrecía al hombre habitaciones naturales, como un árbol sus frutos, — y ellas eran aprovechadas en la construcción de las viviendas. Esto ha permitido la conservación intacta de muchos lugares sagrados: la gruta de Belén — sobre cuya autenticidad no hay duda ninguna, — la de la Dormición. Aquella gruta de piedra simbólicamente blanca, casi tan blanca como el mármol, de la casa de Santa Ana, donde nació María (hoy Capilla de la Inmaculada). Y tantas otras. Estas grutas suelen servir de cripta a las iglesias que las guardan.

LA Jerusalén sepultada no podía ser nunca una ruina inerte, sino una raíz viva, de donde, si nuevos retoños brotan, llevan todos la misma vieja savia. La Jerusalén sepultada es como un árbol genealógico en cuyas ramas se leen los reinos que por ella pasaron. Y así algún día ha de brotar de la Jerusalén que vemos el reino de Dios, la ideal Jerusalén que el Apocalipsis nos anuncia.

No cabe, pues, en Jerusalén, desilusión para el viajero: ya se la visite como artista, como arqueólogo o como simple curioso. Especialmente si se va como cristiano. Entonces no sólo es posible la desilusión, sino que allí la realidad de una Jerusalén a la vez terrena y ultraterrena nos asalta. Y es inenarrable aquel encontrarse con la verdad de todo lo antes vislumbrado a

(Continúa en la pág. 28)

Diálogo de Viernes Santo

Por

JOSE MARTINEZ JEREZ



IERNES Santo. Por la plaza de Mayo acaba de pasar la procesión. Aun se están disolviendo en el gris plomizo de la tarde, el holocausto azul de los hisopos y el oro tenue de los cantos corales infantiles. A medida que pasó el cortejo se fué rompiendo la doble hilera espectadora como un collar que se desgrana. Cuentas de ese collar, don Patricio y don Próspero, se cortan juntos, desviándose hacia un café cercano. Sendas sillas los acogen, y entre ellas una mesita velador. Sobre la diminuta bahía de vidrio fondean a poco un enorme iceberg de crema y chocolate y el humeante piróscafo de una tacita de café.)

DON PATRICIO. — Noto, con igual sorpresa que agrado, mi descreído don Próspero, que el pueblo de Buenos Aires conserva su tradición religiosa a pesar del sensualismo de la época. Muy concurrida ha estado la procesión.

DON PRÓSPERO. — En efecto, mi caro don Patricio, yo también he observado que el número de paseantes y de curiosos no ha disminuído en esta gran ciudad del retraimiento y del trabajo.

DON PATRICIO. — Recojo la ironía. Como todas, complace, pero no convence. La ironía es una dama moderna cuya belleza maligna agrada momentáneamente a los sentidos, pero sin que interese al corazón. No es de desocupados o tilingos esa devota muchedumbre que asiste emocionada a un desfile cuya sencillez le priva de toda espectacularidad. Sobre ser a la intemperie, antiguo, monótono y sin boato, condiciones que no estimulan el instinto avizor de los humildes, tiene la contrariedad de que son los actuantes el acto mismo.

DON PRÓSPERO. — Eso es igual que en todo, don Patricio. Un contrato, por ejemplo, más que el instrumento públicq, lo constituyen la concordia y acuerdo de las voluntades que lo firman. Una función teatral radica en la labor de los cómicos y no en la luz de las candilejas o en el permiso de la Municipalidad.

DON PATRICIO. — No haga sofismas, amigo... Tal vez sea que no me he expresado con acierto. Quise decir que en estas procesiones carentes de todo decorado y aparato, en las que no hay objetos materiales de contemplación ni ritos suntuosos o herméticos de sugestividad, en una palabra, donde no hay nada extraordinario que ver ni oír, el acto lo hace la misma concurrencia, tanto los que componen la devota columna como los que hincan la rodilla al paso de los sagrados símbolos. Reconocerá usted que no tiene nada de divertido estar dos horas con el sombrero en la mano, de pie en medio de la calle ,sufriendo las molestias que apareja un compacto conglomerado humano.



"... Se le ha enfriado irremisiblemente el café..."

DON PRÓSPERO. — Vaya lo incómodo por lo gratuito, dirá el espectador.

DON PATRICIO. — No, amigo. Afortunadamente, en nuestro pueblo no se ha extinguido la llama de la fe. La caridad de las altas clases y la emotividad de las humildes, son signos eminentes de su espíritu cristiano...

DON PRÓSPERO. — Yo, ni quito ni pongo fe; pero creo que en esto de la religiosidad, menos que en todo, cabe la vaga y amena matemática estadística.

DON PATRICIO. — Rara paradoja.

DON PRÓSPERO. — No crea. La estadística es a la ciencia lo que la pirotecnia al fuego. Si ésta es ardor que ni alumbra ni calienta, aquélla es cálculo que ni demuestra ni prevé. Fuegos y cifras de artificio, en suma.

DON PATRICIO. — Sin estar de acuerdo, debo advertirle que yo no he citado para nada la estadística.

DON PRÓSPERO. — Tal vez, seguramente, puesto que usted lo dice, no ha hablado de estadísticas numéricas, pero se ha referido a la otra, que es peor: a la global, impresionista o de proporción, que viene a ser, por lo inútil y socorrida, algo así como el ácido bórico de la sociología.

DON PATRICIO. — Hay realidades tan notorias que están en la conciencia de todos.

DON PRÓSPERO. — Sí, de todos los que no tengan interés o simpatía por la realidad contraria. Recuerdo la frase evangélica de tener ojos y no ver.

DON PATRICIO. — Como quiera que sea, puede afirmarse que nuestro pueblo es creyente. Más aún, que es devoto. Pese a los excesos del snobismo, de la cultura

tóxica de ciertos escépticos cuyas lecturas no pasaron aún del siglo diez y ocho y en repudio de la bataclanería física y moral de ciertas gentes de fuera del teatro, hay muchos, muchísimos, que conservan intacta la fe cristiana. Y no digo la mayoría para que no me reproche usted nuevamente el abuso de las estadísticas de mogollón y a ojo de buen cubero, como decían nuestros abuelos.

DON PRÓSPERO. — Los míos, querido don Patricio, sólo hablaban el polaco y el genovés, equitativamente, y dudo mucho de que conocieran, ni siquiera entre comillas, esa expresiva frase de rancio gusto español.

DON PATRICIO. — Créame que no hubieran perdido nada con saberlo.

DON PRÓSPERO. — Yo no afirmo que ganaran mucho ignorándolo. Yo creo que todos los hombres, cada uno en el plano de sus actividades, saben más de lo que necesitan.

DON PATRICIO. — Lo que falta a la mayoría es un concepto esencial.

DON PRÓSPERO. — ¿Qué es?

DON PATRICIO.—Saber que no saben.

DON PRÓSPERO. — Precisamente, en eso estriba su suficiencia. Si cada ciudadano pudiera darse cuenta de todo lo que ignora, quedaría de hecho instaurada la república ideal.

DON PATRICIO. — Pues bien: en materia de fe ocurre lo contrario: la mayor parte cree que no cree, y vive en este engaño, engañando también a los demás. La aparente falange de los incrédulos está formada por los que ignoran ú olvidan su íntima fe.

DON PRÓSPERO. — Ahora es usted el que hace dialéctica. Claro está que sobre esa base no cabe discusión.

DON PATRICIO. — De acuerdo, completamente de acuerdo.

DON PRÓSPERO. — Y a todo esto, mi buen don Patricio, se le ha enfriado irremisiblemente el café.

DON PATRICIO. — Y a usted, mi admirable don Próspero, se le derritió irreparablemente el helado.

DON PRÓSPERO. — He aquí un signo de los tiempos y un sencillo emblema de la amistad. Hemos entrado a este café, sede transitoria de cualquiera, movidos por el común deseo de tomar algo. Usted, mi ilustre don Patricio, ha querido retemplar un poco sus viejas doctrinas con el clásico pocillo de café bien caliente y cargado. Yo he pretendido apagar un poco mis impulsos iconoclastas con este refrigerante refrigerio. No nos hemos convencido, pero logramos llegar a la zona neutral de los armisticios, sacrificando uno el calor de su café, y, el otro, la frialdad de su helado. Quedamos ambos, como ellos, a la temperatura ambiente, sin que ninguno perdiera su propia e íntima condición.

DON PATRICIO. — Es cierto, mi leal don Próspero. Ojalá fueran siempre así la tradición y el progreso en los hombres y en los pueblos.

DON PRÓSPERO. — Brindemos porque así sea, don Patricio.

DON PATRICIO.—Brindemos, don Próspero.

DON PRÓSPERO. — ¿Un whisky?

DON PATRICIO. — Yo prefiero una copita de caña.

DON PRÓSPERO. — Siempre el mismo, don Patricio.

DON PATRICIO. — Don Próspero, siempre los mismos.

La Jerusalén actual y la Jerusalén celeste

(Continuación de la pág. 26)

través de los libros y de nuestros ensueños. Es como un velo que se descorre, como un despertar, mas no para decir: "¡Todo era un sueño!", sino para gritar con el alma: "¡Todo era verdad!" Y esta verdad de ayer, confirmada por la verdad de hoy, es como un anticipado testimonio de la verdad futura. De modo que ante la Jerusalén real, ofrécese al alma la visión de la Jerusalén Celeste, de aquella por cuyas puertas no puede entrar la duda, porque, según la palabra de San Juan: "la claridad de Dios la tiene iluminada".

Consultorio de belleza femenina

Por la DOCTORA EQUIS

Márgara de Raho. — Sírvase revisar su colección de EL HOGAR y encontrará la fórmula que necesita.

Angela. — Ya se han dado en esta sección preparaciones a base de pepino para el cutis. Revise su colección de EL HOGAR.

Muy agradecida (San Pedro). — 1º Para impedir la caída del cabello conviene locionar el cuero cabelludo con:

Glicerina	60	gramos
Bórax	10	„
Agua de azahar..	10	„

y someterlo a fricciones suaves con franelas calientes, manteniéndolo en gran estado de limpieza.

2º Tome de cuando en cuando un baño facial de vapor y use como loción diaria para el rostro una mezcla de glicerina, jugo de limón y agua de rosas en partes iguales.

Porteñita (Rosario). — Contra la grasitud del cutis dan buen resultado los lavados con infusión de saúco, enjuagando luego la cara con agua bien fría y una gota de amoníaco.

Empleada (Buenos Aires). — 1º Lea la respuesta que doy a "Porteñita", en esta misma sección, y agregue — en su caso particular — un masaje nocturno con un buen cold-cream.

Rica. — Extraiga los puntos negros después de darse un baño facial y pase sobre ellos un algodoncito con alcohol alcanforado.

Para cerrar los poros use una buena loción astringente.

Betty (Capital). — Las cartas que recibo se contestan por riguroso turno de llegada. Muchas esperaban en mi mesa de trabajo, y era justo empezar por ellas. ¿No lo cree usted así, Betty gentil?

Se obtiene un buen koll para embellecer los ojos mezclando: Quince gramos de carbón de álamo, pulverizado; seis gramos de cera blanca, y quince gramos de aceite fino de olivas. Se funden al bañomaría el aceite y la cera, incorporando luego el carbón.

Maly (Capital). — Pase limón a los codos y luego haga un masaje circular en ellos con esta crema:

Lanolina	30	gramos.
Aceite de almendras dulces	15	„
Agua oxigenada.....	15	„
Bórax	1	„
Tintura de benjuí.	5	„

Siga este tratamiento con paciencia y se sorprenderá del resultado.

María Pérez (Mendoza). — No hago consultas por correspóndencia, razón por la cual incluyo aquí la respuesta a su carta.

Logrará combatir esas manchas con aplicaciones diarias de este preparado:

Agua de rosas.....	150	gramos
Tintura de benjuí..	15	„
Glicerina pura	20	„
Bórax	10	„

Alice (Buenos Aires). — Friccione el cuero cabelludo con una mezcla, por partes iguales de aceite de ricino y ron, lavándolo dos veces por semana con quillay.

E. H. R. (Flores). — Para blanquear el cuello y los brazos lociónelos con:

Leche de almendras amargas	100	gramos
Alcoholato de rosas	200	„
Fuerte infusión de romero	200	„
Tintura de mirra..	10	„

Esmeralda Haydee. — Use una buena cera depilatoria y practique lociones de agua oxigenada sobre el sitio afectado, para debilitar las raíces.

Julia Biedma (La Plata). — 1º Sírvase leer la respuesta dada a E. H. R., en esta misma sección.

2º La piedra pómez contribuye a un aumento de esas callosidades. Trate de ablandarlas con zumo de limón y ráspelas suavemente con el borde de un trozo de vidrio hasta hacerlas desaparecer.

Elvira Forti (Hurlingham). — Nada mejor que el agua oxigenada para aclarar el vello, sin perjuicio alguno para el cutis. Páselo con un algodoncito.

María (Cosquín). — Entre los avisos de EL HOGAR hallará el producto que su cabello necesita. Si prefiere usted una tintura, consúlteme de nuevo, y le indicaré fórmula, pero no soy partidaria sino de aquellas preparaciones que pueden ser aplicadas por un profesional. De otro modo se corre el riesgo de perder el cabello y adquirir enfermedades cutáneas.

Marplatense afligida. — Lave la cabeza dos veces por semana con agua tibia y un poco de bicarbonato. Séquela con paños calientes y friccione el cuero cabelludo para tonificar las raíces con una mezcla por partes iguales de aceite de ricino y ron.

Poca Esperanza. — La transpiración excesiva obedece a constitución especial de la piel. Haga frecuentes abluciones frías con unas gotas de zumo de limón y no use cremas durante el verano, pues contribuyen a aumentarla.

Nancy de Lenclos (Buenos Aires) — Para remediar esa grasitud, le conviene tomar quincenalmente un baño facial de vapor o aplicar esos fomentos que usted dice emplear, siempre que inmediatamente sumerja el rostro en agua helada. Ponga una gotitas de benjuí en el agua de sus abluciones y use un vinagre aromático como loción para el rostro.



EL AJEDREZ Y SU ANTIGÜEDAD

AUNQUE no data del tiempo que se creía hace cincuenta años, cuando se pensaba que su descendencia procedía de un juego practicado en la India cinco mil años atrás, existía ya en Oriente, en el siglo VII, y en aquel entonces había trascendido de la India a Persia. Difundió más aún el conocimiento de este juego, la conquista de este último país por los mahometanos, extendiéndose así por todo el Islam y llevándolo a Occidente por España. De este país, el "juego de los reyes", en el que sus colores blancos y negros simbolizaban las antiguas guerras entre cruzados y sarracenos, atravesó los límites de Francia, Alemania, Inglaterra y Escandinavia hasta llegar a la misma Islandia. Fué el juego preferido de los nobles castellanos en los siglos X y XI, y en la literatura de aquellos tiempos se encuentran de ellos muchos párrafos que lo confirman.

De tanta importancia fué este juego, que el conocimiento del mismo formaba parte de la educación de los caballeros andantes para que se les distinguiera de la mente inculta de mercaderes y gente plebeya; fué el sello de distinción de la verdadera nobleza, ocupándose muchos manuales caballerescos de la época, de este interesante juego.

Actualidades gráficas

Nuestro gran mundo



Señora Inés López Puelma de Molinari

Informaciones de la semana

DEMOSTRACIÓN



El director gerente de las grandes casas comerciales de esta plaza Harrods y Gath y Chaves, señor Pablo E. Foucher, ha sido objeto, con motivo de su próximo viaje a Europa, de una cariñosa demostración, que se llevó a efecto en el restaurante Harrods el sábado último. En estas fotografías se reproduce una vista general del banquete y la cabecera de la mesa, en la que acompañan al obsequiado algunos jefes de dichos establecimientos

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE BEETHOVEN



FOTO CABADA

En homenaje a la memoria del inmortal maestro alemán, y en ocasión del centenario de su muerte, la Asociación Filarmónica Argentina organizó un concierto, que se vió muy concurrido por un selecto auditorio, como se ve en esta fotografía. La de abajo presenta al maestro señor León Fontova, que dirigió el acto, acompañado de los profesores que participaron en el festival

CAPITAL



Escena final de la pieza "La Proa", del señor Vicente Martínez Cuitiño, estrenada la semana pasada por la compañía del teatro Marconi

ROSARIO



Enlace Mendieta-Eguren

FOTO MARTIN


"La fete", por Olga Sacharoff

FOTO MARC VAUX

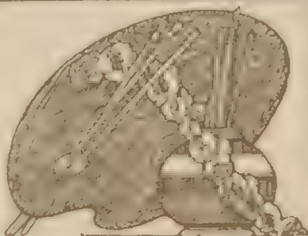
El Salón de Otoño en París

Por LUIS SASLAVSKY


ARÍS no ha necesitado del Salón de Otoño para percatarse de que el otoño ha arribado. El frío, la lluvia, la tristeza y las hojas secas imposibilitan casi la llegada al Grand Palais. A la entrada se tropieza con el último resto de olor a bencina y aceite que ha dejado el Salón del Automóvil. Olor que armoniza perfectamente con los cuadros expuestos. Si hace unos años se quemaba incienso en las exposiciones, hoy es de rigor la nafta... y hasta los martillazos, porque, si bien ya instalado el salón, aún no se han concluído de instalar una serie de muebles modernos, una sección de arte decorativo. Restorantes y confiterías para los turistas.


FOTO GRANOFF

"Paisaje", por Félix Denayer



Dos mil cuadros — y tres mil rechazados, tres mil voces que protestan y pronuncian diez veces en el día la palabra injusticia, — dos mil cuadros, entre los que circulan obreros con escaleras dobles, simples, con caños y estufas. Todo un desorden sin encantos, que hace pensar en nuestro Salón del Retiro, tan abrigado, tan respetable... (Mi casa es pequeña y los cuadros son malos, pero al menos está bien organizada.)

Una extraña e inquietante uniformidad domina en todo el salón. Ni una tela que desentone; todas parecen tenerse de las manos. Las pinturas dadaístas o expresionistas desaparecen, y las escasas que quedan sólo se cosechan esas sonrisas que tanto sufrimiento provocan en las bailarinas envejecidas o pasadas de moda. Inhallable algún impresionista — ¡y pensar que en Buenos Aires recién estamos ahí!, — y del todo ridículo el cubismo de la botella con pegotes de papel de diario.

Pero cada escuela ha dejado su huella, y en cada cuadro es fácil reconocerla. La sana influencia del cubismo, sobre todo, es hoy en día innegable.

La actual pintura es clara, cruda y brutal. El color se aplica puro y a manos llenas. El arcaísmo y el primitivismo (dos nuevos ismos, naturalmente) son una fuente fresca en la que todos se desalteran. En especial el sexo femenino, que cada año está representado por un núcleo más numeroso y que alcanza ya una proporción alarmante.

En general, se advierte un aumento de sinceridad, de esa misma sinceridad que — repitiendo a René Jean, de "Comœdia — hace subir las telas del aduanero Rousseau a precios destemplados. El artista se ha instalado ante el modelo, con la resolución de copiarlo tal cual lo ve, sin detenerse en pequeños detalles, a grandes líneas, grandes luces, grandes sombras, y con los medios positivamente más simples. De ahí el claro aspecto primitivo y simplista.

Pero dos grandes males se posesionan del Salón: el amaneramiento y la falta de conclusión. El amaneramiento es un medio de destacarse y de mostrar la buscada nota personal. Entre tanta pintura, la lucha por sobresalir se vuelve cada vez más áspera; la manera es el medio más a mano, pero por lo mismo el más desprovisto de valor. Cada artista se fabrica una, cuanto más curiosa mejor; pero siempre falsa, al fin, y siempre en detrimento de la belleza y de la perfección.


FOTO MARC VAUX

"Retrato de la señora R.", por Eric Detthow

En cuanto a la falta de conclusión, esa es general y aplastante. Ni el Salón ni los cuadros están acabados. El Palais ha sido inaugurado con treinta días de anticipación, a cada cuadro le faltan treinta días de trabajo. Quizá sea una característica del siglo: la inconclusión.

Es arduo y fatigoso pasar al detalle.

(Continúa en la pág. 50?)

Antología poética: Motivos de la Pasión

A JESÚS, EL MUERTO

¿Y eres Tú el que, velando
la excelsa majestad, en nube ardiente
fulminaste en Sinaí? ¿Y el impío bando.
que eleva contra ti la osada frente,
es el que oyó, medroso,
de tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas, ora abandonado,
¡ay!, pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas, gimiendo, el rostro lastimado;
cubre tus bellos ojos mortal velo
y, su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.
Así el amor lo ordena;
amor, más poderoso que la muerte;
por él, de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes; y, león fuerte,
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.
¡Oh víctima preciosa,
ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y, hostia del amor tierno,
moriste en los decretos del Eterno.
¡Ay, quién podrá mirarte,
¡oh paz!, ¡oh gloria!, del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte,
al golpe acerbo del dolor profundo,
viendo que, en la delicia
del gran Jehová, descarga tu justicia?
¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío,
a tu frente divina,
ciñó corona de punzante espina?
....
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente,
y su triste gemido
oye el dios de las iras complacido.
Ven, ángel de la muerte;
esgrime, esgrime la fulmínea espada;
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado,
do vuela, en Padre tierno, al indignado.
Rasga tu seno, ¡oh tierra!
Rompe, ¡oh templo!, tu velo. Moribundo
yace el Creador; mas la maldad aterra,
y un grito de furor lanza el profundo:
¡Muere!... ¡Gemid, humanos!
¡Todos en Él pusisteis vuestras manos!

ALBERTO LISTA
(Español)

EN EL GÓLGOTA

Cruza el viento en lúgubre gemido
desde el profundo valle a la alta sierra;
obscurécese el sol, tiembla la tierra,
rompe el trueno en horrísono estallido.

Buscan las aves con pavor el nido,
y cuando Cristo sus pupilas cierra,
la multitud cruel calla y se aterra
ante el enorme crimen cometido.

El sol vuelve a lucir; la plebe inculta,
recobrando su furia, nuevamente,
al dulce mártir sin piedad insulta...

Vuelan sobre la cruz las golondrinas,
y al Hombre Dios le arrancan de la frente
con amor y respeto las espinas.

CELSO LUCIO
(Español)

A VOS CORRIENDO VOY, BRAZOS SAGRADOS...

A vos corriendo voy, brazos sagrados,
en la Cruz sacrosanta descubiertos,
que para recibirme estáis abiertos
y por no castigarme estáis clavados.



A vos, ojos divinos, eclipsados,
de tanta sangre y lágrimas cubiertos,
que para perdonarme estáis despiertos
y por no confundirme estáis cerrados.

A vos, clavados pies para no huirme;
a vos, cabeza baja, por llamarme;
a vos, sangre vertida para ungirme;

A vos, costado abierto, quiero unirme;
a vos, clavos preciosos, quiero atarme
con ligadura dulce, estable y firme.

JUAN MANUEL GARCÍA DE TEJADA
(Colombiano)

NO ME MUEVE, MI DIOS, PARA QUERERTE...

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido.
Ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte;

Muévenme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

(Este bellísimo soneto, cuyo verdadero origen no está esclarecido, creyéndolo muchos de Santa Teresa de Jesús y algunos de San Juan de la Cruz, fué atribuído también a San Francisco Javier, por haber sido encontrado, después de su muerte, entre los escritos autógrafos del santo español.)

EL SANTO SEPULCRO

(PROCESIÓN)

Bamboleándose cándido y suave
va el Señor con sin par gentileza,
como encima del ala de un ave;
y la chusma, fanática y grave,
en coreada oración zumba y reza.

A una cruz que enlutada camina,
en altar que entre inciensos se esfuma
y que cruje y retiembla y se empina,
el ya muerto Señor se avecina,
sobre un lecho cuajado de espuma.

Se deslizan dos largas hileras;
y rodeando al Señor como adorno
de rojizas y extrañas lumbreras,
van del lecho clavadas en torno
temblorosas las pálidas ceras.

Un runrún infinito, que atruena
los oídos, palpita y estalla
en la gran procesión nazarena:
allá lejos, al fin..., triste suena
destemplado clarín de batalla.

Larga tropa de fríos soldados
acompaña los santos dolores:
mal seguros y mal enfilados,
los clarines al par destemplados,
destemplados al par los tambores.

Casi en medio, Jesús, ya rendido
por el peso de un árbol que asombra,
pues no tiene una hoja ni un nido,
va de túnica obscura vestido
como pálida y trémula sombra.

El buen cura, entre cien feligreses,
con un místico orgullo se entona,
para alzar sus católicas preces;
un rayito de luz cae a veces
en la tersa y rapada corona...

Todos llevan los ojos clavados
en el Dios de los grandes martirios,
por la fe de ese dios arrastrados...
Y jazmines y rosas y lirios
a sus pies van cayendo mezclados...

¡Sopla el viento, y apagan los cirios!

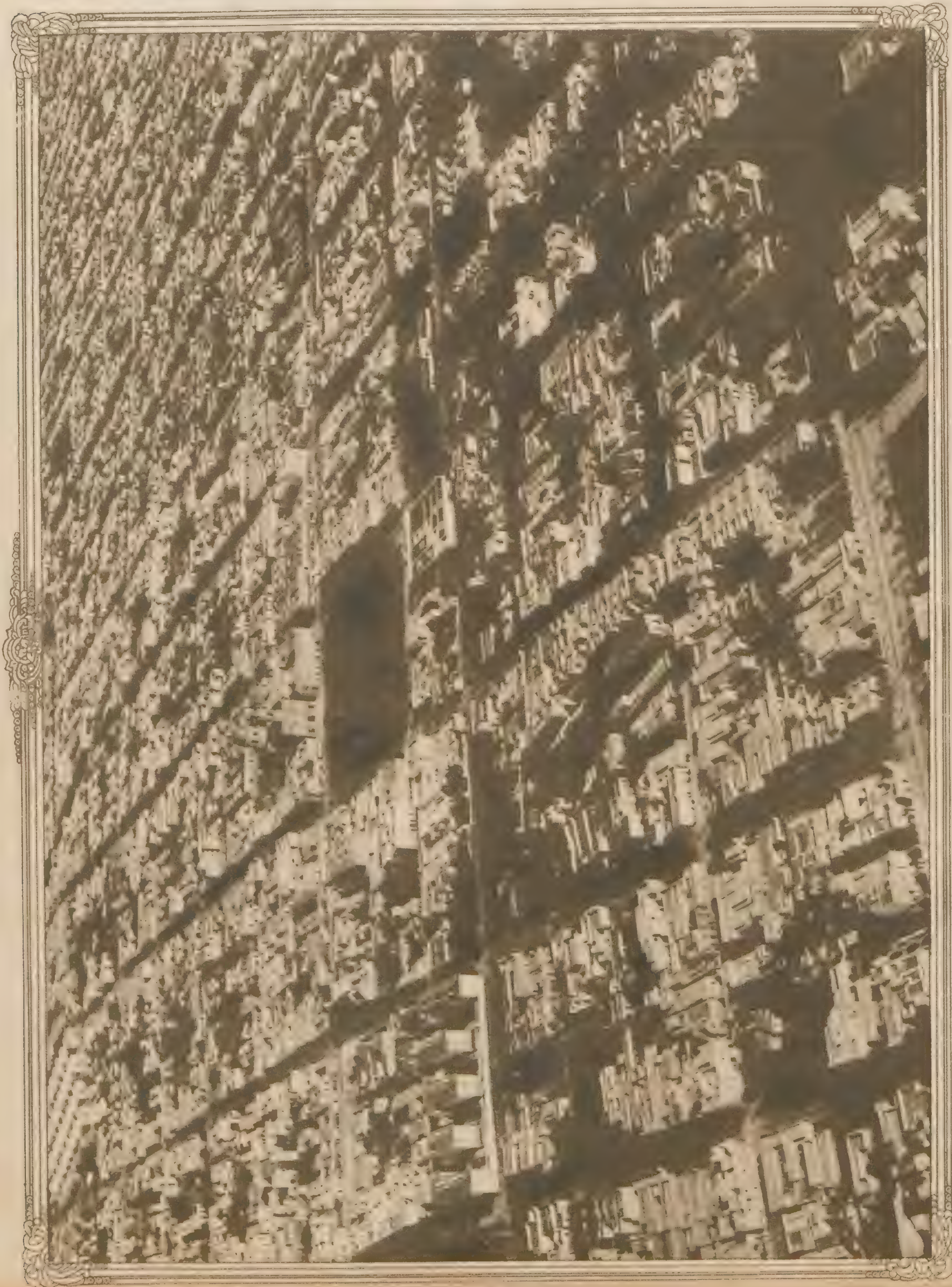
JOSÉ S. CHOCANO
(Peruano)

LAS CINCO LLAGAS

Ningún ruido, si no es el roce de las hojas
de vitela bajo los dedos del doctor Huylten,
que no separaba los ojos de su Biblia,
sembrada de góticas miniaturas, sino
para admirar el oro y la púrpura de dos peces
cautivos en los húmedos flancos de un bocal.
Los batientes de la puerta se abrieron; era
un vendedor florista que, los brazos cargados
con numerosas macetas de tulipanes,
se excusó por interrumpir la lectura
de un tan sabio personaje. "Maestro — dijo, —
he aquí el tesoro de los tesoros, la maravilla
de las maravillas, una cebolla como
solamente florece una por siglo en
el serrallo del emperador de Constantinopla."
"¡Un tulipán! — exclamó el viejo, irritado. —
¡Un tulipán! ¡Ese símbolo del orgullo
y de la lujuria que ha engendrado
en la desventurada ciudad de Witemberg
la fatal herejía de Lutero y de Melanchton!"
Maese Huylten cerró el broche de su Biblia,
guardó los anteojos en su estuche, y
descorrió la cortina de la ventana
que dejó ver, al sol, una flor
de la pasión con su corona de espinas,
su esponja, su látigo, sus clavos
y las cinco llagas de Nuestro Señor...

A. BERTRAND
(Francés)

Buenos Aires a vista de pájaro



FOFOGRAFÍA DE ENRIQUE BROSZEIT

El barrio de Flores, según puede advertirse por esta magnífica fotografía aérea, es uno de los más densamente poblados de la ciudad. En el centro aparece **la plaza principal, y a su frente la vieja iglesia parroquial, situada sobre la calle Rivadavia**

Actualidades diversas

DEMOSTRACION A UN DIPLOMATICO



El ministro de Méjico, doctor Carlos Lerdo de Tejada, con el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, demás ministros del Ejecutivo y miembros del cuerpo diplomático extranjero, después del almuerzo que le fué ofrecido en nuestra cancillería al representante de Méjico, con motivo de ausentarse del país

AVELLANEDA (Buenos Aires)



El gobernador de la provincia, doctor Vergara, con sus ministros, autoridades locales y representantes de empresas industriales, efectuando una visita, el día 1º del corriente, a las instalaciones del Mercado General de Haciendas, que se inaugurará en breve

ROSARIO



Recibimiento efectuado en la estación Rosario Norte a la delegación brasileña de abogados que recientemente llegó a aquella localidad



CÓRDOBA. — *Delegados provinciales del partido Conservador, que realizaron recientemente una conferencia política en el comité "Rafael Núñez"*

SANTA ROSA (Pampa)



La señora Sara Sagasta de Sagarna, acompañada de un núcleo de damas de la localidad, en la residencia del ingeniero Luis Eraña, donde la esposa del ministro de Instrucción Pública fué objeto de una demostración



Un grupo de damas, durante la fiesta social realizada en honor del ministro Sagarna y de su esposa, en ocasión de su visita a la localidad

Las actrices bonitas





Betty Compston, que está haciendo furor en París como intérprete de la canción francesa



FOTO PARAMOUNT

Alice Joyce, una de las figuras más interesantes de la escena muda



FOTO D. CARRASCO

Berta Valck, intérprete chilena de films

De todas partes

LONDRES



FOTO SPORT GENERAL

Un gran acontecimiento social constituyó en Londres el enlace de lord Inverclyde con miss Olive Sainsburry, realizado el 23 de noviembre en Santa Margarita. A la salida de la ceremonia, el cortejo fué escoltado por la banda de la Guardia de Gales.

PARÍS



FOTO CONSORCIO

Una de las fiestas anuales de mayor popularidad en la capital de Francia, consiste en la elección de la Reina de París, en la que obtuvo este año la palma del triunfo mademoiselle Mary Simona, hermosa joven que aparece en esta fotografía rodeada de sus damas de honor

TUCUMAN



FOTO MARTIN

Enlace Colombres-Areuri



ROSARIO



FOTO MARTIN

Tercer cuadro de la obra "Santa Rosa", con que realizó su debut la compañía Simari, en el teatro Olimpo

TUCUMAN



FOTO MARTIN

Enlace Rivero-Iriarte

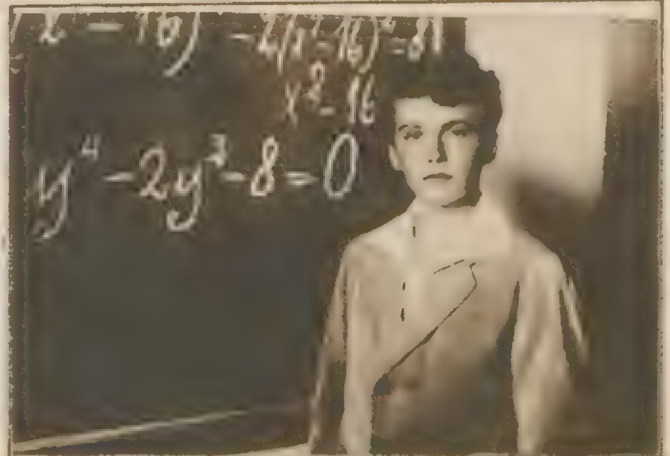
Curiosidades del extranjero



Alumnos de ambos sexos del colegio de Ciencias Domésticas, de Glasgow, reproduciendo, en un festival, una escena de cabaret. Entre los que participaron de la divertida representación, figuraban miss Melvin, sir Andrew Hislop Pettigrew, lady Andrew Hislop Pettigrew de Kelvinside



En el festival que los alumnos de la Universidad de Reading efectuaron el 7 de diciembre, a beneficio del Royal Bershire Hospital, presentaron esta "Jazz Band", en que aparece la farándula estudiantil ejecutando una pieza sobre el Puente Nuevo de Reading



El ex príncipe Otto, heredero de la corona de Austria, en su modesto gabinete de estudio. Es el hijo mayor de la ex emperatriz Zita, que sufre, con sus ocho hijos, el exilio, en el pequeño balneario de Lequeito, España



La original bailarina Gladys Milker y su compañero Baty, que constituyen una interesante pareja de baile que está actualmente actuando con éxito en los teatros parisienses



La apertura del parlamento inglés, celebrada el 8 de febrero, con asistencia de su Majestad el rey Jorge, la reina María y el príncipe de Gales, dió lugar a una ceremonia pública de gran esplendor callejero. La fotografía nos presenta a un curioso y diminuto espectador del gran cortejo

En el mundo del cine



Barry Norton, actor cinematográfico argentino y Dolores del Río, actriz mejicana, que actúan como protagonistas en la película "El Precio de la Gloria", presentada por William Fox, y que ha sido estrenada con gran éxito recientemente en esta capital



W. C. Field, uno de los cómicos más populares en la actualidad, aparece en esta fotografía, en una escena del film Paramount "Así es tu Viejo", del cual es el principal intérprete, y que se estrenará el 20 de abril en nuestros salones



En los estudios de la Metro Goldwin-Mayer. De izquierda a derecha: Paul Bern, Louis S. Mayer, Alice Pringle, H. L. Menklin, Norma Shearer, Irving Thalberg y Harry Raph



Charlie Murray y George Sidney en los papeles cómicos de Patricio y Adolfo, de la película "La Gran Berta", de Ralph Stitt, filmada por la First National Picture



El actor cinematográfico Kenneth Harlan, en una escena dramática de una de sus últimas interpretaciones

Del tiempo viejo

Un Cristo de Pigalle en la Argentina

Por VIATOR



VISITANDO, hace más de veinte años, la Iglesia Matriz, de Santa Fe, encontré en un rincón obscuro de la sacristía un crucifijo de mármol al tercio del tamaño natural, cuya admirable ejecución contrastaba con la de las demás imágenes del templo, bastante pobre.

A las preguntas que hice, con aire indiferente, sobre la procedencia de aquella obra de arte ignorada, sólo supieron contestarme que, según decían, era un regalo hecho, unos setenta años atrás, por el brigadier general don Estanislao López.

Vista a la luz, confirmé mi primera impresión. Se trataba de una delicadísima escultura de mármol blanco, adosada a una placa de granito negro y encuadrada en un marco de bronce finamente cincelado. En el soporte de los pies del Redentor había una firma bastante oculta:

Pigalle — Fecit 1753

La obra estaba en un estado deplorable de suciedad, pero sin ningún desperfecto, gracias, quizás, a la falta de salientes frágiles.

Reservé mis observaciones y fuí a visitar a mi amigo el historiador Ramón J. Lassaga, que era un archivo viviente de tradiciones locales, y me refirió lo que sabía del Cristo en cuestión, completando yo sus informaciones con otros datos que obtuve del canónigo Viñas, también dedicado a esos estudios.

A mediados del gobierno de Rosas, don Jayme Llavallol y del Río, bisabuelo del actual juez de instrucción del mismo nombre, compró en París, a un anticuario, por una suma relativamente alta, un crucifijo de Pigalle, cuya autenticidad garantizó el vendedor.

Al llegar la obra a Buenos Aires, por razones que no he podido poner en claro, Rosas la hizo confiscar, y, después de tenerla algún tiempo en su residencia de Palermo, un buen día se la envió de regalo a su compadre y amigo el general don Estanislao López, gobernador de Santa Fe.

Éste, no encontrando que aquel presente fuese digno del donante ni del donatario, lo regaló a su vez al cura de la Iglesia Matriz, quien, sin darle mayor importancia, dejólo relegado en un rincón de la sacristía, salvándose por milagro de los periódicos plumerazos del sacristán, que habían dejado en los relieves no la pátina, sino la mugre del tiempo.

Con toda la diplomacia posible, traté de adquirir la obra, sea comprándola, sea trocándola por una copia de tamaño natural del Cristo de Monteverde colocado en la capilla de la Recoleta, obra algo realista pero de un valor artístico positivo, que, según me dijeron, el buen cura deseaba conseguir para reemplazar un *Ecce Homo* de madera pintarrajeada, motivo de risa e irreverencia para los fieles.

Las gestiones iban bien encaminadas para mí, cuando, ya aceptada la permuta, alguien llevó el cuento al obispo Boneo, que intervino para anular lo convenido.

Como compensación, me permitieron sacar algunas fotografías de la obra y un molde a *tasselli* de yeso, para reproducirla en bronce a cera perdida, copia única que todavía conservo.

Tengo entendido que el obrero especialista que llevé de Buenos Aires, al hacer el trabajo, perjudicó algo un brazo del original, pero no he podido comprobarlo.

Poco después fuí a Europa, y, estando en París, encargué a un experto reputado que, si fuera posible con las fotografías que le di, hiciera un estudio sobre la autenticidad de la obra.

He aquí lo que, en resumen, me contestó en un informe que siento haber traspapelado:

"La obra consultada tiene caracteres de completa autenticidad. Juan Bautista Pigalle, célebre escultor del siglo XVIII (1714-1785), expuso en el salón de 1745 una *terzina* en plomo representando a Cristo en la cruz, ejecutado para el Convento de Madeleine de Troisnel, que fué muy admirado.

"Ocho años después, en 1753, el artista hizo una réplica en mármol blanco sobre una placa de granito negro encuadrada en un marco de bronce de Corinto, cincelado, obra que también fué adquirida para el mismo convento. La cruz de esta réplica tenía, como la de plomo, setenta y tres por cuarenta y tres centímetros.

"Era una costumbre del artista hacer estas réplicas con materias nobles, cuando una obra llegaba a satisfacerle, como ocurrió, entre otras, con su maravilloso *Mercurio anudándose los talares*, del cual existen en el Museo del Louvre un ejemplar de plomo y otro de mármol, y ejecutó en la misma forma, duplicada, un busto del mariscal de Sajonia y algunas figuras de la tumba del mismo mariscal para la iglesia de Santo Tomás, en Estrasburgo.

"El crucifijo de mármol aludido permaneció, según la tradición, en el convento de Troisnel hasta la Revolución Francesa, época en que desapareció misteriosamente.

"Se hicieron diligencias inútiles y se ofreció una gruesa cantidad para recuperarlo."

Ambos crucifijos, el de las fotografías que le di y el de plomo que aún se conserva en el convento de Troisnel, coinciden en todos sus detalles y tamaños.

A su juicio, la obra consultada era auténtica y de gran valor artístico, confirmándolo en esta opinión el cincelado del marco, digno de la obra encuadrada.

El chic femenino



FOTO H. M. TALMA

Vestido tailleur, de kasha natural, con jaquette de piel marrón y blanca de vacuno nonato, que constituye una de las más grandes novedades de la moda

FOTO HENRI MANUEL

Hermosa y rica toilette de novia, modelo de la casa Boue Soeurs, de París

Las colecciones de telas se caracterizan por su atrayente profusión y encantadora variedad

Por BIJOU



EN vísperas de cada nueva estación el ánimo del observador queda realmente maravillado ante la profusión de telas que sin cesar se renuevan, cual si obedeciesen a los dictados de una magia encantadora; queda maravillado a la vez que sorprendido ante tanta diversidad que pone de manifiesto el buen gusto de los creadores y la habilidad de los artistas. Y con decir que las colecciones de telas para la temporada que ya tan próxima se halla causan la misma impresión, queda hecho su más elocuente elogio preliminar. Al lado de los tejidos ya aceptados y consagrados por el favor femenino, la nueva moda coloca infinitas y bellísimas novedades a las cuales, sin el menor riesgo, puede predecirse el éxito más lisonjero. Pero apartémonos de las generalidades y examinemos con alguna detención cada una de las telas que las elegancias de otoño nos brindan.

Comencemos, lógico es hacerlo así, por las telas que podríamos llamar clásicas. Entre éstas sobresalen los kashas y sus derivados, que facilitan la expresión de múltiples fantasías y de otras tantas originalidades. En este orden, y haciendo justicia al mérito, apresurémonos a destacar la deliciosa serie de kashas, mouslikasha, tuslikasha y la de los kashas metalizados. Triunfarán asimismo los kashas impresos, a veces con motivos de palmeras, a veces con dibujos muy modernistas, pero tratados con sumo tacto, y otras con flores. Estas telas multicolores se emplearán preferentemente para la interpretación de los coquetos chalecos, tan confortables como elegantes, cuya boga se acentúa a medida que el otoño se aproxima. Necesariamente, ha de señalarse también el kasha de trama realmente inverosímil, el cibelina kasha y el drap amazona, especialmente indicado para los tapados.

Entre los tejidos consagrados para los tapados a usarse en días no excesivamente destemplados se hace notar el marokellaine, que es un género crêpe marocain de lana en tonos múltiples y delicados. La drapella y la crepella son, por su parte, muy recomendadas para la interpretación de los tailleurs.

Ya que hablamos de las lanillas, saludemos con alegría el advenimiento de las recién llegadas cuya importancia no tardará en afirmarse brillantemente. Ellas, por lo general, derivan de la crepella. En este orden hemos visto un hermoso tejido reforzado, ideal para el invierno, cerca de otro, que es una crepella mezclada con seda, de bellísimos efectos de granité. Ambas telas tienen un puesto primordial en las colecciones de trajes otoñales.

Para la realización de los tapados de abrigo, existe esta vez una gran variedad de lanas. Una, presenta encantadores relieves; otra, en cuya trama alternan hilos de seda, está predestinada a un éxito indiscutible. Otra tela muy aceptada es el mosaic, de una encantadora souplesse. Los cheviots y los terciopelos de lana son, asimismo, interesantísimos.

Al lado de las colecciones de lanillas, cuya riqueza y variedad es imposible reflejar, las colecciones de sedas se presentan con todos los prestigios de sus encantos seductores. Las sedas como el satin laqué, la faya eureka y la faya cadet, lo mismo que el chin-chin, prosiguen su triunfal carrera. Los deliciosos taffetas Iseul, al igual que la diversidad de crêpes, tampoco ven reducidos los favores que, con cariño, les dispensan las elegantes.

Apartándonos un poco de las telas, para hacer una ligera referencia al color, preciso es consignar que el triunfo del negro se afirma cada día más. Son muy elegantes y distinguidos, en efecto, los modelos interpretados en crespón de China negro, guarnecidos de rosa y adornados con bordados en oro o en plata.

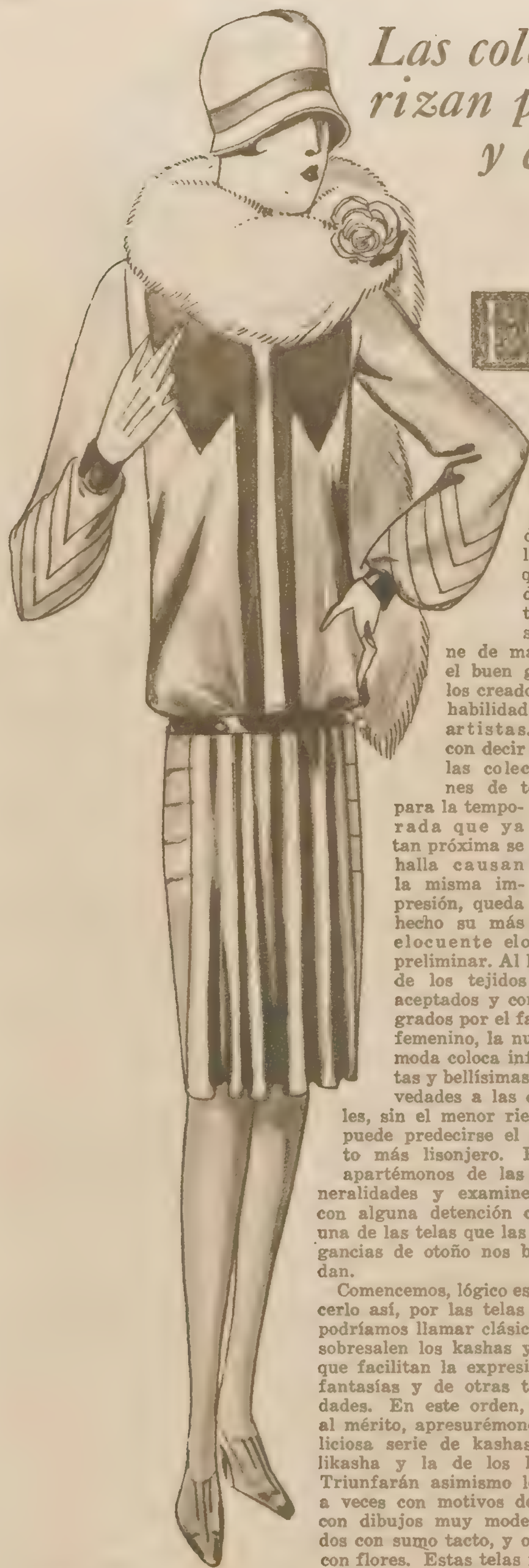
Contra lo que se creía, la moda de otoño no ha modificado la silueta.

La línea continúa siendo recta, presentando algunas veces efectos de bolero. La alta costura emplea muy a menudo las oposiciones de tejidos mates y brillantes, característica esa que sintetiza una de las más felices innovaciones para la próxima temporada.

Originalidad y personalidad son las cualidades salientes que distinguen a las nuevas colecciones.

Verdad es que en el abigarrado y pintoresco mundo de la moda aun hay varios problemitas no definitivamente resueltos. Pero esos problemitas tienen el mérito de aumentar la vanidad.

De ahí que no sea aventurado suponer que las elegantes no se apresurarán a pronunciar su palabra definitiva...



Vestido tout-aller en hindikasha, falda a tablones, corsage con incrustaciones de la misma tela en color más obscuro



Original modelo de tapado, tres cuartos, interpretado en piel de serpiente karung forrado de kasha beige



Modelo muy chic, realizado en charmelaine color bordeaux. Se distingue por su gracioso moño

Del interior y del exterior

DE LA VIDA RELIGIOSA, EN ALTA GRACIA



El gobernador doctor Cárcano; los doctores Figueroa Alcorta y Cafferata, y otros, con los reverendos padres que efectuaron la bendición de la capilla de Nuestra Señora de Lourdes; al regresar de la ceremonia religiosa



La capilla, obra del arquitecto señor Jorge Bunge, que fué bendecida solemnemente en Alta Gracia, el 25 del mes pasado. Abajo, a la derecha, se ve la gruta, que existe y es venerada desde hace diez años

CAPITAL



El presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Enrique M. Mosca, con algunos altos empleados del Consejo y personal docente, reunidos en el local de la nueva escuela situada en la calle Almafuerte, con motivo de su inauguración, que se efectuó el 1º del corriente

BARCELONA



El aviador español comandante Franco, con su esposa, el capitán Ruiz de Alda, el mecánico Rada y su esposa, el comandante del transatlántico "Giulio Cesare", a bordo del mismo, en el puerto de Barcelona, en ocasión de ausentarse para Génova

Cómo se tienden los cables submarinos

A idea de la comunicación telegráfica submarina se debe a Carlos Wheastone, que, en 1840, pensó establecer entre Francia e Inglaterra un alambre aislado con gutapercha, substancia en aquella época poco conocida. El americano Morse pensó, dos años más tarde, unir por medio de un cable a Europa y América, lo que no pudo realizarse. En 1851 se tendió un cable entre Dóver y Calais; pero el primer cable establecido entre Irlanda y Terranova no se tendió hasta siete años después, y éste no funcionó sino un mes.

A pesar de este fracaso, se fundó una sociedad y se fletó un inmenso buque, el "Great Easter", que empezó a tender el cable en julio de 1865 y terminó en julio de 1866.

La inmersión de un cable submarino necesita antes un estudio del camino que ha de seguir, el más corto posible, en el que se toman las profundidades, las temperaturas y la naturaleza del fondo, que se hace por medio de sondajes en zigzag, de veinte a veinte millas.


Inmersión del primer cable transatlántico

Este estudio evita los grandes desniveles, entre los cuales el cable podría quedar suspendido, y, además, determina los límites entre los cuales se ha de emplear cada tipo de cable, según la naturaleza del terreno.

El hilo de la sonda está enrollado en un cilindro provisto de un marcador que indica la profundidad en metros y los pesos varios entre veinte y cincuenta kilos.

Para obtener la temperatura del fondo de los puntos intermedios, se sujeta un termómetro de mínima y de una botella que se cierra automáticamente en el momento de la más baja temperatura que guarda el agua de aquella profundidad.

Las temperaturas varían según las latitudes, pero para que se vea la diferencia según las profundidades, indicaremos que en un tendido reciente a ciento cincuenta metros era de 11°, 5; a seiscientos nueve, de 8°, 5; a mil doscientos ochenta, de 4°; a dos mil novecientos, de 3°, y desde esta profundidad hasta llegar a los cinco mil trescientos noventa y cinco, era de 2°, 8.

Determinadas las cantidades de cada tipo de cable, se cargan en el barco cablero, y éste parte para el punto de donde ha de partir el cable; se lleva la extremidad a la costa y se afianza en tierra, bajo una garita, en donde se conecta con los aparatos, gracias a los cuales el barco cablero estará en constante comunicación con tierra.

El buque parte en dirección del punto en donde ha de terminar el cable y va soltando éste desde los diferentes grandes tambores en que va arrollado, pasando por una serie de roldanas, para después dar tres o cuatro vueltas en un cilindro, pasando, luego, bajo un dinamómetro, cuya función es indicar de una manera continua su tensión, que ha de ser tal que el cable quede tendido sin tirantez. Pasa luego a una gran polea instalada en la popa, y de allí cae al mar.

La velocidad del tendido es de cuatro millas marinas por hora para el tipo de cable grueso, de cinco a seis millas para los cables intermedios, y de seis a ocho para los tipos de mar profunda.


Sacando el cable del fondo del mar

Durante la inmersión el buque cablero está en constante comunicación con la garita por medio del cable mismo. Al llegar al punto de la costa opuesta, en donde termina el cable, se construye otra garita semejante a la del punto de partida. El cable puede ya empezar a funcionar.

Los accidentes a que están expuestos los cables sumergidos son numerosos. Dejando a un lado los inherentes a vicios de construcción, los cuales se deben siempre reparar antes o después de tendido, se pueden clasificar en tres categorías las causas accidentales destructoras de los cables.

Primeramente, las causas físicas, tales como bancos de hielo, que salen, a veces, más de cien metros del nivel del agua y llegan con frecuencia a tener una profundidad de quinientos a ochocientos metros; por causa de las materias extrañas que vienen a aumentar la densidad de la parte sumergida, y cuando en estas condiciones tocan el fondo del mar destruyen cuanto encuentran a su paso.

Así es que se han visto los tres cables existentes en el Atlántico cortados en un mismo día por un descenso de hielo que rompió simultáneamente todas las comunicaciones entre los dos Continentes. Los rozamientos de los cables contra las rocas y los bancos de coral, los temblores de tierra y los hundimientos submarinos son causas frecuentes de accidentes.

Luego vienen los animales destructores: los anélidos o los crustáceos pequeños, cuya existencia se ha comprobado en profundidades de dos a tres mil metros, destruyen el cáñamo o la gutapercha, se sitúan en esta última, y ponen de este modo la armadura metá-

(Continúa en la pág. 72)

Cuando murió Jesús...

Por

JOSE FRANCES

Ilustración de Brunuer



AQUELLOS dos hombres quedaron solos. Con la mirada triste vieron perderse en la sombra las siluetas de las tres mujeres, encapuchadas en su manto y en su dolor, y la del mancebo rubio que se tambaleaba como los ebrios o como los heridos.

Todo en torno suyo estaba misterioso de noche y palpitante aún de tragedia. En el fondo surgía el monte llamado Gólgota, o lugar del Calvario, erizado en su cima de hogueras y de las tres cruces, vacía la del centro.

Pero el aire estaba dormido y tibio el ambiente, tan oloroso a las fragancias vernales.

El más viejo de los hombres, aquel que tenía la barba más de lino sin hilar que de sutiles hebras de plata, fué el primero que habló.

— ¡Qué silencio!...

Y su voz misma le hizo estremecer.

Entonces el otro, cuya barba todavía no era de blanco lino, sino de brillante plata, tomó la mano rugosa del compañero, aquella mano que olía aún a los bálsamos funerarios.

— Espera tres días y verás cambiado este silencio de muerte en triunfales resonancias...

El más viejo sonrió con una de esas sonrisas cuyo derecho se compra a costa de años de nuestra vida.

— No, Nicodemo, no. ¡Todo ha concluído! Este silencio es definitivo. La losa de ese sepulcro ya no se alzará nunca. El que imaginamos Dios, ha muerto hombre. Fué sólo una dulce quimera.

— Mal haces, José, en dudar. En una noche como ésta acudí a Él y le dije: "Rabí, sabemos que eres maestro, venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviese en él." Y entonces, para iluminar mi alma, dióme todo el secreto de la suya.



José tardó en contestar. Andaban en silencio.

Junto a ellos pasaron unas mujeres, a las que no se les veía el rostro pero se les oían los sollozos, y unos hombres humildes que vestían harapos, pero en los cuales la fe hacía de sus pupilas luciérnagas en la noche y en la duda.

— ¿Sabéis dónde está el sepulcro de Jesús? — preguntaban.

Los dos hombres señalaban hacia el norte y el poniente de Jerusalén, con los brazos extendidos, aquellos brazos que desclavaron a Jesús de la cruz y lo perfumaron de áloe y de mirra, y lo envolvieron en el sudario para enterrarle en el sepulcro nuevo.

— Sentémonos aquí, amigo Nicodemo. El alma me sujeta los pies.

Se sentaron en un peñasco. Otra vez el silencio les envolvía y sobre las frentes venerables era el hálito de los cercanos huertos cual florida corona de primavera.

— ¿Cómo esperar, amigo Nicodemo, si tú, como yo, le has sentido rígido y frío, abandonado para siempre de la vida?

— ¿Y acaso no resucitó a los muertos? Bien puede resucitarse a sí mismo.

José de Arimatea movía tristemente la cabeza.

— Ya oíste cuando el pueblo blasfemaba y decía: "Tú, el que destruye el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la Cruz." Los príncipes de los sacerdotes y los escribas y los ancianos exclamaban: "Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz. Confió en Dios. Líbrelo ahora si le ama; pues dijo: Hijo soy de Dios." Y Jesús callaba...

— Pero a la hora de sexta se nubló la tierra y tronaron los cielos hasta la hora de nona, en que se rasgó el velo del templo y se hundieron las piedras y resucitaron los muertos de sus sepulcros.

— ¿Viste eso, amigo Nicodemo?

— No; pero lo dicen y lo creo.

— En cambio le oíste decir con una voz que nunca olvidaré, porque me rasgó las entrañas como un rayo del cielo a un edificio hasta sus cuevas: "Elí, Elí, Lamma Sabacthaus?" Y no llamaba a Elías, como el vulgo creyó en un principio, sino quejábase a Dios del desamparo y abandono en que le dejaba morir. Piensa también en sus discípulos. Sólo Juan, inconsciente como niño, y yo, tan viejo y tan cobarde en mi fe que le llamaba maestro cuando nadie me oía, acudimos a descolgarle de la Cruz y a enterrarle. Los demás, viéndole muerto, tal vez se convencieran de que sólo hombre fué el imaginado como Dios.

— ¡Que Él no oiga tus palabras, José de Arimatea, y si las oye, te las perdone por el amor con que le diste mortaja y paz eterna a su

(Continúa en la pág. 62)

El buen humor de los demás



— *Diga, agente, ¿dónde tengo que pedir disculpa por haber dado muerte a mi marido?*

CURSO LIBRE DE CHISTOLOGÍA

Compraba Tristán Bernard en un cambalache de París un busto de Molière.

— Por tratarse de usted — dijo el chamarilero, — le rebajaré diez francos.

— Perfectamente. Mándemelo a casa — dijo Tristán, encantado de su popularidad. Y es de imaginarse su gesto cuando oyó preguntar:

— ¿Su nombre, caballero?

En un examen:

— ¿Podría usted citarme un animal plantígrado?

Silencio de parte del examinando.

— ¿No recuerda ninguno? Vamos a ver: dígame por lo menos quién fué Cuvier...

— ¿Cuvier? Un animal plantígrado.

— ¿Está el baño preparado, Susana?

— Sí, señorita; ya está todo, menos el agua caliente.

— Pues ¿qué le pasa al agua caliente?

— Nada; que está fría.

— Pues *subsana* el error.

Anuncio original: "La persona que se ha llevado mi sobretodo de la percha de casa puede también recoger la percha lo antes posible, porque una vez que no tengo el sobretodo, la percha no me hace falta."

— Doctor, mi esposo sufre de un ruido atroz en los oídos.

— Que se marche a las sierras por quince días.

— No puede salir de Buenos Aires.

— Entonces, márchese usted.

— Usted me ha engañado con ese loro, porque me dijo que hablaba todo lo que oía y no habla nada.

— Sí, señora, todo lo que oye lo habla, pero es que está más sordo que una tapia.

— ¿De manera que ha sido usted tres veces desgraciada con su matrimonio?

— Sí, señor; la primera me dejó en la iglesia por otro. La segunda, se murió el día que nos íbamos a casar. Y la tercera, se ha casado conmigo...

La joven viuda. — Mi marido era el mejor de los esposos...

La viuda "de cierta edad". — Lo creo. La dejó a usted viuda a los veintidós años: no tuvo tiempo de hacerse malo.

El padre. — ¡Otra vez libros nuevos! ¡Dichosos libros y dichosa escuela! Ya me están costando caros tus estudios, hijito.

El chico. — ¡Y eso que yo soy uno de los que estudian menos!

Un artista algo viejo ejecuta una sonata en el acordeón, y el público le hace que la repita doce veces.

A las doce veces de repetirla, se dirige respetuosamente al público, y dice:

— Yo bien quisiera repetirla otra vez más, pero no hay tiempo.

Y todo el público clama: — ¡Otra vez más, otra, hasta que la aprenda!...

En la comisaría:

— Señor comisario, el vigilante me ha pegado un bofetón.

El vigilante. — ¡No es cierto!

— Sí, señor. Es cierto.

— Si usted insiste, le pego otro.

Una señora estaba refiriendo a unas amigas la escena de terror que se produjo la noche que un ladrón entró en su casa:

— Imagínense ustedes que oigo ruido, me incorporo en el lecho, y veo, debajo de la cama, las piernas de un hombre...

— ¿El ladrón?

— No, ¡qué ladrón!: mi marido, que también había oído ruidos.

Un sujeto fué a casa de su zapatero para retirar un par de botines que había mandado a componer, y se encontró con la sorpresa de que la casa estaba cerrada por quiebra.

Golpeó reiteradamente a la puerta, y por fin se asomó a la mirilla el zapatera en persona.

— ¿Qué desea? — preguntó.

— Vengo a buscar el par de botines que dejé la semana pasada para componer.

— Ahí tiene — dijo el zapatero, tirando por la mirilla un botín. — Me he declarado en quiebra, y todos los demás acreedores han aceptado que les pagase el cincuenta por ciento.

Dijo, y cerró la ventana.

Entre ellas.

— En Turquía, la mujer no puede verse con su marido hasta después del casamiento.

— Es curioso. Entre nosotros ocurre precisamente lo contrario. Después del casamiento es cuando empezamos a no verlo más.

El dueño de un hotel. — Doctor, ¿cuántos metros cúbicos de gas se necesitan para producir la muerte de una persona?

— ¡Vaya una pregunta más rara! ¿Por qué quiere usted saberlo?

— Le diré a usted, doctor: uno de los pasajeros alojados en mi hotel se ha sucididado asfixiándose con gas. Ahora bien: necesitaría tener una idea aproximada del consumo, a fin de cargarla en la cuenta que debo presentar a los herederos.

En el tercer cumpleaños del matrimonio.

La joven esposa. — ¡Ah, sí! Ahora adoro los patos, las gallinas, los gan-



¡ARRIBA LAS MANOS!

El asalto a la relojería, o los relojes pusilánimes.

sos, los pavos. Amigo mío, a ti te debo estar agradecida, porque has logrado hacerme amar a todos los animales...

Un viejo cirujano refiere sus primeros trabajos profesionales:
— Recuerdo que, en la primera amputación que debí practicar, estaba tan nervioso que incurrí en un error.
— ¿Algo grave?
— No, nada de eso. Me equivoqué de pierna.

Entre marido y mujer:
— ¿Y bien? ¿Has comprado el collar de perlas que me prometiste?
— No, lo he pensado bien y me parece que no sería prudente. Las perlas se extraen de las ostras, y las ostras contienen millones de bacilos de tifus. No, decididamente: sería una imprudencia.

— ¡Pobre señora Matilde! ¡Pensar que se ha quedado viuda! Y ¿desde cuándo está viuda?
— ¡Oh, hace ya tiempo! Desde que se le murió el marido, a la pobrecita.

En la cárcel:
El carcelero. — Le doy una buena noticia: acaba de venir su mujer.
— ¿Ah, sí? Pues haga usted favor de decirle que he salido.

El agente de seguros. — Hace algunos años, le aseguré la vida en 500.000 pesos a un caballero que se murió a los tres días.
— ¿Y le pagaron la prima a la familia?
— Ya lo creo.
— Mal negocio para la compañía.
— Para la compañía, puede ser. Para mí, excelente, porque me casé con la viuda.

HUMORISTAS DEL VERSO

"TRILUSSA"

EL POLLO NACIONALISTA

— ¡Pobre de mí, me cortan el pes-
[cuezo!
dijo un faisán al pollo. — ¡Qué tropiezo!
He leído en los diarios que mañana
hay banquete en la corte, y servirán,
en honor de la augusta soberana,
el consabido plato de faisán.

— ¿Y te lamentas de morir así? —
respondióle el amigo, entusiasmado. —
¡Qué más honor que ser sacrificado
por la patria y el rey! ¡Feliz de ti!
No me explico en verdad por qué te que-
Y el ideal, ¿adónde me lo dejas? [jas.

— Sí, comprendo tu afán nacionalis-
[ta —
dijo el faisán, peinándose la cola. —
Pero te advierto que en la misma lista
figuran "pollos a la cacerola".

Ante una nueva de tan rudo lastre
el pobre pollo se sintió tan mal,
que olvidando, de pronto, su ideal,
vociferó: — ¡Dios mío, qué desastre!
Patria, rey... Son palabras muy her-
[mosas.
Pero el cuero es el cuero, y de estas cosas
yo hago siempre un asunto personal.

SUFRAGIO UNIVERSAL

Un águila habló así: — Desde el mo-
[mento
que ya existe el sufragio universal,
es justo que también el animal
mande un representante al Parlamento,
porque, a este paso, lógico es creer
que nos lo den después que a la mujer.

Pero, ¿a quién nombraremos diputado?
¿Cómo hallar una bestia independiente
que con mayor acierto represente
la clase animalesca del Estado,
y exponga, en cada caso, su criterio
sin lamerle los pies al ministerio?

En mi opinión, sólo hay una alimaña
digna de estar entre los congresales,
y es la mosca, que sabe sus ideales
porque vuela y escarba y se da maña.
Y en cuestión de partidos y teorías
hay que pasar por muchas porquerías.

(Traduc. de R. del Campo.)



La planta que salvó a Jesús

(Leyenda cordobesa)

Por

GONTRAN ELLAURI OBLIGADO


ENTRE las perfumadas y bellísimas plantas que crecen en el territorio de la provincia de Córdoba, ocupa un puesto de honor en el adorno de parques y jardines, por lo perenne de su vida y el hermoso color azul cobalto de sus flores, la que se conoce en el vasto y rico catálogo de la arboricultura regional con el nombre de "salvia azul".

Pues bien: esta planta es la misma a la que los habitantes comarcanos llaman también "la planta que salvó a Jesús", nombre que le han dado por la bella y sentimental leyenda que, acerca de su génesis, se cuenta desde hace veinte siglos, y que hoy, al rememorarse la cristiana efemérides de la Tragedia del Calvario voy a referir aquí a grandes trazos, tal cual se la oí relatar a una anciana moradora de la pintoresca región de la Sierra.

II

Y eran los días aquellos en que Herodes había lanzado su terrífica orden de exterminio contra todos los pequeñuelos que moraran en la provincia de Judea — habló la anciana, dando comienzo a su relato, que luego de una corta pausa como para coordinar, quizá, mejor sus recuerdos, prosiguió de esta manera:— De ahí que la Sagrada Familia, compuesta por José de Nazaret, la Virgen María y el Niño Jesús, hubo de emprender la fuga para escapar así a la matanza.

"La Virgen iba montada en un borrico, que su esposo guiaba del diestro, y Jesús, sentado en las faldas de su madre, ajeno, con la inocencia propia de su edad, al riesgo inminente que corría, distraíase contemplando cómo el animal movía sus largas y peludas orejas.

"Marchaban lo más a prisa posible, en el noble y justo anhelo de llegar a territorio egipcio, para burlar así el cruel designio del tirano.

"Mas, de súbito, el asno detuvo su acelerada marcha, como asustado...

"Era que de no muy lejos se oía el galope de los caballos de los soldados que el gobernador, impuesto de la huída, había lanzado en su persecución...

"¡Ocultémonos! — díjole a su esposo, amedrentada, la Virgen, mientras estrechaba contra su pecho a su tierno hijo.

"Y apartáronse del sendero por donde iban, en busca de un lugar donde esconderse en el campo.

"Pero, desgraciadamente, todo allí era árido y desierto. Ninguna choza, ningún muro, ningún árbol siquiera, veíase en derredor que pudiese servirles de refugio.

"Sólo una matita de "salvia azul" percibíase a corta distancia, floreciendo en la arena.

"La Virgen la vió. Y como si obedeciera a un mandato misterioso, se dirigió hacia ella, e, inclinándose, besó cariñosamente sus perfumadas flores y, con voz dulce y trémula, le rogó que los amparara.

"A todo esto, la tropa del tirano se acercaba... Pero, ¡oh milagro!, no bien hubo formulado la Virgen su súplica, cuando la planta comenzó a crecer, brotándole ramas de todos lados, tanto que la Sagrada Familia y el borrico pudieron guarecerse bajo ella.

"Pocos instantes después de acaecido tan portentoso suceso, los esbirros de Herodes pasaban a galope junto a la protectora planta, sin encontrar a los divinos fugitivos, los cuales — como ya es sabido — pudieron llegar, sanos y salvos, a tierra de Egipto.

III

Y he aquí—díjome la venerable viejecita, dando término a su devota narración—el porqué quedó desde entonces la "salvia azul" bendita entre todas las plantas, y la causa, también, porque se la conoce no sólo en la comarca, sino que también en cualquier parte del mundo, donde crece con el nombre dulcísimo, por cierto, y muy apropiado, de "la planta que salvó a Jesús".

Guía de la mujer práctica

Un menester de utilidad

Se trata de modelos de muñecas, muy en boga, de gusto caprichoso y delicado, que estarán muy bien en el dormitorio de una señorita, sirviendo para guardar un camisón de noche.



1—Dos modelos de muñecas, para bolsos de ropa de noche

2—Cabeza de la "poupée" rubia

4—Cabeza de la "poupée" negra

Una de las muñecas es de taffetas azul o verde vivo. El bolso, propiamente dicho, tiene más o menos treinta y ocho centímetros de altura y está abierto atrás, como lo indica el grabado 3, y viene a formar la falda de la muñeca. Sobre esta falda, en lo alto, se ve un bolsillo relleno de algodón, de unos diez centímetros de altura, hecho de taffetas del mismo color, lo que formará el busto. De cada lado, y en lo alto del cuerpo, se fijan los brazos, que son pequeñas fundas rellenas de algodón, largas y estrechas, de unos veinte centímetros de largo y cuatro centímetros de ancho. Se cubre la parte que forma la mano con seda rosa pálido, y se tapa la costura que une la seda de la mano al taffetas del brazo, con un volantito de seda negra.

La cabeza, que se da en detalle en el grabado 2, es de seda rosa pálido, como las manos, rellenada también de algodón o lana y las facciones van pintadas: los ojos azules; los labios, rojos; y los otros detalles en negro. Los cabellos se hacen de lana amarilla, tono paja. Los tubos que tapan las orejas se hacen de seda rellenada, y cubiertos después con la misma lana empleada para los cabellos.



3—La parte de atrás de las dos muñecas

La costura que unirá la cabeza al busto, se tapa con un cuellito de seda negra; y de esta misma seda se hace el volante que va en el borde inferior de la falda.

La otra muñeca de la derecha es de taffetas rosa vivo. El bolso muy fruncido en la parte de arriba, tiene unos cuarenta y dos centímetros de altura. Está como el anterior, abierto en la parte de atrás, y va adornado con dos volantes de diez centímetros de ancho.

La cabeza, cuyo detalle se ve en el grabado 4, es de seda negra o marrón obscuro, rellenada. Los detalles de las facciones son pintados a la gouache. Los ojos, en blanco, con la pupila marrón claro; y los labios y la nariz rosa pálido.

Sobre la cabeza se aplica un turbante de seda rosa vivo. Los bucles de las orejas son simples anillos cobre o de hueso.

Las manos son pequeñas almohadillas de seda negra o marrón obscuro, de tres centímetros de largo, fijadas sólidamente a la tela de la falda.

La decoración de los fieltros

Los fieltros, prácticos y sentadores a la vez, se ven y se usan en todas las estaciones. Tienen, por otra parte, la ventaja de que se les puede hacer teñir o reformar, lo cual contribuye a hacer su adquisición de las más convenientes y económicas.

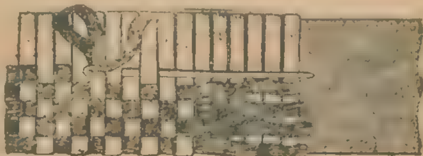
La severidad de que están caracterizados suele ser atenuada con adornos sobrios a los que se los puede imprimir elegancia y novedad.

El lindo modelo del grabado que acompaña estas líneas está rodeado de una cinta de fantasía cuadriculado de un tono que haga juego con el color del fieltro.

La novedad de este adorno de una confección fácil e interesante, es la que queremos explicar aquí, seguros de que muchas lectoras aprovecharán la ingeniosa idea.

Formita de fieltro con el adorno de cinta a cuadros, cuya confección se explica en esta nota

El cuadriculado se obtiene con trencillas de dos colores diferentes, de unos cinco milímetros de ancho. Se pueden también emplear tiras de paño, de cuero, de fieltro flexible, o cintas de terciopelo de seda, o asimismo galoncito al crochet, obtenidos con lana cefir montando el largo que se quiera de mallas al aire sobre las cuales se vuelve con una malla simple sobre cada malla. (Véase el grabado correspondiente.)



Detalle del trabajo de la colocación de las cintas o galones

He aquí cómo se procede para armar la cinta de adorno del fieltro: Se toma una banda de tela tiesa, fuerte, que tenga cuatro centímetros de ancho por el largo necesario para rodear la copa del sombrero.

Se comienza por fijar al través las tiras de cinta o trencilla del mismo co-

lor. (Cuando más gruesas sen éstas menos se las deberá eproximar, sin que por ello sea la separación demasiado exagerada.) Se coserán solamente en las extremidades, y por la parte de adentro de la tira de tela; y deberá asimismo dejarlas un poquito flojas.

Si se trata de galones al crochet, a fin de evitar cortarlos, se deben ejecutar justos a la medida fija del largo conveniente para ser aplicados sobre el ancho de la tela.



El galón al crochet

Terminada esta primera operación, se desliza con ayuda de un pasacintas, como indica el grabado respectivo, las trencillas o galones del otro color que pasan alternativamente por encima y debajo de las primeras, alternando en las vueltas sucesivas. Se las fija de una forma disimulada con un punto perdido en los puntos de unión de las dos trencillas opuestas.

Para el adorno del sombrero se puede cerrar la banda en redondo, antes de ejecutar esta segunda parte del trabajo. La banda así confeccionada se forra con una tela de raso o seda cosida en el reverso, cosida en los bordes en forma que oculte las extremidades de las cintas transversales.

Para cerrar esta banda cuadriculada, se le coloca en los bordes de unión, disimuladamente dos botones de presión.

En la línea de unión se puede aplicar un fleco, o una hebilla de acero o de galalita, de color parecido al de alguna de las cintas empleadas en el cuadriculado.

Cocina rápida para las personas que están apuradas

Generalmente el tiempo escasea para detenerse en lentas y complicadas preparaciones culinarias; esto, sin embargo, no quiere decir que haya que renunciar a la buena comida. En materia de cocina se puede hacer rápido y bueno, a condición bien entendido, de elegirse los platos que mejor se prestan para ello. Sucede, por otra parte, que ciertos platos que exigen una larga cocción no son, precisamente, los que reclaman mayor cuidado y atención; las legumbres secas no necesitan más preparativos que la limpieza de las zanahorias y de las cebollas; una vez cocidas, su preparación, cualquiera que sea, es bastante rápida, a no ser que se las quiera poner en puré, operación larga, si ha de ser perfecta.

La mujer que sabe conciliar la atención de ocupaciones extrañas al hogar con la tarea de la preparación del almuerzo y comida, no carece de mérito. Ella no tendrá tiempo de inspirarse en las recetas del más refinado arte culinario; pero no por eso estará condenada al eterno asado y a las papas cocidas.

En los platos más sencillos y más clásicos se pueden introducir variaciones que los hacen a la vez más sabrosos y más nutritivos.

Los escalopes de ternera, por ejemplo, cambian por completo de gusto y de aspecto si después de saltados en la sartén se acompañan de una salsa como esta: en una taza se echa una yema de huevo, cuatro o cinco cucharadas de leche y un poco de jugo de limón; se revuelve, y cuando se han sacado los escalopes de la sartén, se echa el contenido de la taza en la misma sartén, revolviéndolo bien con el jugo de la cocción. Todo esto es trabajo de dos minutos, a lo sumo, para conseguir una especie de crema obscura, clara y deliciosa con que se bañan los escalopes.

Los huevos al plato, supremo recurso de los almuerzos apresurados, resultarán una entrada muy presentable si se ponen en el fondo de la sartén en que se van a preparar los huevos, algunas tajaditas de tocino y trocitos de miga de pan, se dorarán en seguida y sobre ellos se abrirán los huevos.

¿Han quedado tallarines, macarrones o alguna otra pasta resto de la comida de la víspera? En seguida algunas cucharadas de harina desleída con un huevo entero en bastantes cucharadas de leche como para hacer una papilla no muy líquida. Se incorpora a esto el resto de las pastas; mientras tanto se habrá echado manteca en la sartén. En seguida se echan en ella cucharadas de dicha composición y se obtendrán pequeños buñuelos bien doraditos, que se sacan prontamente, se sirven en seguida y se devoran alegremente.

A muchas agradan las espinacas, pero la perspectiva de tener que lavarlas largamente y picarlas, obliga muchas veces a renunciar al placer de comerlas. Pero hay un recurso de una preparación a la vez rápida y sabrosa, puesto que deja a esta legumbre un gusto franco. Después de haber lavado bien las espinacas en varias aguas, se ponen en seco en una cacerola de hierro fundido o de aluminio. Por el efecto simple de la cocción, las espinacas van soltando su agua propia y a medida que ésta aumenta, se saca de la cacerola ya sea por medio de un cucharón o simplemente inclinando aquella sobre el vertedero. Cuando las espinacas cesan de despedir agua y se tuestan ligeramente, se les añade un trozo de manteca, un poco de sal, una pizca de pimienta, y se dejan cocer lentamente durante unos veinte minutos. Ya no hay más que servirlas en un plato sin haber tenido necesidad de emplear ni la plancha ni la cuchilla de picar.

Si se tiene estufa, cocina económica o chimenea puede aprovecharse muy bien para preparar cómodamente un plato sabroso, que no costará más que unos pocos minutos para ponerlo en marcha.

En una vasija de barro llena en sus tres cuartas partes de leche, se ponen cuatro o cinco cucharadas de arroz bien lavado, algunos trocitos de azúcar y un pedacito de vainilla. Se tapa y se deja cocer todo suavemente delante de la chimenea, en el horno de la cocina económica o sobre la estufa, durante todo el día; si el calor es muy suave. Si la leche se consume, se le puede añadir un poco más. Se habrá conseguido una preparación de un plato sencillo y sabroso, que no habrá reclamado atención ninguna; de cocción lenta, es cierto, pero plato hecho en seguida bajo el punto de vista del tiempo empleado en su preparación.

¿Se carece de tiempo para preparar la salsa holandesa o mayonesa con la que se quería acompañar un pescado hervido? Mézclese crema dulce y manteca simplemente, en partes iguales, y hágase fundir al bañomaría, removiendo de cuando en cuando; añádasele un poco de sal y de pimienta. En pocos minutos se tendrá una salsa deliciosa que se puede acompañar con huevos pasados.

Para teñir los huevos de Pascua

no sólo de rojo, según la costumbre clásica, sino de otros colores, se emplean las mezclas siguientes, en las que el color se completa siempre con un agente fijativo, la dextrina, y un mordiente superficial. Para el color azul: 3,5 de azul de ultramar; 35 de ácido cítrico y 60 de dextrina; para el violeta: 18 gramos, respectivamente de las dos substancias últimas, 3,6 gramos de violeta de metilo; para el amarillo: 135 gramos de amarillo de naftol, 36 gramos de ácido y 67,5 gramos de dextrina; para el verde: las mismas cantidades de verde brillante y de dextrina, con la mitad solamente de ácido cítrico.

Previniendo el invierno

Durante el invierno, la utilidad de los burletes en las ventanas y en las puertas es indiscutible. Sin embargo, el aire de las piezas es indispensable para la salud, y por consiguiente, lo más práctico y conveniente es colocar dichos burletes sólo hasta la altura de una persona, a fin de que, por encima de las cabezas pueda el aire circular libremente.

A los burletes clavados deben preferirse siempre los encolados, porque éstos preservan del aire de una manera más hermética.

Temas escolares

Por LA SRTA. PALOTES

GRADOS INFANTILES

El día y la noche

Un águila vivía en la cumbre de una montaña, y desde allí contemplaba, orgullosa, los valles, praderas, campiñas y bosques extendidos a sus pies.

Cierto día de verano, a mediodía, brillaba el sol esplendoroso en el cielo azul. Sus rayos iluminaban la inmensa roca y se reflejaban en las corrientes de las laderas.

Es el águila uno de los pocos animales que puede mirar al sol de frente sin sentir daño en los ojos. Así es que, tornándose al astro luminoso, el águila de la montaña habló así:

—¿Para qué alumbras allí abajo, donde yo no habito? No haces más que mancharte llegándote hasta las hierbas y los musgos húmedos de la tierra. Debieras quedarte en mi cumbre.

Respondióle el sol:

—¡Qué orgullosa! Ven conmigo y sube hasta el cielo.

El águila empezó su ascenso hacia el sol, dando grandes aletazos, pero a medida que levantaba el vuelo, la montaña se hacía más pequeña. No tardó en confundirla con los valles y llanuras, pareciéndole todo una misma cosa.

—Ahora comprenderás —dijo el Sol— que para mí no existe grande ni pequeño. Mi luz se difunde por igual sobre todos los seres de la naturaleza. Alumbro tanto al águila como a la hormiga, al añoso roble como a la modestísima hierba del camino.

Bajó el águila a la tierra, convencida, a pesar de su fuerza y orgullo, de que no era sino un puntito perdido en la inmensidad de la naturaleza.

Vocabulario

Nombres. — Hacer nombrar las diferentes partes del día: mañana, mediodía, tarde, noche, alba, oración, etc.

Durante el día la tierra está iluminada por el *sol* y durante la noche por la *luna*.

Enseñar la hora sobre la esfera del reloj, luego la media y el cuarto de hora.

Cualidades. — El día es *claro, largo, corto, nublado, templado, caluroso, frío*.

La noche es *obscura, estrellada, clara*.

La luz del sol es *viva, brillante, cálida*.

La luz de la luna es *pálida*.

El cielo es *azul, gris, rojizo, opaco, brillante*.

Acciones. — El día *aparece*. El sol *brilla, ilumina, calienta* la tierra. Por la noche, *baja*, y la tierra se *enfría*.

Generalidades. — ¿A qué hora se levantan ustedes? ¿Qué hacen por la mañana? ¿Por la tarde? ¿Cómo son ahora las noches? ¿Hay luna?

¿De qué lado sale el sol? ¿Por donde se pone?

La maestra indica algunas horas del reloj para que los niños determinen si pertenecen a la mañana, tarde o noche.

Signos = + y —

He aquí unos cuadraditos, que clavamos en el pizarrón. ¿Cuántos son? Son cuatro.

Bien: escribamos 4 cuadraditos en los cuadernos.

Agrego 2 cuadraditos más y quedan 6.

Colocaré 3 debajo, y contaremos... 9 cuadraditos.

Para escribir lo que acabo de hacer pondremos:

$$6\text{ c.} + 3\text{ c.} = 9\text{ c.}$$

De esta suerte se verán todos los números hasta 10 practicando ejercicios más o menos así:

Sacando un botón quedan 3; $4 - 1 = 3$.
Sacando dos botones quedan 2; $4 - 2 = 2$.
Sacando tres botones queda 1; $4 - 3 = 1$.

O tomando un número por vez, como en el caso siguiente, que puede repetirse con todos los dígitos:

$= 5$

Es bueno iniciar a los niños desde el comienzo a representar gráficamente los cálculos y problemitas.

Con botones o discos de dos colores se establecen:

1º Juanito tiene 4 botones y le dan uno. Tiene 5 botones o sea:

$$4 + 1$$

2º Marta prende su vestido con 5 botones, pero ha perdido uno. Quedan 4 botones, o sea:

$$5 - 1$$

3º Julio pierde 4 botones de los cinco que tenía. Le queda 1, o sea:

$$5 - 4$$

GRADOS SUPERIORES

Problemas

1º Los $\frac{4}{5}$ de un metro de género valen $ 32. ¿Cuál es el precio del metro?

Objetivación

Precio de $\frac{4}{5}$ de metro $ 32.

Precio del metro

Solución

$$\frac{4}{5} = \$\ 32$$

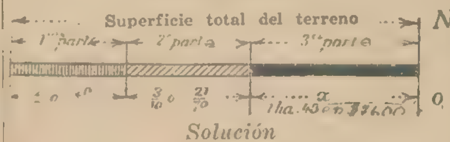
$$\frac{1}{5} \quad \frac{32}{4}$$

$$\frac{5}{5} = \frac{32 \times 5}{4} = \$\ 40$$

2º Tres personas compran juntas un terreno; el primero toma los $\frac{2}{7}$, el segundo los $\frac{3}{10}$ y el tercero el resto. La última persona paga $ 7.600 por su parte, que mide 1 hect. 45. Calcular la

superficie y el precio de los dos primeros lotes.

Objetivación



Solución

Las dos primeras partes comprenden los $\frac{41}{70}$ del terreno. La tercera mide, pues, los $\frac{29}{70}$ del terreno total.

Luego, la parte del primero es: 1 hect. y vale $ 5.241,37. La segunda mide 1 hect. 05 y vale $ 5.503,43.

Motivos de Semana Santa

(Continuación de la pág. 23)

sos del Salvador se posaron sobre aquel que, frente al pavoroso problema de la muerte, lo defendía de las acusaciones del pueblo.

— Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino — le imploró.

Y Jesús le contestó:

— En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

A Él no le interesaba el pasado del hombre que desde otra cruz semejante a la suya abogaba por su causa. No. Para él no era un ladrón, era un hombre arrepentido, era un hombre que "creía", era un fracasado, en cuya alma llena de dudas y de sombras acababa de producirse el más grande de los milagros: el milagro de la fe...

Por eso le fueron perdonados sus hechos, porque tuvo una fe extraña en Jesús, su compañero de agonía. Era la llegada inevitable de la muerte que le traía la revelación del misterio.

VI

LAS MANOS DE JESÚS

DEBIERON ser finas y pálidas las manos de Jesús. Debió ser también el prodigio de sus manos lo que primero observaron las gentes que ansiosamente lo buscaban por las calles de Jerusalén para que las extendiera sobre sus dolores, haciendo suyas las enfermedades de los que hacia aquellas manos acudían.

¡Las manos de Jesús!

Debieron ser manos de mujer, de madre, de hermana, porque en ellas habíanse reunido todos los sentimientos, todos los amores de la tierra, y porque sabían de todas las angustias.

Cuando se posaron sobre alguna frente, borraron las vacilaciones; cuando alguna llaga reclamó su contacto tibio y familiar, acudió solícito. Eran sus criaturas que lo llamaban, unos con males del alma, otros con males del cuerpo, pero todos con una fe única, porque todos "los que lo buscaban" eran sus hijos.

En aquel entonces nadie supuso — sólo Él — que más tarde aquellas mismas manos, largas, finas, pálidas, habrían de teñirse de rojo, manchadas por su propia sangre...; sólo Él sabía que aquel prodigio sería destrozado cuando los clavos de los incrédulos mordieran en su carne y le atasen a la cruz...

VII

JESÚS HA DE VOLVER

NO lo olvidemos: Jesús ha de volver. Volverá, sí, cumpliendo su promesa, para pedirnos estrechas cuentas de nuestros actos.

¡Ay de nosotros! Entonces "será el llorar y crujir de dientes".

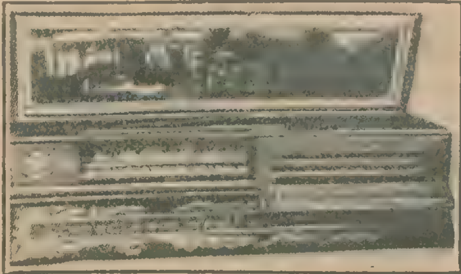
No olvidemos que también nos preguntará por qué desobedecimos sus más grandes palabras, las palabras dichas por Él para que fueran el ritmo de conducta de toda la humanidad: "Amaos los unos a los otros..."

Y a esa pregunta difícilmente contestaremos. Sólo la fe en su bondad podrá salvarnos, porque Él cumple su promesa: Jesús volverá... Esperémoslo.

Los antecesores del piano

HAY una confusión notable entre clavecín, clavicordio, espineta y pianoforte. La mayor parte de los escritores emplean indistintamente estos nombres y, sin embargo, designan instrumentos muy diferentes. En Alemania esta confusión es también muy frecuente.

La espineta era un instrumento de cuerdas, que se pulsaban como las de un arpa, y para hacerlas vibrar se usaban unos pedacitos de pluma de cuervo en forma de espina. De ahí le vino el nombre de espineta. Este instrumento en Inglaterra se llamaba "virginal", y es en realidad el antecesor del clavicordio. Se usó bastante hasta fines del siglo XVII y desapareció desde entonces, conservándose sólo como objeto de museo.



Un antiguo "harpsicord" existente en el museo de instrumentos antiguos de Londres

En el clavicordio la cuerda es herida por una laminilla de metal, produciendo un sonido muy dulce, pero bastante débil. Este instrumento es el verdadero antecesor de nuestro piano moderno. No estuvo tan generalizado en Francia y en Italia, donde predominaba el clavecín, como en Alemania. Excluído de la gran música, servía para acompañar una voz muy fuerte, o como instrumento para principiantes.



La doble espineta o virginal

El clavicordio es un instrumento de serenidad fascinadora, y así se explica la satisfacción de un Forkel, que lo prefería al piano mismo. No parece, sin embargo, comprobado que fuera el instrumento favorito de Bach.

El clavecín tenía teclado y registros; pero, en rigor, no era más que una espineta ampliada. En Inglaterra le llamaban "harpsicord", pues, en realidad no era sino un arpa acortada, a la que adaptaron el teclado y el mecanismo de la espineta. Los alemanes le llamaban "flugel", que quiere decir "ala", por el parecido de su figura con la de un ala, que es la de los modernos pianos de cola, aunque éstos sean de un enorme tamaño, respecto de aquéllos.



Piano que perteneció a Cristofori

Hans Buckers, de Amberes, fabricaba excelentes clavecines a fines del siglo XVI. En el castillo de Pau se exhibía un clavecín de Buckers, con la fecha de 1590, con doble teclado y cinco registros rodilleros para modificar la sonoridad. Se cambió después el sistema de rodilleras por el de manijas o por pedales.

Durante los siglos XVII y XVIII siguió considerándose al clavecín como el rey de los instrumentos. "El órgano, se decía, es un concierto de instrumentos de viento, y el clavecín es un concierto de instrumentos de cuerda. En el clavecín pueden obtenerse notas sostenidas, así como también en el "piano" y el "forte", principalmente en el de doble teclado, pues se hace en uno el "piano" y en el otro el "forte".

El "pianoforte" fué inventado a principios del siglo XVIII por Cristofori, fabricante de clavecines del gran ducado de Toscana. En 1712 el fabricante de órganos Lepine fabricó un pianoforte que se hizo célebre por haberlo comprado Beaumarchais.

No tuvo mucha aceptación el nuevo instrumento. Todos estaban de acuerdo en que éste jamás destronaría al clavecín, que era, en efecto, la base de toda la música orquestal. En las óperas había dos: uno servía para dirigir y otro para acompañar y sostener la orquesta. Efectivamente, el piano habría quedado subordinado al clavecín si no hubiera sido por el inventor Pascal Taskin, que substituyó los picos de pluma por pedacitos de cuero de búfalo, produciendo no un aumento de sonoridad, sino una percusión más suave, una verdadera caricia de la cuerda.

Esto preparó el camino para nuevas adaptaciones más en armonía con el nuevo carácter de la música. Ésta, siendo cada vez menos polifónica y descriptiva, no necesitaba ya la riqueza variada de los registros del clavecín, ni el doble teclado, ni la combinación de los sonidos aflautados del teclado superior con las resonancias extraordinarias del teclado inferior.

Por otra parte, la fabricación menos complicada, su precio más accesible, su encordado más fácil y más resistente, deponían mucho en su favor.

LOS TESOROS DEL SUBSUELO ROMANO

MIENTRAS se hacían excavaciones en el corso Humberto, de Roma, se descubrieron restos de un antiguo Campo de Marte, que ocupó anteriormente un sitio en el centro de la ciudad.

Fué también desenterrada una iglesia medioeval. Cinco yardas debajo están los remanentes de un camino romano y partes de un arco del tiempo de los emperadores romanos.

Debajo de los sótanos de los palacios que forman ahora la Bolsa, se han traído a luz fragmentos de un viejo templo de Neptuno. Asimismo se han descubierto trozos de un vasto palacio de la época imperial.

El arte de realizar elegancias económicas

Algunas ideas acerca de la transformación de las mangas

Por MIGNON



EN la moda actual, encantadoramente bella y exquisitamente refinada, las mangas admiten en su interpretación las más originales fantasías. De ahí que en este capítulo de las elegancias femeninas se hayan podido crear verdaderas maravillas, cada una de las cuales pone de manifiesto deliciosos caprichos, guiados por un buen gusto indiscutible. De ahí, también, que las mangas aparezcan hoy nimbadas por la aureola de una novedad que resulta gratísima a los espíritus de las elegantes; pero esa tendencia novedosa tiene, por otra parte, el inconveniente de excluir de la moda a algunas toilettes que aún nos resistimos a abandonar definitivamente. Y he ahí llegado el momento de pensar seriamente en cómo hemos de reformar las mangas de esos trajes, en cómo hemos de transformar una manga ceñida en otra amplia, una corta en otra larga; en cómo, en fin, hemos de adornarlas para que vuelvan a adquirir los prestigios de la novedad.

La misma moda que acepta todas las fantasías nos brinda los recursos para realizar con eficacia esas deseadas transformaciones. Nada más sencillo, en efecto, que abrir una manga en la parte del codo y agregarle, para ensancharla, un trozo de encaje, de crêpe georgette bordado, o bien bieses o franjas de crêpe mongol de diversos tonos, etc. El examen de los modelos que ilustran esta página dará una idea perfecta acerca de los distintos procedimientos a que pueden recurrir las mujeres habilidosas para modernizar las mangas pasadas de moda. La primera creación, interpretada en

crêpe satin negro, presenta unas mangas alargadas por medio de originales puños, en que el encaje se combina con la misma tela del vestido. La blusa que figura en segundo término es de crêpe mongol beige adornado con crêpe mongol marrón; para reformar sus mangas se ha recurrido a un agregado de crêpe mongol marrón, adornándoselas, además, con unas nervaduras en que el marrón alterna con el beige.

La tercera manga, de crêpe georgette, se distingue por su agregado finamente alforzado a mano; la cuarta es de crêpe satin, habiéndose recurrido, para ensancharla, al fácil y eficaz recurso del encaje.

El quinto modelo presenta un monísimo sweater de crêpe mongol blanco adornado con franjas verdes, en que los tonos van degradando desde el más fuerte al más suave; el mismo motivo se repite en las mangas. Por su parte, las mangas del sexto modelo se distinguen por prestarse para ser interpretadas en diversas telas, que pueden combinarse con lanas y sedas, para luego ser adornadas con botoncitos de fantasía.

Con el mismo entusiasmo que la moda acepta las combinaciones de varios matices, admite las de colores diferentes. A este respecto conviene tener presente que existen combinaciones consagradas, como la del azul con rojo, marrón con beige, negro con rosa y blanco con negro.

Cerrado el breve paréntesis, veamos ahora nuestro último modelo. Él nos ofrece una creación de manga en terciopelo adornado con diminutos botoncitos; en su puño lleva, además, un adorno de crêpe georgette.

Cuando murió Jesús...

(Continuación de la pág. 49)

cuerpo! Recuerda que Judas, el traidor, acudió a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos para devolver las treinta monedas de plata que le abrasaban las manos y cambiaron en muladar su alma. Y como eran monedas malditas, pegajosas a sangre, han comprado con ellas el campo que llaman de Haceldama para que sirva de cementerio a los hombres de otras tierras. ¿No se cumple, acaso, la profecía de Jeremías, que afirmó sucederían las cosas como han sucedido?...

Iba a contestar José de Arimatea, cuando pasó ante ellos un grupo de soldados. Sus corazas chispeaban en la noche, y sus armas chocaban amenazadoras.

— ¿Sabéis dónde está el sepulcro de Jesús Nazareno?

Los dos viejos se alzaron llenos de inquietud.

— ¿Para qué lo preguntáis?

— Porque vamos a custodiarle y a sellar la losa que le cubre. Ya sabéis que aquel impostor dijo, cuando aún vivía y era libre: "Dentro de tres días resucitaré." No sea que sus discípulos lo desentierren y muestren luego al pueblo vacío el sepulcro y digan que resucitó realmente.

José de Arimatea se dejó caer en el peñasco.

Nicodemo extendió el brazo y señaló hacia el norte y el poniente de Jerusalén.

— Allá tenéis el sepulcro.

Y cuando quedaron solos se inclinó sobre José de Arimatea.

— No es a los discípulos a quienes temen. Es a Él, porque presienten su inmortalidad.

— ¿Y aún dudas?

José de Arimatea tenía hundido el rostro en las manos. Las lágrimas empapaban el lino de sus barbas.

Lejanos cantaban los gallos como en el momento de condenar Caifás a Jesús y de negarle Pedro. En lo alto del monte, detrás de las cruces, empalideciendo el resplandor de las hogueras, sonreían las primeras opalescencias del orto.

La "Cruz Blanca"

Por CARMEN GUTIERREZ DE PERAZZO



VERDADERO símbolo de salvación y pureza es el nombre y distintivo de esta nueva sociedad protectora de la infancia, que bajo la égida del Consejo Nacional de Mujeres ha formado un grupo de damas.

Son sus propósitos: "Atender, según sea el caso, pecuniaria, moral o espiritualmente, a la infancia y adolescencia abandonada, indigente o enferma, y a las solicitaciones de los jueces y Cámaras de Apelaciones a que se refiere la ley 10.903, cuando ellas tengan por finalidad, mejorar, fortalecer o restaurar situaciones individuales, de familia, de hogar, de salud o de ambiente, que procuren algún resultado beneficioso a los menores sujetos a sus respectivas jurisdicciones".

Hermoso, pero difícil y amplio es el fin de la flamante institución, cuya iniciativa y creación se debe a la señora Fabiola Tarnassi de Shilken, quien, conjuntamente con la esposa del juez correccional de menores doctor César Viale, doña Amalia C. de Viale, comparte la presidencia actual.

Difícil digo, porque el asombroso crecimiento de la población llena nuestra capital de una muchedumbre infantil carente de todo, desde el banco escolar hasta el mendrugo, desde el buen ejemplo familiar hasta leyes protectoras y salvadoras de su cuerpo y de su alma. Difícil pero no imposible remediar tanto mal, socorrer tanta necesidad, aliviar tanto dolor.

Hay muchos padres tuberculosos que crían a sus hijos en el foco mismo del mal, agravado por la miseria más extrema; hogares cuya vida deshonesta corrompe a los niños desde tierna edad, dedicándolos a la mendicidad, al robo o a vicios peores aún; familias que sufren una larga agonía por la falta material de pan y de techo medianamente confortable. Y bien: se impone la necesidad de separar esos niños, internarlos en una casa donde a la vez se eduquen, se fortalezcan y aprendan un oficio. Ayudar a los padres, curándolos, procurándoles trabajo bien remunerado, regenerándolos si es posible. Encauzar, en fin, en una vida más amable a cientos de familias que viven muriendo y cuyos niños, como única copa, reciben todo el dolor.

Para hacer todo esto se necesita cooperación popular, mucha ayuda oficial, mucho dinero para construir escuelas y hogares talleres, mucho patriotismo para no desmayar ante los casos de incomprensión o ingratitud.

En nuestro país la obra es más difícil que en otro cualquiera: somos una Babilonia, nos miramos con desconfianza, aunque mostremos el corazón a flor de piel. Además, el ochenta por ciento de niños descaminados se debe a que los padres, de cien regiones distintas, no saben criarlos en este ambiente saturado de libertades, y malogran ellos mismos un producto que, tal vez, allá, en sus tierras, con otras leyes y otras costumbres hubiera sido bueno.

Asimismo, debe tenerse en cuenta a aquellos personajes de la clase humilde que, sin conocimiento cabal de la obra social que protege a la infancia, se constituyen en sus detractores, provocando en parte de la masa popular animadversión hacia las instituciones de caridad.

El Patronato de Menores cuenta con un número más que regular de entidades y establecimientos que asilan a los niños comprendidos en la Ley 10.903. Hay escuelas agrícolas, escuelas industriales, casas hogar granjas hogar, colonias de niños débiles, casas del niño, asilos, talleres, asilos de retardados, reformatorios, casa de expósitos, instituto de asistencia infantil, asilos hogar, y muchos establecimientos más, donde miles de huérfanos, indigentes o enfermos, encuentran ternura, mesa abundante y asistencia médica. Pero aun no bastan. ¡Todo está lleno!

Es preciso levantar nuevos edificios para talleres, escuelas y reformatorios y llenarlos también con esa turba de menores, que no son, francamente, contraventores, pero vagan y sufren y se pierden a una edad en que deberían ser sanos, felices y puros.

La "Cruz Blanca" constituirá una hermana gemela de las instituciones oficiales y particulares que ya existen; éstas tienen mucho ya, aquélla, recién nacida, está pobre de medios, pero con el entusiasmo y corazón que alienta a sus fundadoras llegará también a tener mucho para prodigar el bien a brazadas. El camino es largo, la tarea ruda, pero nada se consigue sin sacrificio, y nadie haría nada si alguien alguna vez no comenzara.

Aunque su inauguración oficial no se ha llevado a cabo aún, cuenta ya la "Cruz Blanca" con el alentador aplauso del ministro de Justicia e Instrucción Pública, doctor Sagarna; del presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Mosca; del Intendente Municipal, doctor Noel; del jefe de la Asistencia Pública, doctor Zubizarreta; del juez correccional de menores, doctor César Viale; del jefe de policía, señor Fernández, y de otras personalidades más, que tanto pueden para el éxito de estas instituciones, que al hacer de cada niño un hombre útil y de cada niña una mujer buena, van procurando la patria ideal.

Votos augurales para la "Cruz Blanca". Que su lema "Salvemos a los niños por la caridad, por la ciencia y por el amor" tenga eco en todos los corazones, y que esa cruz de brazos blancos irradie tanta luz para los desheredados como aquella otra cuyos leños florecieron veinte siglos ha.

Una visita al doctor Marcos M. Avellaneda en su residencia de Mar del Plata

(Continuación de la pág. 17)

el obispo fijó de antemano, en la famosa Gran Colecta, la suma que cada rico debía dar en relación con sus caudales. Una vez, Victoria organizó una fiesta de caridad aquí mismo, en el Bristol. Cano —inolvidable propietario del hotel — hizo el presupuesto de lo que la fiesta iba a costar. La primera partida de ese presupuesto decía: "*Tantos cajones de champagne: 1.000 pesos.*" Victoria tachó esa partida. Inmediatamente recorrió las casas de sus amigas. Pidió que le cedieran a ella la copa de champagne que tomarían en la fiesta. ¡Claro! Todas accedieron, riéndose con cariño de aquella mujercita caprichosa. Y la noche de la fiesta, en el momento destinado al champagne, Victoria dirigió la palabra a los concurrentes: "Hoy — les dijo — no tomaremos champagne, aunque figure en el menú. Aquí, en este cheque de mil pesos destinados a los pobres, está todo el champagne que posiblemente iba a hacernos muy mal. En lugar de subírsenos a la cabeza, hagamos de cuenta que se nos ha subido al corazón." Hubiera querido besar las manos santas que sostenían el cheque de los pobres...

COMENTA, elogiosamente, el discurso que José Tomás Sojo pronunció en la tumba de don Pedro Luro:

"Luro no era un visionario. Era un vidente..." Muy sugestiva también aquella parte en que Sojo decía que no era posible dar el nombre de Pedro Luro a la avenida principal de Mar del Plata, porque ya llevaba el nombre de su padre. Un hermoso discurso, a fe... Siempre se habla bien de los muertos, pero no siempre *se les habla bien*... A menudo recuerdo un discurso necrológico que oí en Tucumán. Yo fuí a ese entierro. El orador era don Justino Posse, me parece. El comienzo del discurso me hizo helar la sangre: "Señores — exclamó con lágrimas en los ojos: — lamento no ser un Bossuet para pronunciar una oración fúnebre tan sublime como aquella que él pronunciara en la tumba del príncipe de Condé. Pero ustedes no dejarán de convenir conmigo en que si yo no soy Bossuet, tampoco este pobre amigo que venimos a enterrar fué nunca un príncipe de Condé."

ES usted tucumano?

— ¡Porteño! El tucumano era mi padre. Y pocos hombres de gobierno han podido hacer por su provincia lo que él hizo. Salió de Tucumán en carreta. Regresó a Tucumán llevando el ferrocarril...

EL doctor Avellaneda tiende en la despedida sus dos manos. Acoge con filosófica resignación los augurios de la vieja amistad. Y me despide como un altivo griego de Plutarco:

— *Hay que resignarse. En la vida terrena sufrimos y gozamos un poco de lo que nos espera más arriba. Nadie vive de balde, mi amigo...*

(Afuera, en la calle, la luz me sofoca.)

TAXIMONOPLANOS EN PARÍS

HAN empezado a circular en las calles de París, como un ensayo, doscientos taximonoplanos ("taxis" de un solo pasajero) para ver si se consigue descongestionar el tráfico.

El nuevo "auto" de punto es considerablemente pequeño, siendo el asiento del pasajero como de veintisiete pulgadas de ancho.

El principal incentivo de la nueva máquina para adquirir pronta popularidad, es que por los primeros seiscientos metros cobra sesenta céntimos y después cincuenta céntimos por kilómetro.

Para la gente menuda

Por LA ABUELITA

LA LIBÉLULA



JAIME Galván: si se porta mal ante el inspector, ya sabe lo que le espera. Le haré expulsar de la escuela.

Esta amenaza de la nueva maestra fué oída por Jaime por décima vez desde la víspera.

Venía el inspector para confirmar en su puesto a la maestra del pueblito, si encontraba bien su trabajo, o a reemplazarla por otra en caso de no ser así.

Jaime Galván era un muchacho terrible, y desde su llegada no hacía más que mortificar a la maestra durante las clases. Todas las travesuras imaginables para indisciplinar a los compañeros eran obra suya.

Mientras se hacían nerviosos preparativos en espera de la visita, penetró en la clase una libélula por la ventana.

— ¡Qué bonita es!

— ¿Es azul o verde?

— Sus alas parecen de encaje.

— He visto muchas en el campo, pero ésta me gusta más.

Cambiábanse estas frases entre los pequeños. En vano la señorita trataba de imponer orden, temblando ante la posible entrada del inspector.

Jaime se levantó sin permiso y fué a capturar la intrusa sobre la pared. La maestra adivinó la mala intención del muchacho: esperaría el momento en que diera su lección para soltar el animalito y poner la clase en gran desorden.

Abrióse la puerta para dar paso al inspector acompañado por tres señores del Consejo.

Pálida de espanto y de emoción, la maestra se aproximó a Jaime, y susurró en su oído:

— Jaime, hijo mío; no me hagas sufrir.

El chico bajó los ojos y repitióse: "Me ha dicho hijo mío."

Su gesto cambió, quedó atento durante la clase, mirando a los señores, que apuntaban algo en sus libretas.

¿Serían malos?... La señorita parecía temerles.

Al terminar la clase, felicitaron a la maestra, y el inspector dijo:

— Tiene usted mucha autoridad sobre sus discípulos. Me gusta eso.

La voz de la señorita se levantó alegre para anunciar, una vez retirados los visitantes:

— Perdono todas las penitencias de hoy. — Luego, acercándose al revoltoso, pasóle suavemente la mano por la cabeza, diciéndole en voz muy bajita: — ¡Gracias, Jaime!

Era la primera vez que el muchacho oía palabras cariñosas. Huérfano desde pequeño y criado entre extraños, solamente recibía brusquedades. Por eso era malo. Pero la señorita había hablado a su corazón y, en adelante, sería bueno en la escuela.

La maestra preguntó en voz alta.

— ¿Dónde está la libélula, Jaime?

— Aquí, señorita.

— ¿Qué haremos con ese lindo animalito? Que Jaime disponga, ya que supo guardarla viva y oculta en su banco, durante la visita.

El muchacho se aproximó a la ventana y la dejó volar.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! — gritaron todos alborozados. — ¡A ella también se le perdona la penitencia!

SECCIÓN RECREATIVA



¿QUÉ SUSTO?

Conejito se hacía retratar en airosa apostura cuando hubo de modificarla, justamente en el momento de abrirse el obturador. Saldrá como un mamarracho. ¿Qué pudo asustarlo así? Los números nos darán la clave, si los unimos por orden.

SOMBRAS CHINESCAS



Gato — Hombre de mal genio — Viejo gruñón — Un orador — El jockey — Vendedor ambulante

EL PAJARITO



Gusta a todos los niñitos dibujar animales conocidos, desde que saben manejar un poco el lápiz. Por eso ofrezco a mis lectorcitos una manera fácil de hacer un pajarito, sin recurrir al papel de calcar.

El procedimiento de absorción devuelve la juventud

(Del "Home Maker")

El éxito ha coronado el esfuerzo de los hombres de ciencia que durante tantos años han estado buscando un método efectivo de quitar la piel exterior del rostro, en los casos en que dicha piel, debilitada y avejentada por el desgaste, da a la cara un feo aspecto de vejez prematura. El procedimiento descubierto no causa dolor ni daño alguno; y es tan económico y sencillo que sorprende que no haya sido antes puesto en práctica. Está plenamente demostrado que la cera pura mercolizada, en venta en todas las farmacias, absorbe la cutícula gastada, vigoriza el cutis que hay debajo, y permite su aparición, hermosamente sonrosado y lozano. Dicha cera se usa por las noches, retirándola a la siguiente mañana con un poco de agua tibia. Este procedimiento tiende también a limpiar los poros obstruídos, facilitando la función respiratoria de la piel, conservando así el color natural y hermoso del nuevo cutis.



Con su traje dominguero, doña Osa se presta admirablemente para recibir un bonito colorido. Luego, deben pegarse en cartulina, las dos piezas, y practicar medio corte en las líneas de puntos para doblar en arista. Se pega la espalda y arma todo en forma de pirámide como puede verse en el diagrama. Si se pone un carretel vacío en la base, clavado en un alfiler o aguja larga que sirva de eje, puede verse caminar a doña Osa.

SECCIÓN RECREATIVA

El tintero misterioso



Lolita destapó un tintero que acababa de comprar, y con gran sorpresa suya vió escapar de su interior algo que mis nietecitos descubrirán si reúnen los números, ordenadamente, con una línea continuada.




En el circo

Tómese una carbonilla o una pluma con tinta negra y tápense las líneas blancas que sobran en el grabado negro hasta obtener el cuadrito del payaso y su perro pruebista.

Hay que pensarlo



Nada sería para el verdulero llegar a la casa con su mercadería si en el camino no estuviera el perro. Como tiene cara de pocos amigos, dirigirá su carrito de manera que no pase por el centro.

—¡Hay que pensarlo bien, antes de entrar! — dice el cómico vendedor. ¿Qué camino tomará?

¡TRES MINUTOS DE CÁRCEL!

Hace poco compareció ante uno de los juzgados de Londres un individuo acusado de haber dado un tirón de narices a un agente del fisco. Se celebró el juicio, y el hombre fué condenado a veinticuatro horas de prisión.

En Inglaterra existe la costumbre de contar la duración de la pena desde el mediodía del día precedente a la sentencia. En este caso que referimos, la sentencia fué pronunciada al mediodía menos tres minutos, de modo que, en cumplimiento de la costumbre, el procesado había de sufrir tres minutos de cárcel. El condenado aceptó sin protesta, y, al terminar el juicio, cumplió la condena.

¡Bien puede decirse que, con esta *performance* ha *batido* el *récord* de la *velocidad carcelaria*!

La Pampa no tiene ombú

Por Pedro T. Lobo

Allá en Quemú-Quemú —
Que suena a "¡Qué hacés!, ¡Qué hacés!"—
Existe el gato montés
Pero no existe el ombú.

Lo mismo es en Caleufú,
En Catriló y Quetrequén,
Que tienen sólo el caldén
Y ni vestigios de ombú.

Igual dice Aranzasú,
Vecino de Lonquimay,
Que no conoce ni hay
Rastros allí del ombú.

Tampoco en Chadí-Leuvú,
En Toay, Epupel, Naicó,
En Rancul y en Realicó
Lo recuerdan al ombú.

Y así Hucal, Chapaleufú,
La Copelina, Quehué,
Cayupán y Guatraché,
Jamás tuvieron ombú.

Ni el mismísimo "ñandú",
Ave zancuda y matrera,
Sabe que en la Pampa entera
Exista un tronco de ombú.

General Pico (Pampa).

Cosas y costumbres de Tahiti



ESTA pequeña isla, situada en el archipiélago polinesio, fué descubierta en 1605 por Quirós, que la llamó Sagitaria. Wallis, Bougainville, Cook, que la visitaron después, recibieron la mejor acogida de los indígenas. En 1797, misioneros protestantes, agentes de las misiones de Londres, desembarcaron en la isla y al cabo de veinte años consiguieron destruir el paganismo. El jefe Pomaré, que había ayudado a los misioneros a difundir el culto protestante, logró, con el apoyo de ellos, hacerse nombrar rey de las islas de la Sociedad y de sus dependencias.

Los Pomaré se sucedieron hasta 1827, fecha de la muerte de S. M. Pomaré III. Entonces la hermana de este último, Aimata, fué proclamada reina bajo el nombre de Pomaré Vahiné (mujer) y llevó el título de Pomaré IV.



Danzas tahitianas

La reina y los grandes jefes solicitaron en 9 de septiembre de 1842 el protectorado de Francia y el rey Luis Felipe ratificó el tratado en marzo de 1843. No tardó en surgir un conflicto entre ciertos indígenas que deseaban el protectorado de Inglaterra y la reina se refugió en un vapor inglés. El capitán de navío Bruat, nombrado gobernador, instituyó un regente; mas, a pesar de esto, la autoridad de los franceses quedó quebrantada y no pocos oficiales y soldados perecieron en emboscadas tendidas por los indígenas. Hasta diciembre de 1846 no fué vencida la insurrección.

La reina Pomaré IV, restablecida por los franceses, derribada por su pueblo y restablecida una vez más, abdicó y luego volvió al poder. Desde entonces reinó en Tahiti la mayor tranquilidad.

Aunque todas las plantas importadas crecen en la isla, ésta sólo produce lo necesario para el consumo de sus habitantes, demasiado perezosos y apáticos. El algodón, el tabaco y el índigo crecen en estado silvestre; la caña de azúcar y el café son de calidad superior, pero de producción muy escasa.



Un detalle de la ribera

Los indígenas son de una inteligencia notable. Casi todos saben leer y muchos escriben de un modo bastante satisfactorio. Son grandes, fuertes, ágiles y serenos; sus costumbres pasan de voluptuosas, lo que ha valido a la isla el nombre de Nueva Citeres.

Papeete, la villa principal de Tahiti, está situada a orillas del Océano. La bahía de Papeete es vasta y profunda, alcanza de 200 a 300 metros de profundidad y está protegida por un arrecife de coral. Aunque construída en terreno plano, la villa sólo dista 300 metros de las altas montañas. El principal producto de exportación es la nuez de coco seco, que sirve para fabricar aceite para los jabones.

La bahía de Papetoai o de Taren está en la isla de Mooren, frente a la de Tahiti, de la que separa un brazo de mar de 12 a 15 kilómetros. Es la más pintoresca de todas las de esta parte de Oceanía. Uno de sus picos, el Muaroa, parece una flecha que se lanza al cielo hasta 1.000 metros de altura y cuyo pie se baña en el mar. Se necesitan varias horas para llegar a la base de esta enorme aguja, cuya ascensión es imposible, porque es de roca desnuda y de pico muy abrupto.

La bahía de Port-Faetón, situada en el istmo de Taarava, que separa la península de Tazarapú de Tahiti, está llamada a un gran porvenir. Sus alrededores son deliciosos.

El Faatana es uno de los principales ríos de Tahiti; provee de agua deliciosa a la villa de Papeete y sus riberas, de rica vegetación, son pintorescas en extremo y constituyen el paseo predilecto de los papeitianos.

Las cataratas del Faatana están a 10 kilómetros de Papeete, pero el camino es penoso, y en su segunda mitad hay que recorrer algunos trechos con el agua hasta los hombros, lo que dista de ser alentador. Después de cinco o seis horas de trabajos se llega a la gran caída. El agua cae de una altura de 200 a 220 metros, en medio de una espléndida vegetación de bananeros, cocoteros y otras plantas tropicales. Hace falta un fuerte machete para irse abriendo camino, que dos semanas después ya está recubierto de una nueva vegetación.

En el bosque se hallan en estado silvestre, sin exigir más trabajo que el de ser recogidas, grandes cantidades de bananas, feis, manzanas, pan vegetal, naranjas, limones, etc., y ni un solo animal venenoso, a excepción de las avispas.

La upampa o danza es, con el canto, el placer favorito de los tahitianos. Algunas de esas danzas son guerreras y producen gran entusiasmo a los indígenas. Cada tribu tenía en otras épocas un grupo de danzantes y entre ellos eran elegidos los más valerosos guerreros. La pana o danza de placer se celebra con motivo de cualquier suceso agradable. Los tahitianos son niños grandes y para ellos todo es motivo de diversión. Al proyectar una fiesta preparan de antemano vino de naranja y cuando han reunido gran cantidad, empieza la diversión y dura hasta que haya sido bebida la última gota, lo que a veces exige varios días de holgorio.

El tallista de imágenes

(Continuación de la pág. 9)

nuestra iglesia lleve la advocación de nuestro fundador San Onofre; pues, de no ser así, los fieles creerán que puede haber mayor santo que el ilustre anacoreta que ha instituído nuestra orden, y esto nos perjudicaría.

El subprior dijo:

—Los santos más venerables no son más que pálidos reflejos de Cristo, su modelo. Si queréis creerme, consagraremos esta iglesia a Jesús Nuestro Señor, del cual ha venido la salud a los hombres y de donde toda santidad procede.

El monje Alcuino, que tenía más de cien años de edad y que era tan delgado y decrépito que su blanco hábito flotaba sobre su cuerpo, como ropa puesta a secar sobre un nudoso sarmiento, tomó a su vez la palabra, diciendo:

—Yo propongo la advocación del Dios Padre, a quien se nombra poco y al cual se olvidaría pronto a no haber la costumbre de recitar el "Padre nuestro". Y sin embargo Él es el que ha creado el mundo. Durante más de cuatro mil años los hombres no han tenido otro Dios; al presente lo adoran muchos pueblos que no conocen a su Hijo.

El monje Teobaldo se encogió de hombros. Era éste el más profundo teólogo de la abadía; nunca salía al campo, y vivía en la biblioteca sepultado entre pergaminos, descifrando antiguas escrituras. Tenía fama de excéntrico por sus opiniones particulares sobre todas las cosas.

—Yo quisiera—dijo el monje Teobaldo—dedicarla al Espíritu Santo, porque su reino va a venir. Después de la revelación del Dios Padre a Abrahán, después de la del Cristo a los Apóstoles, habrá la del Espíritu Santo. Es necesaria, porque considerad cómo está el mundo. Reinan la impiedad y la concupiscencia, y continúan condenándose la mayor parte de los hombres. El Espíritu acabará la redención: esto está anunciado en el Evangelio, y sólo falta saber leerlo...

Al oír estas palabras, el prior frunció el entrecejo, y el subprior hizo señas a Teobaldo de que se callara.

Eginardo, un monje de treinta años y de aspecto imperioso y duro, exclamó con voz fuerte:

—De buen grado elegiría para patrón de nuestra iglesia al papa San Gregorio. Más poderoso que los emperadores y los reyes, comprendió que la fuerza material, que, como todo lo demás, proviene de Dios, es todavía el medio de acción más eficaz en manos de sus servidores, y que es verdaderamente caritativo el que se atreve a obligar a la humanidad a admitir su propio bien.

—Pues yo—dijo el padre jardinero—prefiero a San Fiacre, que no fué en su vida mortal más que un pobre hombre dedicado a su oficio, y que tenía el temor de Dios, pues justamente la mayor parte no somos más que pobres hombres, a quienes conviene dar ejemplo de virtudes que puedan comprender e imitar.

En ese momento pasó por el sendero un labriego con su azadón al hombro. Cuando llegó al pie del terrado, llamóle el prior cortésmente, y le dijo:

—Si fueras suficientemente rico para edificar una iglesia, ¿a quién la consagrarías?

El labriego contestó:

—No diré mal de Dios ni de la Virgen María, ni de otros santos del cielo; pero si queréis saber mi intención, os digo que yo elegiría a San Cucufate: es en quien tengo más confianza, porque ha curado a mi vaca y me ha hecho encontrar tres gallinas que se habían perdido.

Un poco después una mujer joven traspuso el recodo del sendero. Humilde pero curiosamente vestida, llevaba un niño en los brazos y otro de la mano.

El prior la llamó cariñosamente, le hizo la misma pregunta que al labriego, y ella contestó, sin vacilar:

—Yo dedicaría la iglesia a la madre de Dios.

—¿Por qué?

—Porque es madre.

Norberto había permanecido silencioso y pensativo, viendo desaparecer los oros y las púrpuras del sol poniente, pero cuando oyó la respuesta de la aldeana, exclamó:

—¡Oh mujer, tienes razón! Pero yo no consagraría el templo a María madre de Dios, sino a la Virgen María, porque es inmaculada, porque no se entregó a ningún hombre, aunque tuvo compasión de todos ellos, y porque fué soberanamente pura y soberanamente dulce mereció ser la madre de Dios. Es, pues, permitido, y confieso que a mí me es particularmente agradable el amarla sobre todo como virgen y como madre de los hombres, honrándola únicamente por su castidad y caridad.

De pronto, el ecónomo del convento, hombre grueso, colorado, de cara larga y ojos vivos, adelantóse hacia el corro que formaban los monjes.

—Padres míos—dijo,—si queréis creerme, no debemos dedicar nuestra iglesia ni a Dios Padre, ni a Dios Hijo, ni al Espíritu Santo, ni a San Gregorio, ni a San Onofre, ni a San Fiacre, ni a San Cucufate, sino, si esto no desagrada, al bueno de San Ildefonso.

—¿Por qué razón, padre ecónomo?—preguntó el prior.

—Porque este es el nombre del noble duque de quien somos vasallos; esto le complacerá y le hará desistir quizá de expoliarnos bajo pretexto de que somos ricos. Conviene atraerse a los poderosos, si se puede, por medio de procedimientos corteses; porque los tiempos están malos, y ya se empieza a tener menos miramientos con las gentes de iglesia y con los pobres religiosos.

—Pero vuestro San Ildefonso no es un santo muy notable—observó el monje Eginardo.—¿Qué ha hecho? ¿Qué se sabe de él?

—Poca cosa, en verdad; pero hay seguridad de que fué por lo menos un hombre de bien, puesto que figura en el calendario.

—Eso nada prueba—refunfuñó el monje Teobaldo.

—En fin—insistió el padre ecónomo,—me parece que para nosotros debe ser el más grande el que mejor pueda servirnos. Por otra parte, todo templo es de Dios ante todo; esto se cae de su peso, y además, el que elijáis el patronato del santo cuyo nombre lleva nuestro digno soberano no os impedirá adornar vuestra iglesia con las imágenes de la Santísima Virgen y de todos los santos que os plazcan.

DESPUÉS de una discusión bastante viva se decidieron por el parecer del padre ecónomo, conviniendo en que la estatua de San Ildefonso se colocara sobre la puerta principal de la nueva iglesia, un poco más arriba la de la Virgen María y sobre la punta de la cornisa la de Jesús Crucificado.

Norberto fué el encargado de esculpir estas tres imágenes. Talló con poco cuidado la de San Ildefonso, pues no sabía con toda precisión qué profesión

(Continúa en la pág. 70)

El Barón de Cabriñana

Por

RICARDO VILLARAN



SE le llamaba así porque conocía de memoria el código de duelos del marqués español, sirviendo de consultor gratuito en todos los lances de honor contemporáneos. Por mucho tiempo fué padrino obligado en los duelos de la alta sociedad. Era nieto de un general de ejército, que ganó sus ascensos en nueve revoluciones sucesivas, y cuyo apellido fué barajado siempre en todas las combinaciones ministeriales de todos los partidos y de todos los matices. Fué muy influyente, y, como es sabia costumbre en estas tierras de América, ocupó la presidencia de todas las sociedades e instituciones públicas, dejando, al morir, el recuerdo imborrable de su voz cavernosa y una combinación de truco, al que legó su nombre.



Cabriñana no heredó el carácter batallador del abuelo. Desde el colegio mostróse, al contrario, sereno y filósofo; adulaba a los maestros, era cariñoso con sus compañeros, y estudiaba escasamente. Por lo general, era querido. Sus trajes flamantes y sus cigarrillos habanos le daban cierta ascendencia, de la que no abusaba. Tenía por principio no discutir, conformándose siempre con el parecer de los demás. Cuando llegó en el colegio a los cursos de pensar forzoso, y donde la memoria es apenas auxiliar miserable, dejó las aulas, entrando como empleado en una compañía de recaudaciones. Allí se hizo estimar. Su carácter conciliador y respetuoso, la variedad de sus corbatas y de sus polainas atrajeron la admiración y simpatía de sus camaradas, que lo acogieron sin reservas. Además, como se le consideraba inofensivo y trabajaba apenas, no turbaba la buena marcha administrativa, ni incubaba, por consiguiente, odios y recelos entre los empleados capaces y cumplidores. Llegaba tarde, leía los periódicos, dirigía algunas tarjetas de cumplido, se informaba de la salud de sus camaradas, y escapaba, excusándose. Sus jefes habían concluído por resignarse, benévolos: pedía de tal modo y se disculpaba en tales formas que hallaban natural su condescendencia; y viéndolo despacio, era casi necesario, en toda institución que de respetable se moteja, un empleado decorativo que diera lustre al cuerpo.

Nadie como Cabriñana conocía al dedillo las fórmulas sociales y los protocolos administrativos, sirviendo de consultor obligado en dudas y conflictos de ese género. Así, cuando el gerente dió el famoso banquete al Directorio, por los días de Pascua, fué nuestro héroe el árbitro y director de la fiesta toda; él redactó las invitaciones, arregló el menú, señaló la jerarquía correspondiente a los asientos; y su parecer prevaleció en la zozobra angustiosa de la señora gerenta, de si la fruta se servía después del helado, o los postres antes del champaña. Fué por esto que, meses más tarde, cuando el conflicto surgido en la gerencia — entre dos empleados laboriosos acreedores a un ascenso vacante, — el señor gerente resolvió la disputa entregando el puesto a Cabriñana, evitando de ese modo forcejeos y luchas que habrían traído necesariamente enemistad peligrosa entre empleados indispensables y celosos.

Empujado así, flotando siempre, sin envidias de los unos ni recelos de los demás, Cabriñana sobrenadaba como el corcho en aguas turbulentas, ocupando los puestos más sabrosos, que subalternos solícitos trabajaban por él. Ya, cuando el gran baile al embajador de Lusitania, ejercía el alto cargo de consultor del Directorio; y fué allí, en ese baile memorable, cuando después de un "chárleston", que Cabriñana dibujó con soltura de profesional y elegancia de artista, que Elisita Guevara — la mimada hija de nuestro rico y noble canciller Ladrón de Guevara — se enamoró de su silueta modernista, pidiéndoselo a su padre en matrimonio.

Seria contrariedad trajo al señor ministro esta petición, pues si bien era cierto que su corazón llano y sensible no osaba negar nunca, recordándose el caso que, siendo ministro en una nación vecina, obsequióla con un trozo de montaña, por conseguir su voto esquivo, logrando el alto honor de convertir a la capital en envidiable sede del Quinto congreso veterinario latinoamericano; sin embargo, resistíase su sangre azul y noble, donde se enseñorcaban las hazañas de quince Ladrones, de emparentar con un plebeyo; y aunque era cierto que Cabriñana se codeaba con la alta "crème", que llevaba un apellido bien sonado, y que en "pose" aristocrática muy pocos le igualaban, titubeó, angustioso, por largo tiempo. Pero, padre al fin, cedió, sensible, ante el argumento que Elisa le presentó, llorosa: "Que aunque era evidente que Cabriñana no era de alta cuna, debería merecerla, sin duda alguna, desde que el mundo le otorgaba cariñosamente el título de barón."

Por lo demás, el mismo novio, enterado de todos los árboles genealógicos coloniales, conocía perfectamente los que tenían escudo por su sangre y los que tenían sangre por sus escudos. Profesor en heráldica, desentrañaba un apellido de todos los entroncamientos enmarañados que el tiempo acumulaba, considerándosele al efecto como hábil consultor.

Llegóse así a saber por su conducto, que Fritz Armando de la Rastá, que paseaba su perfil orleanista por los suntuosos salones de "l'élite", era simplemente el rico nieto de un polaco de blusa y pipa, que vino al puerto de mecánico; y que, en cambio, Julián Muñoz, juerguista descuidado y calavera, era nada menos que tercer nieto del conde de Piedras Gordas y del Río.

El casamiento celebróse con gran pompa; el jefe del Estado acudió al espectáculo, mil sombreros de copa honraron la ceremonia, y las "Notas sociales" de los periódicos todos, consagraron largas columnas a la fiesta.

Meses después esparcíase la noticia con general aplauso: Cabriñana era nombrado secretario encargado en una nación hermana.

Y cuando espíritus retrógrados abrigaban temores sobre la capacidad del flamante secretario, el señor ministro las atajó, diciéndoles:

— Va de segundo, Quispe...

Silvestre Quispe era un norteño capaz y talentoso, modestísimo empleado en Relaciones, y obligado consultor de los ministros y oficiales, pero que la ignorancia en el uso de guantes y de polainas lo tenía sumido en la penumbra.

Y es lo que el nieto de los Ladrones afirmaba:

— Cabriñana será el cuerpo, la distinción, el porte elegante, la atracción a la vista; dotes indispensables en toda embajada indispensable...; de cerebro va Quispe.

Y por eso es que la Nación abonó desde entonces dos mil pesos por "la atracción indispensable", y trescientos escasos por el fútil "cerebro".

El tallista de imágenes

(Continuación de la pág. 68)

había ejercido el santo, e hizo de él un caballero con objeto de agradar al señor duque, revistiéndolo de una armadura de hierro y juntando con exactitud sobre el pecho los enormes dedos de sus manos, cubiertas de guanteletes. Esta obra quedó pronto terminada.

Después esculpió en un trozo de granito un crucifijo de cuatro toesas de altura, descarnado, sangrando del costado, las rodillas parecidas a cabezas de muertos, con agujeros en los sobacos por causa de la tensión de los brazos, con hilos de sangre que se cruzaban por todo el cuerpo y venían a reunirse en sus pies hinchados, filtrándose por entre los dedos. Verdaderamente, este Cristo, con su cabeza inclinada y convulsa, parecía haber acumulado en sí la gran miseria humana, la desesperación de los muertos de hambre, el desaliento de los abandonados, las torturas de los enfermos, de los endemoniados, de los leprosos, de los que mueren en suplicio, y, en fin, de todos cuantos padecen en su carne; pero al propio tiempo la santa faz revelaba la resignación y la certidumbre de la libertad y del reposo; pues mientras el cuerpo sangriento decía "sufrimiento', la cabeza, aunque coronada de espinas, expresaba claramente "esperanza".

Pero aunque Norberto empleó en esta obra todos sus cuidados y toda su piedad, pensaba incesantemente en la Virgen María, cuya imagen debía tallar también, y reservaba para ella, sin decirlo, todo el esfuerzo de su arte y de su amor.

— Y bien, hijo mío. — le dijo el prior, — ¡que Dios guíe vuestra mano para que nos talléis una imagen exacta de la Virgen María, con el niño Jesús en brazos.

— Pero, ¿no sería mejor representarla en el aspecto que deba serle más agradable? — observó Norberto.

— ¿Y cuál mejor? ¿No es su más hermoso título el de madre de Dios?

— Sí — replicó Norberto; — pero a mi modo de ver yo la enaltecería más representándola, no en su gloria, sino en la actitud de las virtudes por las que la ha merecido. Si se la representa con un Dios en los brazos, aunque sea niño, ¿cómo elevar a ella nuestros ruegos sin detenerse en él? Además, ¿qué expresión puedo dar a su semblante? Me es difícil idearlo. Puede sentir por Dios los verdaderos afectos de una madre, el enternecimiento por la debilidad de aquel pequeño ser, la profunda alegría de poseerlo enteramente y de protegerlo; pero si ama a su hijo como verdaderamente madre, con ternura de carne y de sangre, paréceme que entonces no amará tanto a los hombres. Sin embargo, yo estoy persuadido de que nos ama, pues estando más cerca de nosotros que el Ser Supremo, nos comprende mejor. Hay pecados que Dios solo no perdonaría y que quizá no tenga derecho a perdonar, pero allí está la Virgen, que lo obliga a absolverlos, diciéndole: "¡Perdonad! Yo me hago responsable de sus faltas. ¡Si supieras cuán desgraciados son esos pobres hombres, cómo la materia les oprime y por lo tanto obran poco tal como desean! ¡Ah! ¡Todos ellos serían santos si tuvieran las especiales gracias que yo he recibido!" La Virgen, pues, posee la inmensa compasión y la infinita misericordia: son su misma esencia y constituyen su verdadera gloria. Ahora yo os pregunto: ¿Puede ella tener piedad de Dios? Deseo representarla con las manos extendidas sobre los hombres, y no podría extenderlas teniendo un niño en brazos.

— Hijo mío — replicó el prior, — esas razones son extrañas, con tendencias heréticas. Os mando que hagáis la estatua de la Virgen María tal como os he dicho.

NORBERTO no obedeció.

Mientras trabajó en la estatua no permitió que nadie la viese, bajo pretexto de que las observaciones de sus hermanos embrollarían sus ideas, y solo, con su sueño, talló la Virgen María tal como la había imaginado.

Alta y envuelta en grandes y flotantes pliegues, con la cabeza inclinada hacia los hombres, la Inmaculada les tendía las manos abiertas que transmiten los perdones.

LA Santa Cruz, la estatua de la Virgen y la de San Ildefonso fueron colocadas en los sitios convenidos.

La iglesia se hallaba casi terminada.

Norberto, poseído de ferviente celo por la casa de Dios, pasaba los días sobre la techumbre, en medio de la aérea selva de piedras, o bien vagando por las galerías delicadamente talladas, entre los monstruos de los canalones y los arquitrabes de las ojivas; llegando al extremo de que una tarde no bajó de aquellas alturas, pues quería meditar allí toda la noche y sorprender los fantásticos reflejos de la luna penetrando a través de aquellas obras arquitectónicas.

Hallábase en lo alto de una de las torres, sobre una plataforma, cuya balaustrada no estaba colocada todavía, e intentó ver si podía contemplar desde allí la efigie de su querida Virgen.

Se inclinó hacia adelante, y aunque muy lejos, creyó distinguir las dos manos que sobresalían del nicho.

Inclinóse un poco más, se le fué un pie y cayó dando un grito.

En su caída tropezó con una cornisa, botó sobre las planchas y fué lanzado sobre el friso saliente y puntiagudo, encima del cual se elevaba una cruz de piedra.

Agarróse con las dos manos a los brazos del Crucificado, y su cuerpo quedó pendiente en el vacío, a lo largo de la cruz.

Allí, cara a cara con el Cristo, con los cabellos erizados de espanto, suplicóle humilde y desesperadamente que lo salvara, y luego comenzó a gritar con todas sus fuerzas; pero los buenos de los monjes dormían con sueño tan profundo, que nadie oyó aquellos gritos.

Algunas aves nocturnas revoloteaban, enfurecidas, sobre la cabeza del desgraciado; los pies de éste rozaban en balde la resbaladiza piedra, buscando un punto de apoyo; sus dedos se aplastaban sobre los brazos de granito y sus uñas chorreaban sangre.

Sentía un peso enorme atraerle hacia abajo, y hasta en un momento parecióle que el semblante del Cristo, iluminado por la luna, retrocedió, haciendo un gesto de desvío irónico.

Sus dedos resbalaron, soltando el asidero de piedra.

— ¡Ah Jesús, te vengas! — exclamó el desgraciado monje. — ¡Virgen María, socórreme!

Y otra vez cayó.

Cayó, sin hacerse mal alguno, sobre las palmas de las marmóreas manos de la Virgen, que se alzaron un poco para detenerlo.

Y allí quedóse dormido como un niño en su cuna.

Al ser de día despertáronse los monjes, lo vieron y subieron hasta donde estaba por medio de largas escalas. Todavía dormía.

— ¿Por qué me despertáis? — dijo.

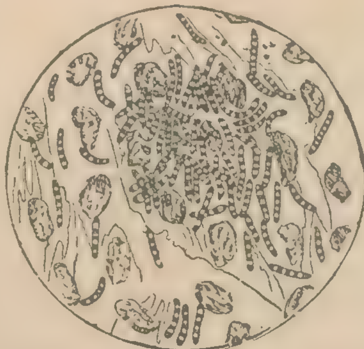
NO reveló a nadie los sueños que tuvo en los brazos de la Virgen ni lo que ésta habíale dicho. Pero desde aquella noche demostró gran devoción hacia el Cristo Redentor, y vivió en la mayor santidad.

Infección por las momias

Microbios de 4000 años



EL doctor Sorgnac, que fué catedrático de bacteriología de la Sorbona, de París, en una obra titulada "La egiptología y la salud", que, por cierto, representa muchos años de estudios, investigaciones y experimentos, ha hecho a la humanidad una importantísima revelación. Para este sabio el origen de la tuberculosis, que devasta al mundo civilizado, hay que buscarlo en las tumbas del viejo reino de los faraones.



Microbios encontrados en una momia egipcia

De no haber invadido Napoleón aquellos misteriosos países y saqueado los hipogeos, llevando luego triunfalmente a Francia los restos momificados de los reyes y reinas egipcios, la tuberculosis sería prácticamente desconocida hoy.

Cada cadáver de egipcio, rey o vasallo, es un espantoso semillero de bacilos de la tuberculosis, los cuales, al tornar a la luz del día, tras su largo sueño de cuatro mil años, han vuelto a recobrar toda su destructora fuerza, pareciendo probar esta teoría el que al ser desenterradas las primeras momias en las pirámides de Gizeh, estalló entre los obreros empleados en la exhumación una epidemia de tuberculosis, que alcanzó a los hombres de ciencia que tenían a su cuidado la preparación de los desecados cuerpos para su embarque y transporte a Francia.



Una momia en su ataúd de madera, destruído por la acción del tiempo

Verdaderamente se resiste la imaginación a creer semejantes asertos. ¿Cómo pueden haber sobrevivido esos gérmenes microscópicos a cuarenta siglos de encierro? ¿No ha afirmado la ciencia que la vida de los microorganismos es, por lo general, corta, tan corta, que algunos de ellos sólo existen minutos? ¿No es necesario a esas temibles bestiecillas, para vivir, el elemento indispensable a todo ser organizado, o sea el oxígeno? A todo esto contestaremos con argumentos que si no acaban de convencer completamente al lector, inclinarán acaso su ánimo hacia la benevolencia, respecto de las teorías del doctor Sorgnac.



Sarcófago de basalto para guardar una momia

El célebre bacteriólogo Pasteur demostró que los microbios pueden vivir sin oxígeno libre, con tal que dicho cuerpo exista en las substancias químicas que sirven de alimento a la bacteria. También se ha probado que la ausencia de aire respirable tiene un efecto ulterior, o sea el permitir a los microbios conservar por largo tiempo su facultad de causar fermentaciones, de producir venenos y de determinar infecciones. Así, por ejemplo, las experiencias de Fajans y Hueppe nos enseñan que los cultivos del bacilo del cólera mantienen su virulencia durante varias semanas y aun meses, siempre que permanezcan aislados del contacto del aire.

El tremendo poder de resistencia del bacilo ha sido evidenciado numerosas veces en modernos experimentos. La simple congelación destruye algunas células vegetativas, pero la mayoría sufren impertérritas la prueba. Los esporos resisten todavía temperaturas más bajas que las formas vegetativas, sobreviviendo durante veinticuatro horas a temperaturas de 120 grados bajo cero. Pictet ha descubierto que los tales bichitos pueden reproducirse después de haber sido sumergidos en oxígeno helado, o sea a una temperatura de 213 grados bajo cero.

La misma tenacidad vital demuestra el microorganismo respecto al calor, pues esporos de algunas especies sólo son destruídos manteniéndolos seis horas en agua hirviendo o en vapor de agua a 120 grados. Rodeados de una atmósfera seca, pueden resistir ciertos bacilos temperaturas hasta de 170 grados sobre cero. Y por lo que se refiere a longevidad, parece ser que el microbio del cólera, aislado del aire y en lugar seco, vive hasta ocho meses, y que los esporos del ántrax conservan facultades reproductoras después de permanecer encerrados el increíble período de diez años.

Ahora bien, si es verdad que unas especies de bacilos pueden vivir desecados en absoluto hasta diez años, y si también es cierto que algunos gérmenes no necesitan aire para subsistir, no es imposible que al preservar los egipcios de la destrucción orgánica a sus muertos, hayan mantenido en un estado de vida suspendida aquellos mismos gérmenes.

Existe otra presunción en favor: El sistema de embalsamamiento empleado por los egipcios tendía a conservar la carne del muerto, circunstancia que ha podido contribuir a preservar los bacilos anidados en los tejidos.

Entre miles de casos concretos basta citar el de lord Carnarvon, muerto a raíz de la picadura de un insecto desconocido en el acto del descubrimiento de la tumba del milenario Tutankhamón.

Crecimiento de una ciudad atlántica

(Continuación de la pág. 10)

PUNTOS DE REFERENCIA

JUSTO es que reconozcamos la belleza de los pueblos en formación, de igual modo que admiramos la majestad perenne de lo antiguo. Una emoción nueva nos sorprende ante la obra constructora de estas ciudades del futuro.

A ese término teníamos que llegar para extender a los cuatro vientos la oriflama del elogio, cosa también justa y prevista. Un mundo nuevo abre sus horizontes en esta parte del planeta. La energía universal tiene aquí un centro de desarrollo indiscutible. Todo está en gestación. Los aspectos de Bahía Blanca hacen pensar en las teorías futuristas del movimiento; y justamente en su plaza jardín, en esta enorme plaza de Rivadavia, donde los árboles demuestran tener un desarrollo más retardado que el de los edificios, hallamos los puntos de referencia indispensables para definir con exactitud el carácter de la ciudad.

A uno de sus extremos apuntan desde hace tiempo al infinito las torres de la iglesia. Dos torres iguales, simétricas, separadas por el pórtico frío, con los muros sin rebocar aún, mostrando a las pomposas arboledas del parque sus esqueletos de ladrillo. Esta iglesia inconclusa, sin ornamentos ni revoques, es indudablemente de un alto significado en comparación con la actividad constructiva del medio. Representa lo inactual, lo estático, lo que a nadie interesa. El pueblo tiene verdadera confianza en sí mismo. Lucha y trabaja, hace labor en el puerto, cultiva la tierra, levanta con apasionada energía los monumentos de la industria.

Desviemos ahora la atención al otro extremo de la plaza. Allí está el palacio municipal con su torre solárium, sus rampas y sus grises vigilantes decorativos. Ahí lo tenemos ostentando con el mayor orgullo su arquitectura caprichosa. También tiene alta significación este arrogante y triste monumento, que hace pensar bien a las claras en la audacia y derroche administrativo de un pueblo que posee la actividad y la riqueza. Y el Banco de la Nación, afirmativo y suntuoso, ¿no revela como un símbolo las energías creadoras, el espíritu acumulador en el cual se basa la grandeza y el bienestar en el futuro?

Como se tienden los cables submarinos

(Continuación de la pág. 48)

lica en comunicación con la tierra. Los tiburones, los peces sierra, peces espada y las ballenas ocasionan también grandes daños. Por último, entre las causas mecánicas accidentales deben citarse las anclas y las redes de pesca, que en las hondonadas y hasta doscientos metros llegan a destruir los cables, ya cortándolos, ya haciéndoles incisiones que paralizan su trabajo. Afortunadamente, ocurre que, poco a poco, el cable se introduce en el suelo o se reviste de depósitos calizos y de conchas que le sirven de coraza. Los cables submarinos están, pues, mucho más expuestos a los accidentes en los primeros años de su existencia que al cabo de cierto tiempo de colocados.

Las reparaciones de los cables submarinos suponen una serie de operaciones mucho más complicadas que las de su inmersión. Cuando sobreviene un accidente, se empieza por determinar, merced al empleo de procedi mientos ingeniosos de medida, la distancia eléctrica y geográfica de la catástrofe.

Un cable submarino constituye un verdadero condensador, cuyo conductor forma la armadura interior, y el agua, el suelo, la armadura exterior.

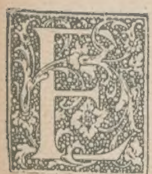
Se producen en los cables los fenómenos de inducción, condensación y absorción inherentes a los condensadores, una de las dificultades de la transmisión eléctrica submarina.

La paja en el ojo ajeno...

Por

PESCATORE DI PERLE





EL asunto de la Venus de Milo se me está complicando excesivamente...

La Nación, para justificar que fué, es y será una tribuna de doctrina, ha creído necesario intervenir en la polémica, afirmando con toda la autoridad de su prestigio que don Celedonio H. Milo no fué jamás el marido de la señora Venus de Milo. Lo dice en la sección *Correo* de su número del 24 de marzo:

> **** A Perplejo, Ciudad: Hay un doble error en el recorte impreso que nos remite, pues no ha existido ningún escultor llamado Milo, ni feliz mortal de ese nombre, que haya sido esposo de Venus. La estatua antigua conocida por Venus de Milo es la Afrodita de Melos de los griegos, llamada así por haber sido descubierta o encontrada en la isla de dicho nombre, perteneciente al archipiélago de...* Etcétera, etc.

Tu quoque, fili mi?

La única respuesta que puedo dar en mi carácter de inventor del matrimonio Milo, es esta:

—Señor redactor de la sección *Correo* de *La Nación*: ¡Que los cumpla muy felices!

—— :: ——

EN el número de *Para Ti* correspondiente al 29 de marzo descubro a una pescadorcita que firma *Angélica* y que trata de realizar la misericordiosa obra de enseñar al que no sabe. *Angélica* ha leído en un periódico la frase "Los invitados fueron obsequiados con un *the...*" Y se escandaliza en estos términos:

> *Sin duda por ser la infusión de* te *bebida eminentemente inglesa, ha creído el autor de las líneas que comento poner la palabra en inglés, dándose así el gusto de lucir sus conocimientos en el idioma de Shakespeare. Pues no, señor: the en inglés es el artículo determinante que se traduce al español por* él, la, los, las, *según los casos.*
> *Nosotros llamamos sencillamente* te *a esa deliciosa infusión; ellos, los ingleses, le agregan una letra y escriben* tea, *aunque pronuncien* ti.

Sin duda, sin duda... Con la misma lógica puede enseñarnos *Angélica* que en inglés no se le debe llamar al disparate *sottise*, ni en alemán *stoltezza*, ni en portugués *thorheit*, ni en francés *nonsense*... Porque *thé* es el nombre francés del *te*...

—— :: ——

EN la misma revista, fecha 22 de marzo, en un cuento titulado "El pescador que robó su tesoro a la hija del Océano":

> *En medio de la maravillosa comitiva, la hija del Océano,* **mitad mujer** *y* **mitad sirena**, *avanzaba majestuosamente...*

Muchas mitades son, porque ya habíamos convenido en que la sirena era mitad mujer y mitad pez.

—— :: ——

EL conocido escritor español don Miguel de Cervantes Saavedra solía decir: "El traducir de lenguas fáciles ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel."

Es una opinión. Que, seguramente, no comparte la señorita María de la Luz Morales. La cual, en el número de *Para Ti* correspondiente al 1º de marzo nos da a conocer una tradición toledana titulada *El Cristo de la Vega*. Aunque su autora se ha olvidado de consignarlo, bien se ve que se trata de una traducción del conocidísimo romance de José Zorrilla *A buen juez, mejor testigo*. El original, como todos ustedes saben, está en verso. La señorita Morales lo ha traducido a la prosa. Veamos con qué resultado. Dice la versión en prosa:

> *Pasó un año, y Diego, el que a Flandes partiera, no volvía de Flandes. La bella Inés, confiada en la palabra que su amado le diera, subía todos los días, sola y envuelta en negro manto, a lo más alto del Miradero, y desde allí escrutaba el campo en cuanto abarcaba su vista, esperando, esperando siempre que tornara su Diego. Mas Diego no volvía.*
> *Y así pasó un año, y otro, y otro, hasta tres, y se acabó la guerra y Diego no volvió.*

Dice el original zorrillesco:

Pasó un día y otro día,
un mes y otro mes pasó,
y un año pasado había,
mas de Flandes no volvía
Diego, que a Flandes partió.

Etcétera, etcétera.

Pero es en el diálogo donde más se advierte la originalidad y belleza de la traducción prosaica:

> *—¡Justicia! ¡Justicia, señor!*
> *—¿Qué quieres, mujer? —preguntó don Pedro de Alarcón*
> *—Señor, sólo justicia —repitió ella.*
> *—¿Contra quién?*
> *—Contra un ladrón, señor.*
> *—¿Qué prenda te han robado?*
> *—Señor, el corazón.*
> *—¿No te lo han devuelto?*
> *—No, puesto que sin él vivo.*
> *—¿Tienes testigos?*
> *—Ninguno.*
> *—¿Y promesa?*
> *—Promesas y juramentos tengo, señor.*
> *—¿Quién fué el ladrón?*
> *—Diego Martínez.*
> *—¿Es noble?*
> *—Es capitán de lanceros del rey.*
> *—Entonces, que sea traído a mi presencia y el dirá la verdad, y cumplirá su juramento si juró.*

He aquí lo que escribió el pobre Zorrilla:

—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
—De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
—Mi corazón.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
Ninguno.
—¿Y promesa?
—¡Sí, por Dios!
Que al partirse de Toledo
un juramento empeñó.
—¿Quién es él?
—Diego Martínez.
—¿Noble?
—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán,
que cumplirá si juró.

La señorita Morales ha hecho muy bien en prosificar todo esto. El romance de Zorrilla es bonito, si..., pero... un poco telegráfico...

—— :: ——

PERO hay quien traduce los versos en verso. Por ejemplo el señor F. Aguilar Aráoz, que publica en la revista *La Cumbre* de Tucumán, del 30 de diciembre último, esta inspirada poesía:

> *PARA ELLA*
>
> *Te vi y aunque no sentiste*
> *En mi soledad te amé,*
> *Con esa profunda fé*
> *Que anida en mi alma triste.*
>
> *Tú, en un palacio naciste*
> *Yo en un desierto nací;*
> *Pero con ansias sentí*
> *Ganas de alzarme al cielo;*
> *Más un hombre cortó mi vuelo*
> *Y en un abismo caí...*
>
> F. AGUILAR ARÁOZ.

Versos muy inspirados... Muy inspirados en estos otros del poema *Lázaro*, de Ricardo Gutiérrez:

Te vi, y aunque no sentiste,
en mi corazón te amé,
con esa profunda fe
que hay sólo en un alma triste;
tú en un palacio naciste,
yo en un desierto nací,
y aunque en el alma sentí
fuerzas para alzarme al cielo,
el hombre cortó mi vuelo
y hasta el infierno caí.

—— :: ——

HE aquí otro traductor. En éste se advierten, sin embargo, unas vagas reminiscencias de pudor, pues oculta su verdadero nombre tras el melancólico pseudónimo de *Alma Solitaria*. En el periódico *La Voz de Pilar* publica esta cosa:

> *PARA LA SIMPATICA SEÑORITA ALICIA T...*
>
> (Afectuosamente)
>
> *Como el ara de Dios llega el creyente*
> *Trémulo el labio al exhalar el ruego*
> *Turbado el corazón baja la frente*
> *Así Alicia a tu presencia llego.*
> *¡No de mí apartes tus divinos ojos!*
> *¡Cabida está mi frente de dolores*
> *al que es tan infeliz con los amores!*
>
> *Soy un esclavo que a tus pies se humilla*
> *y suplicarte tu piedad reclama*

que con las manos juntas se arrodilla
para decirte con miedo... ¡que te amo!
¡Te ama! y el alma que el amor bendice
Tiembla al sentirle como débil hoja.
¡Te ama! y el corazón cuando dice
En yo no sé que lágrimas se moja.

Perdóname este amor llama sagrado
Luz de los cielos que viví en tus ojos
En tan hermosa tarde
Paseando por la playa

ALMA SOLITARIA.

Estos versos son tan malos, tan ridículos, tan cursis, que podrían pasar muy bien como originales de cualquier *Alma Solitaria* de menor cuantía. Y, sin embargo, no: son del insoportable vate mejicano don Manuel M. Flores:

ADORACIÓN

Como al ara de Dios llega el creyente
trémulo el labio al exhalar el ruego,
turbado el corazón, baja la frente,
así, mujer, a tu presencia llego.
¡No de mí apartes tus divinos ojos!
Pálida está mi frente de dolores.
¿Para qué castigar con tus enojos
al que es tan infeliz con sus amores?
Soy un esclavo que a tus pies se humilla
y suplicante tu piedad reclama,
que con las manos juntas se arrodilla
para decirte con miedo... que ¡te ama!
¡Te ama! Y el alma que el amor bendice
tiembla al sentirle, como debil hoja.
¡Te ama! Y el corazón cuando lo dice
en yo no sé qué lágrimas se moja.
Perdóname este amor, llama sagrada,
luz de los cielos que bebí en tus ojos,
sonrisa de los ángeles bañada
en la dulzura de tus labios rojos.

El día en que exista en nuestra dilatada república una verdadera ley de propiedad literaria, estas *Almas Solitarias* dejarán de ser solitarias: andarán por ahí acompañadas por un buen par de vigilantes.

———— :: ————

UN periódico de Mendoza, *La Semana*, trae toda la primera página de su número del 23 de marzo consagrada al doctor Hipólito Irigoyen. De quien dice, entre otras cosas:

¡Irigoyen! postrer aliento de la raza predestinada, perfil granadero diseñado sobre el horizonte nuevo, abierto ya, a las grandes reformas creadoras; horizonte rojo donde cabalga pensativo el fantasma de Alberdi envuelto en el poncho de Quiroga...
¡Irigoyen! Preludio de la guitarra de Echevarría, a cuyos acordes, está ensayando la patria los salmos de la nueva Biblia...

La nueva Biblia, el fantasma de Alberdi, el poncho de Quiroga, la guitarra de Echeverría... ¿Pero eso es Hipólito Irigoyen o el Museo Colonial de Luján?

———— :: ————

CARAS y Caretas, del 2, publica once consejos a las señoras casadas, bajo este título:

Las once **negaciones**

Y las va enumerando: *1. No seas rezongona. 2. No insistas en mandar. 3. No esperes...* etc. Hasta llegar a la última, que dice así:

11. Respeta a tu marido.

Aquí ya no veo la negación. La negación, en este caso, debe estar en la respuesta de la señora casada:
—¡No me da la gana!

EL 3 del corriente mes *La Razón* nos brindó un artículo rebosante de optimismo. Empezaba así:

HOY HEMOS DISFRUTADO DE UN HERMOSO DÍA OTOÑAL

Después que despuntara el sol, en las primeras horas de la mañana, la población pudo disfrutar de un cordial día de otoño, plácido y agradable.

Como decía el maestro Pangloss, vivimos en el mejor de los mundos posibles. El día es cordial, el sol sigue despuntando en las primeras horas de la mañana... Y no ha muerto aún el espíritu optimista, plácido y agradable de aquel caballero que decía: *"Non faccio per vantarmi, ma oggi è una bellissima giornata."*

———— :: ————

CON el título de *El alma misteriosa de América* el señor Cristián Peters publica en *El Suplemento*, del 30 de marzo, un artículo sobre las características geográficas de Bolivia. Como no bastarían todas las páginas de EL HOGAR para comentar las innumerables perlas del señor Cristián Peters, me limitaré a las más evidentes.

Dice, a propósito del lago Titicaca:

Sólo la naturaleza es capaz de agarrar un pedazo de mar de **ocho mil kilómetros de largo** *y colocarlo en el centro de un continente a cuatro mil metros de altura.*

Ni la Naturaleza es capaz de semejante cosa. Porque el Titicaca tiene algo menos de *ocho mil* kilómetros de *largo*: como que ni siquiera alcanza a doscientos...

Más adelante:

Los tres **alimentos** *principales de la vasta riqueza ganadera del país son la* **taquía**, *que es el preferido de las llamas...*

No hay noticia de que las llamas sean coprófagas. Porque la *taquia* (no *taquía*), en lugar de ser el principal alimento de la llama es, precisamente, todo lo contrario.

Pero..., ¿qué es la *llama*?

La llama o "huanacu", es el animal doméstico más querido de los indios bolivianos.

Tanto los indios bolivianos como los sabios de la nueva sensibilidad, sabemos perfectamente que una cosa es la llama y otra el guanaco. La primera pertenece a la especie *Auchenia lama*, y el segundo a la *Auchenia guanicoe*. Ambos pertenecen a la familia de los *camélidos*, así como las abundantes perlas del señor Peters parecen venir del abundante grupo de los *camelos*. Que camelo, grupo y perla, todo es lo mismo.

———— :: ————

LEO en la sección *Tribunales* del periódico *El Día* de La Plata, del 24 de marzo, que lo han absuelto de culpa y cargo a Ramón Spacovik, acusado de

...ejercicio ilegal de la **medianera** *en Berisso.*

Le envidio la suerte a Ramón Spacovik. Pues a mí, cuando tenía veinte años, también se me ocurrió esto de hacer ejercicio ilegal de la medianera, y salí bastante mal. Pared por medio vivía mi dulce amada, la madre de Lucrecia Estévez. Y una noche me sorprendieron saltando la pared, y me acomodaron un palo allá por donde la espalda empieza a cambiar de nombre...

———— :: ————

EN el aviso del teatro Colón publicado en el número 20.865 de *La Prensa*:

Hoy gran función extraordinaria organizada por la Cruz Roja Argentina a beneficio de las inundaciones de Jujuy.

De modo que los espectadores del Colón habrán contribuído a la obra, no con el clásico granito de arena, sino con su gotita de agua.

———— :: ————

A propósito de granitos: El señor Bernard Gervaise publica en *Atlántida*, del 24 de marzo, un cuento titulado "Un granito en el ojo". Y dice:

Con una energía digna de mejor causa se frotaba sucesivamente la órbita derecha y luego la órbita izquierda, después la órbita derecha y luego la izquierda y, por último, **las cuatro** *al mismo tiempo.*

Del señor Bernard Gervaise puede decirse lo mismo: Escribía macanas con la mano derecha, luego con la izquierda, después con la derecha, luego con la izquierda, y por último metía las cuatro al mismo tiempo.

———— :: ————

Telegrama de *La Nación*, del 5:

UNA TORRE HISTÓRICA

BADAJOZ, 4 (AP).—El Gobierno ha declarado monumento nacional la histórica torre existente en la Plaza de la Constitución del pueblo de Zalamea de la Serena. Dicha torre fué levantada en memoria de Trajano, **130 años** *antes de Jesucristo.*

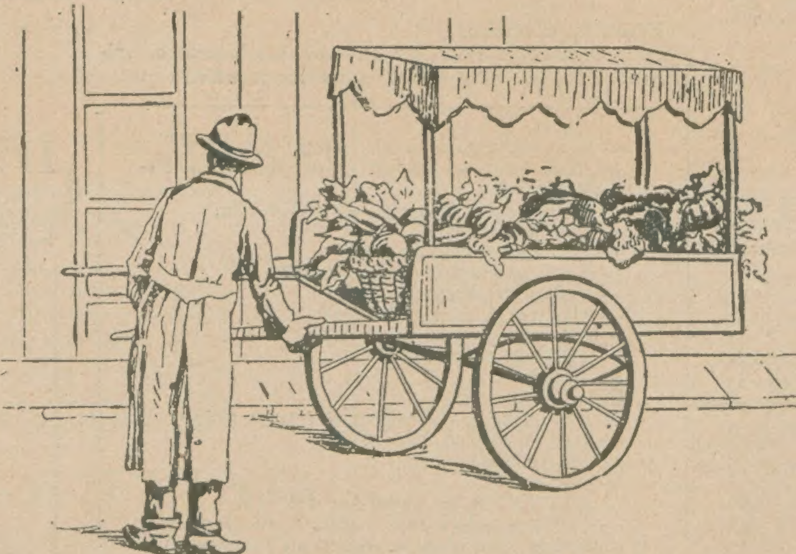
Una de las principales virtudes de los adulones es la de madrugar. Pero nadie les ha matado el punto a los que querían congraciarse con el emperador Trajano: ¡le rendían homenajes ciento ochenta y dos años antes de nacer!

PERLITA GRÁFICA

EN el texto escolar para segundo grado *Horas Felices*, de la señora Rapalline de Arroche, en la página 23, figura una descripción del verdulero, que termina con estas palabras:

El verdulero debe haber hecho hoy un buen día pues tiene cara de contento ¿verdad?

Y para que se le vea la cara de contento al verdulero la página lleva esta ilustración:



¿Verdad que tiene cara de contento?



Precio en la Capital: 20 centavos

Impreso en los Talleres Gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.

PRECIOS: En el Interior: 30 centavos
En el Uruguay: 10 centésimos